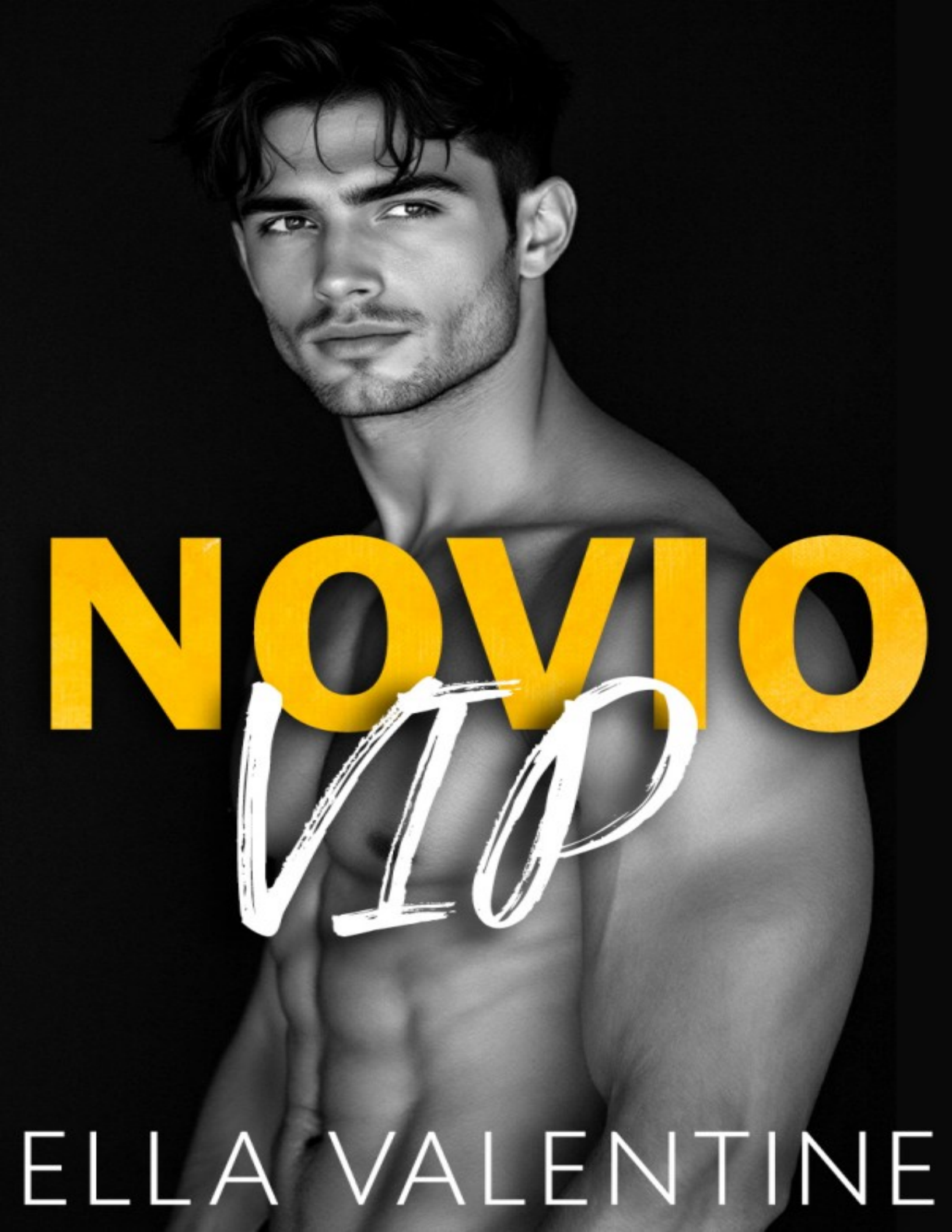

NOVIO
VIP
ELLA VALENTINE

Novio VIP

ELLA VALENTINE

1ª edición marzo 2025

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Flux 1.1. Pro

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
¡No te pierdas mis últimas novedades!
Novio en prácticas (Novios de alquiler #4)
Novelas anteriores

Capítulo 1

Aria

Esta cita es un desastre.

¿Por qué acepté quedar con este hombre tan pagado de sí mismo en primer lugar? No lo sé. O tuve un episodio de enajenación mental transitoria o un momento de desesperación suprema.

Si por el chat de la App ya me parecía egocéntrico, porque solo hablaba de sí mismo como si su mera existencia fuera un regalo para la humanidad, en persona es todavía peor.

Jack lleva dándole a la lengua sin descanso desde que nos encontramos en este bar. Y de eso hace una hora de reloj. ¿Me ha preguntado algo sobre mi vida? No. Se ha pasado la noche hablando de su método como coach de emprendimiento, como si hubiera descendido de los cielos con la verdad absoluta sobre el éxito.

Es lo que podríamos llamar un narcisista de manual.

Cojo mi gin-tonic y le doy un sorbo, preguntándome si debería usar el comodín de la llamada de emergencia, porque dudo que pueda aguantar cinco minutos más escuchando a este ser. Mi amiga Ellie ya está avisada y lista para inventarse una urgencia chunguísima en caso de necesidad.

Saco el móvil y lo desbloqueo dispuesta a escribirle, pero antes de que pueda teclear una palabra, Jack abre la boca y suelta:

—Bueno, Ava, ¿nos vamos a casa? Me muero de ganas de estar a solas contigo y… —se inclina sobre la mesa, acercando su cara demasiado a la mía—, follarte duro.

Me quedo en shock.

No sé qué me ofende más, que me haya llamado por un nombre que no es el mío o que dé por hecho que voy a acostarme con él. Además, ¿qué es eso de «follarme duro»? ¿Se cree Christian Grey?

Tenso la mandíbula, me cruzo de brazos y suelto con voz áspera:

—Punto número uno. No me llamo Ava, me llamo Aria. Punto número dos. Nunca tengo sexo en la primera cita.

Mec. Mentira.

Si hay química, me da igual el número de citas. Pero este tío no me pone lo más mínimo. Y, además, tiene pinta de que, en la cama, su mayor esfuerzo sería un par de embestidas y un «¿Te ha gustado, nena?».

Jack frunce el ceño.

—¿Qué? ¿No tienes sexo en la primera cita? Eso deberías haberlo dicho antes de hacerme perder el tiempo. Tengo una vida ocupada, ¿sabes?

—Lo mismo digo. Y aquí estoy, aguantando tu monólogo.

—Menuda borde. Ni siquiera estás tan buena como para ir de sobrada. —Su cara se endurece. Se levanta de la silla y se larga sin despedirse.

Hago como que su último comentario no me afecta, aunque siento una pequeña punzada en el estómago.

No encajo en el ideal de belleza que muchos hombres buscan. No soy menuda, ni delicada, ni tengo ese aire frágil que parece hacer que algunos se sientan más masculinos. Soy alta, tengo caderas anchas y unas tetas que, con la ropa adecuada, se notan desde la otra punta de la habitación.

Y aunque normalmente me gusta mi cuerpo, tengo mis inseguridades, inseguridades que, el imbécil de Jack, se ha encargado de amplificar esta noche.

Genial. Otra cita para el recuerdo.

Miro la copa de gin-tonic. Debería irme yo también. Volver a casa, ponerme el pijama viejo antimorbo, sacar del cajón prohibido unas cuantas chocolatinas y ver por enésima vez alguna de esas series coreanas que, por culpa de Ellie, me tienen obsesionada.

¿Cómo voy a conseguir novio si los protagonistas de esas series han puesto mis estándares por las nubes? Culpo a Ellie y sus dramas coreanos por seguir soltera a los treinta y tres.

Saco el móvil del bolso y abro nuestro chat. Tengo un mensaje suyo sin responder.

ELLIE
¿Cómo ha ido la cita? Espero que bien y que no me respondas hasta mañana después de una sesión de sexo alucinante.

Pongo los ojos en blanco.

ARIA
Ha sido un horror. El tipo era un egocéntrico insufrible, se creía la reencarnación de Christian Grey pero en versión *low cost*, sin dinero ni helicóptero. El único sexo que tendré esta noche será con mi Satisfyer.

ELLIE
Lo siento, nena. ¿Quieres venirte a casa? La peque duerme y Trev tiene trabajo, así que podremos tener el salón para nosotras solas. Además, ayer me llegaron mascarillas coreanas nuevas. Podemos hacer sesión de belleza y criticar a los hombres.

ARIA
No, gracias. Prefiero irme a casa. Lo dejamos para otro día.

Ellie responde con un emoticono de un dedo alzado y cierro la aplicación con un suspiro.

Mi amiga está casada con un millonario que la adora como si fuera el puto sol que hace girar su mundo, tiene una hija preciosa, una casa que parece sacada de *Architectural Digest* y una vida de ensueño como escritora de novelas románticas. Y aunque la quiero muchísimo, ir a su casa y comparar mi mediocre vida con la suya no me apetece demasiado.

No se trata de envidia, sino de esa sensación agridulce de ver cómo la vida de los demás parece avanzar mientras la tuya se queda estancada en un eterno «todavía no es tu turno».

Tampoco puedo quejarme demasiado. Hace poco conseguí un trabajo bastante bueno como líder del departamento de marketing digital en una multinacional tecnológica importante, lo que ha supuesto una mejora considerable en mi sueldo.

Pero hoy estoy *chof*.

Desde hace un tiempo tengo una sensación extraña, como si una sombra me persiguiera y me recordara que el reloj biológico sigue girando y que, a este paso, se me va a pasar el arroz.

Me muerdo el labio y apuro el gin-tonic. Quiero terminármelo y largarme.

Mientras bebo, echo un vistazo al bar. Es un sitio moderno, con luces tenues y una decoración industrial que intenta parecer elegante. En la barra, un grupo de chicas se ríe a carcajadas mientras brindan con margaritas. Al fondo, un grupo de amigos discute acaloradamente sobre fútbol.

Y, por supuesto, hay parejitas por todas partes. Besándose, cogiéndose de la mano, susurrándose cosas al oído con esa sonrisa boba en la cara.

¿No podrían irse a su casa o pagarse un hotel? Hacen que una se sienta demasiado soltera.

Suspiro y decido distraerme con el móvil. Craso error. Las redes sociales están igual. Historias de parejas de viaje, compromisos sorpresa, cenas románticas con velas y *captions* como «Cada día a tu lado es un regalo».

Puaj.

Me acabo la bebida dispuesta a marcharme de una vez, pero, de repente, alguien se planta delante de mí, salido de la nada.

Levanto la vista y me encuentro con una mirada intensa, de un marrón con vetas doradas, como si el sol se reflejara en un maldito whisky caro.

La clase de ojos que te hacen olvidar cómo se respira.

Tiene la mandíbula marcada, el pelo moreno ligeramente despeinado y la sombra de barba de quien lleva un par de días sin afeitarse. Y esos labios... *Joder*. Esos labios parecen hechos para el pecado.

Pero lo que realmente me atrapa es su cuello. La nuez marcada, subiendo y bajando con su respiración, dibujando un camino directo a su pecho, oculto bajo una camisa blanca perfectamente planchada y una chaqueta de traje que tiene pinta de costar más que todas las prendas de mi armario juntas.

Un traje negro, entallado, elegante. No de los que parecen sacados del armario de un oficinista cualquiera. No. Este grita exclusividad, poder y dinero.

Me quedo anonadada, incapaz de decir nada, mientras sus ojos siguen clavados en mí con intensidad. No sé cuánto tarda en hablar. Podrían ser segundos, minutos, meses o años, he perdido completamente la noción del tiempo.

—¿Estás sola? —pregunta de pronto.

Vale, debería responder, pero mi cerebro ha decidido dejar de funcionar en el peor momento.

—Eh… sí —consigo balbucear.

Él esboza una medio sonrisa tensa.

—Genial, porque por esta noche, vas a ser mi novia.

Parpadeo, totalmente desconectada de la realidad.

¿Perdona? ¿He oído bien o el gin-tonic me ha frito el cerebro?

Capítulo 2

Leo

Me dejo caer en uno de los taburetes de la barra, agotado.

Acabo de regresar a Manhattan después de casi un mes fuera, cerrando acuerdos con inversores y empresas extranjeras para expandir mi negocio. Han sido días de vuelos interminables, reuniones estratégicas y sonrisas ensayadas, pero esta noche, por fin, puedo relajarme. No tengo que convencer a nadie de nada. Solo necesito una copa y un respiro antes de volver a la realidad.

Doy un trago al whisky y dejo que el líquido ardiente baje por mi garganta.

Estoy orgulloso de lo mucho que mi empresa tecnológica ha crecido. Lo que empezó como una *startup* con un puñado de empleados ahora es una de las compañías más prometedoras del sector. Cada vez más empresas confían en nuestros servicios digitales. Hemos pasado de pelear por hacernos un hueco en el mercado a convertirnos en un referente.

Además, hace unos meses dimos un gran paso: salimos a bolsa. Desde entonces, las acciones no han dejado de subir. Los números respaldan nuestro éxito y la confianza de los inversores lo confirma. Estamos haciendo las cosas bien. El mundo empieza a darse cuenta de nuestro verdadero potencial.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Justin en la pantalla. Me ha enviado un audio.

—Ey, Leo, ya estás en la ciudad, ¿verdad? He tenido que ir a una reunión cerca de donde vives. ¿Quieres que nos veamos un rato o has quedado con tu chica misteriosa?

Pongo los ojos en blanco.

¿Mi chica misteriosa?

Más bien, mi chica imaginaria, porque no existe.

¿Por qué Justin cree que sí? Tiene su explicación, pero antes hay que conocer el contexto.

Justin y yo nos conocimos en un instituto de élite del Upper East Side, al que yo asistía porque mis padres podían permitírselo (cómo no, si son millonarios) y él, gracias a una beca.

Al principio no me caía bien. Era un empollón sabelotodo que tenía respuestas para cualquier cosa, y yo tenía demasiada actitud de niño rico arrogante como para soportarlo. Pero un día nos pusieron juntos para un proyecto de economía aplicada en el que teníamos que diseñar una empresa ficticia y gestionar sus finanzas a lo largo de un año simulado.

Yo pensaba que sería pan comido, pero Justin lo convirtió en una puta batalla campal.

Hizo proyecciones, estudió el mercado y analizó riesgos. Mientras tanto, yo me encargué de la parte más agresiva: estrategias de venta, expansión y competencia. Terminamos ganando el premio al mejor proyecto y, en el proceso, descubrimos que teníamos más en común de lo que creíamos.

Ambos odiábamos la hipocresía del colegio, esa cultura de apariencias donde los hijos de multimillonarios fingían preocuparse

por problemas sociales mientras sus familias explotaban el sistema. Irónico, teniendo en cuenta que yo también provenía de una familia acomodada. Pero supongo que hay niveles de cinismo que ni siquiera yo podía tragarme. Nos gustaban las mismas películas de ciencia ficción, los videojuegos de estrategia y, sobre todo, el sarcasmo como forma de comunicación. Terminamos haciéndonos inseparables.

Con los años, tomamos caminos opuestos. Justin se convirtió en abogado laboralista, enfrentándose a las grandes corporaciones que exprimen a sus empleados. Yo, en cambio, terminé como CEO de una de esas empresas que él tanto odia.

En mi defensa, diré que trato bien a mis empleados, aunque Justin siempre bromea con que soy el «enemigo con conciencia». Yo le respondo que, al menos, en mi empresa los trabajadores tienen beneficios y sueldos dignos.

La cuestión es que seguimos siendo amigos. Más que eso, Justin es como mi familia. Y ahora está convencido de que tengo una novia secreta porque, hace unos meses, le mentí.

—He conocido a alguien —le solté con la mejor cara de convicción que fui capaz de poner—. Es una mujer increíble. Creo que nunca había sentido algo así por nadie.

Busqué un recopilatorio de frases cliché y las solté todas.

No le di demasiados detalles. Primero, porque cuanto más sencilla fuera la historia, menos probabilidades habría de que se notara la mentira. Y segundo, porque cuanta menos información diera, menos preguntas haría. Fue una jugada inteligente, pero tuvo un efecto secundario inesperado: ahora él estaba obsesionado con la «chica misteriosa» que me tenía tan embobado.

¿El motivo real detrás de la mentira?

Sabía que Justin estaba loco por mi ex, Summer, y que ella sentía lo mismo por él. Pero no estaban juntos por mí. Por ese estúpido código de lealtad entre amigos que alguien inventó y que él se negaba a romper.

A mí me daba igual que salieran. Summer y yo habíamos terminado hace tiempo y nunca sentí nada real por ella. Pero por más que se lo repetí a Justin, él siempre creyó que lo decía solo para que no se sintiera culpable.

Así que ideé un plan: una novia falsa.

Y funcionó. Unas semanas después de esa mentira, él y Summer empezaron a salir.

Misión cumplida.

Había decidido mantener aquella farsa un tiempo. El necesario hasta que lo suyo fuera lo suficientemente fuerte como para que mi soltería no les hiciera sentir mal. ¿El problema? Que Justin no hace más que repetirme que quiere conocer a mi chica, lo cual es un poco difícil teniendo en cuenta que no existe.

Exhalo un suspiro, dejando el móvil sobre la barra mientras paso una mano por mi nuca. Tengo que pensar en una respuesta convincente. Si quiero sonar creíble, lo lógico sería que estuviera con mi supuesta novia. He pasado mucho tiempo fuera y, en estos casos, la gente normal suele quedar con su pareja al volver, ¿no?

Sí, eso tiene sentido. Así que cojo el móvil de nuevo, hago una foto a mi copa, colocándola al lado de un *Cosmopolitan* a medias que alguien ha dejado tirado en la barra, y le escribo.

LEO
Acertaste, estoy con ella. Te manda un saludo.

Acompaño el mensaje con un emoji de guiñar un ojo y sonrío, felicitándome a mí mismo.

Genial. Otro punto para mi gran historia de amor ficticia.

Justin no tarda en enviarme un nuevo audio.

—Tío, ¿estáis en el *Midnight Bar*? Me paso a saludaros porque estoy aquí mismo, y así me la presentas. Me muero de ganas de saber a qué viene tanto misterio.

Entro en pánico. Mierda. En la foto se ve el puto posavasos con el nombre del bar. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

Piensa, Leo, piensa.

Escribo rápido.

LEO
No te molestes, ya nos vamos.

Pero es demasiado tarde, porque lo veo al fondo, entrando por la puerta.

Joder, la he cagado. La he cagado.

Paseo la mirada por el bar en busca de una solución desesperada. Necesito una novia, y la necesito ya.

El problema es que casi todas las mujeres están en grupo o acompañadas. Hasta que la veo.

En una mesa apartada, con un gin-tonic en la mano, está ella.

Morena. Pelo azabache, liso, cortado por los hombros. Piel dorada, ojos expresivos, boca de labios carnosos. Guapísima.

Y con una figura imponente. Como me gustan. No de las que parecen que una ráfaga de viento las tumbaría, sino con curvas, presencia, una energía que, incluso desde lejos, me llama la atención. *Diosa griega vibes.*

Lleva un vestido negro ajustado, de esos que parecen diseñados para romper corazones. Tirantes finos, escote discreto pero lo suficientemente sugerente como para que sea imposible no mirarlo. La tela se adapta a sus curvas de una forma casi insultante, marcando su cintura estrecha y sus caderas generosas. Piernas largas, cruzadas con elegancia, y unos tacones que gritan peligro.

Joder. Es demasiado atractiva.

No lo pienso más. Me levanto y me dirijo directo hacia ella.

Cuando llego a su mesa, planto las manos sobre la superficie y le sostengo la mirada.

—¿Estás sola?

Sus ojos se abren ligeramente. Vale, bien. Sorprendida, pero no asustada.

—Eh… sí.

Esbozo una medio sonrisa tensa.

—Genial, porque por esta noche, vas a ser mi novia.

Ella parpadea, claramente procesando mis palabras.

Perfecto. Ahora solo tengo que convencerla antes de que Justin llegue a nuestra mesa.

Capítulo 3

Aria

Parpadeo de nuevo, confundida.

¿Voy a ser qué?

Por un momento mi mente se atasca, tratando de buscar la lógica de esta situación, pero no la encuentro. No la encuentro porque nadie en su sano juicio se acercaría a una desconocida y le soltaría algo así. A no ser claro, que forme parte de un patético intento de seducción.

Pero este hombre… Este pedazo de hombre, con su traje impecable y su seguridad arrolladora, no parece estar flirteando. Su expresión es demasiado seria, su mirada demasiado intensa…

—Disculpa, ¿qué? —respondo al final arrugando la frente.

—Por favor, sígueme el juego. —Su voz se convierte en un susurro urgente y, antes de que llegue a procesar lo que está sucediendo, se sienta en la silla frente a mí.

No puedo evitar esbozar una sonrisa de incredulidad.

—¿Estás de coña? ¿Y por qué iba a hacer algo así?

Él exhala con impaciencia y echa un vistazo rápido por encima de mi hombro.

—Mira, ahora no tengo tiempo de explicártelo. Solo hazme este favor y te compensaré.

Mi sonrisa se amplía.

—¿Qué me compensarás? ¿Cómo? ¿Con un vale de Starbucks?

—Con lo que quieras. —Sus increíbles ojos se clavan en los míos y no tengo dudas de que habla en serio. Pero antes de que pueda decir algo añade—: por cierto, ¿cómo te llamas?

—Aria —contesto sin pensar, y al instante me arrepiento.

Mierda, ¿qué demonios hago dándole mi nombre a un desconocido?

Que esté como un tren no implica que tenga que perder completamente la cabeza. Ya no tengo quince años, por el amor de Dios…

Mientras me estoy recriminando por mi propia estupidez, una voz masculina ajena a la conversación me sobresalta.

—¡Ey! Hola, Leo.

Alzo la vista para encontrarme a otro tío trajeado junto a la mesa.

Es alto y delgado, con el pelo rubio oscuro peinado hacia atrás. Y para mi sorpresa, su mirada se ilumina al posarse en mí. Como si le alegrara mucho verme, lo cual no tiene ningún sentido.

—Hola, Justin. —El tal Leo se levanta y saluda al recién llegado con un apretón afectuoso en el hombro. Intercambian unas cuantas

palabras sobre el estado del tiempo, antes de que él se vuelva hacia mí y me dedique una sonrisa claramente ensayada—. Esta es Aria, la chica de la que te he hablado.

Los ojos de Justin vuelven a enfocarme con curiosidad.

—Así que por fin tengo el placer de conocer a la misteriosa novia de Leo... —Me tiende la mano—. Encantado.

¿Con qué novia misteriosa, eh? Perfecto. No sólo me acabo de convertir en la pareja de este hombre, sino que, al parecer, llevamos ya un tiempo saliendo. Y yo sin enterarme. ¿Qué clase de telenovela es esta?

Con ese pensamiento le estrecho la mano y, con una sonrisa forzada, respondo:

—Igualmente.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, mientras Justin me evalúa. Empiezo a preguntarme si debería decir algo más, pero por suerte mi supuesto novio se me adelanta.

—En fin, Justin, nos has pillado justo cuando ya nos íbamos, ¿verdad, cariño? —Acompaña sus palabras con una mirada cargada de significado que capto al instante.

Asiento con más entusiasmo del necesario y me levanto.

Es mi oportunidad de escapar de este escenario tan surrealista.

—Oh, vaya, me habría gustado hablar un poco más con vosotros —se lamenta Justin—. Pero entiendo que, después de haber estado tantos días separados, queráis pasar tiempo a solas… —En sus labios aparece una sonrisa juguetona—. Ya nos veremos otro día.

Leo asiente.

—Sí, cuando quieras. Vamos hablando.

Dicho esto, cogemos nuestras pertenencias y, de repente, algo cálido rodea mi mano.

¿Qué…?

Bajo la vista y me encuentro con que Leo ha entrelazado sus dedos con los míos.

El gesto me pilla por sorpresa. Sobre todo, porque su contacto me provoca un cosquilleo instantáneo, como una descarga de electricidad.

Levanto la mirada de golpe y, cuando nuestros ojos se encuentran, su ceño fruncido me dice que él también ha sentido algo extraño.

Sea lo que sea, no deja de sostener mi mano mientras los tres nos dirigimos hacia la salida.

Es en ese momento cuando me percato de lo alto que es Leo.

Mido uno setenta y cinco, y estoy acostumbrada a ser de las más altas de la sala, en especial cuando llevo tacones como ahora. Muy pocos hombres logran que tenga que levantar la barbilla para mirarlos y, por lo visto, Leo es uno de ellos.

¿Cuánto debe medir? ¿Un metro noventa? ¿Un metro noventa y cinco?

Una vez en el exterior Justin se vuelve hacia nosotros y murmura:

—Bueno Leo, me alegro de verte tan bien, y de haber conocido a Aria. Os veo muy… compenetrados.

Leo suelta una risa baja mientras aprieta mi mano de forma suave.

—Lo estamos, sí —responde con total naturalidad.

Yo, por mi parte, tengo que hacer un esfuerzo monumental para no soltarme de su agarre. Mi piel sigue hormigueando en contacto con la calidez de la suya. Y lo peor de todo es que me gusta la sensación. Me gusta, pero al mismo tiempo tengo ganas de estrangular al hombre que me la está provocando.

Justin se despide con una palmada en el hombro de Leo y se aleja con paso relajado. Nosotros empezamos a caminar en dirección contraria, y… cuando estamos lo bastante lejos, decido que ya he tenido suficiente de todo esto.

Suelto la mano de Leo con un tirón y me detengo, obligándolo a hacer lo mismo.

—Vale, basta ya —le digo, cruzándome de brazos—. ¿A qué ha venido esta locura?

Él se pasa una mano por el pelo con gesto despreocupado.

—Bueno… solo he necesitado tu ayuda durante 5 minutos, tampoco ha sido para tanto, ¿no?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué no ha sido para tanto? En cuestión de segundos he pasado de ser una mujer que solo quería terminar su copa en paz, a convertirme en la novia imaginaria de un desconocido... ¿Te parece poco?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, si te soy sincero parecía que lo estabas disfrutando.

Parpadeo con incredulidad.

—¿Perdona? ¿Qué estás insinuando?

—Solo digo que has interpretado bien tu papel. Mejor que yo, incluso.

—¿Qué? Pero si eres tú el que me ha cogido de la mano —le replico.

—Porque la situación lo pedía. Y como no te has quejado, he decidido seguir el juego.

Mi mandíbula se tensa y abro la boca para contraatacar, pero al final me digo que no vale la pena.

—Está bien, olvídate de eso —le digo, tras lo que inspiro con fuerza—. Pero al menos explícame por qué me has metido en esta farsa.

Leo introduce las manos en los bolsillos de su chaqueta y suspira.

—Pues… Digamos que no tenía alternativa.

Frunzo el ceño.

—Joder, eso no es una respuesta.

—Tal vez, pero no puedo decirte mucho más.

Me lo quedo mirando en espera de que diga otra cosa, pero no lo hace. Tampoco intenta disculparse ni justificarse, lo cual es mil veces peor.

Aunque no sé de qué me sorprendo. Está claro que hoy no es mi día. Podría haberme quedado en casa con mi pijama antimorbo y mi Satisfyer, pero no. Decidí salir y volver a probar suerte con los hombres.

¿Y todo para qué?

Pues para cruzarme con Jack y luego con Leo. Dos narcisistas patológicos que me han tratado como si no fuera más que una pieza en su juego.

Uno para inflar su ego. El otro para usarme como *atrezzo* en su espectáculo personal.

Y lo peor de todo es que no tengo derecho ni a recibir una maldita explicación al respecto.

Una oleada de calor e indignación empieza a subir por mi cuello.

—Entonces…—murmuro quemando el último cartucho de paciencia que me queda—. ¿No piensas explicarme por qué demonios has hecho esto?

Leo me sostiene la mirada con el mismo aire calmado de antes.

—No, no creo que haga falta, la verdad.

Y en ese preciso momento, cuando la maraña de sentimientos que he estado reprimiendo a lo largo de la noche estalla, y ya no puedo contenerme más.

—¡Dios! Eres un pirado, ¿lo sabías? —suelto, señalando con el dedo—. Un pirado que cree que puede arrastrar a cualquiera a sus locuras. —Leo abre la boca en un intento de decir algo, pero se lo impido—. ¿Te crees especial, eh? ¿El jodido protagonista de una película? ¿Leonardo DiCaprio en *El lobo de Wall Street* o algo así?

—No creo que DiCaprio sea…

—¡Me da igual lo que creas! —le corto antes de que termine la frase—. No pienso seguir escuchando tus tonterías. Y para que lo sepas, ni siquiera eres tan guapo como él.

Dicho esto, me doy la vuelta para largarme, pero apenas doy unos pasos cuando oigo su voz de nuevo.

—Supongo que eso significa que renuncias a la compensación, ¿no?

Su tono burlón me hace apretar los dientes, pero me niego a darle la satisfacción de una respuesta.

En su lugar resoplo y sigo caminando, con la absoluta certeza de que no voy a volver a ver a este idiota nunca más.

***

20 minutos más tarde cruzo la puerta de mi pequeño apartamento en Chelsea, me quito los tacones y me dejo caer en el sofá. Vivo sola desde que Ellie se fue a vivir con Trevor y la verdad es que no me disgusta. Al contrario, disfruto de mi independencia, y mucho.

No tengo que compartir el baño, puedo ver en la tele lo que me dé la gana y nadie me echa la bronca si como helado directamente del envase. Pero en noches como esta, cuando regreso a casa después de una cita desastrosa y me da por machacarme con lo ridícula que es mi vida sentimental, extraño a mi amiga.

Y que conste que no lo digo solo por tener a alguien con quien despotricar sobre los hombres, sino porque con ella todo parece más fácil. Siempre ha tenido el don de hacerme sentir mejor, incluso en esos días en los que mi único pensamiento es el de meterme bajo una manta y desaparecer.

Desde que nos conocimos en la universidad siempre ha estado ahí apoyándome, y por eso, puedo decir sin lugar a duda, que es mi mejor amiga.

Suspiro y cojo el móvil con la intención de enviarle un mensaje, pero enseguida me percato de que es tarde y tiene una niña que cuidar. Tampoco quiero ser la típica amiga pesada que no deja de quejarse por chorradas. Bastante tiene ella con sus cambios de pañales y despertares nocturnos.

Con ese pensamiento abro Instagram, dispuesta a distraerme con cualquier cosa absurda: perros bailando salsa, recetas de postres que nunca voy a preparar o influencers presumiendo de su vida perfecta.

Entonces veo una notificación. El punto rojo que me avisa de que tengo un nuevo mensaje.

No puedo evitar que el corazón me dé un pequeño vuelco.

Últimamente estoy recibiendo cosas extrañas: mensajes bastante desagradables desde cuentas que parecen falsas. Y al final, como es lógico, no me queda otra que bloquearlas.

Lo pulso conteniendo la respiración y… en cuanto la conversación se abre, resoplo con fuerza.

User456551: *Eres patética.*

Esas son las palabras que me han escrito esta vez. Y como de costumbre provienen de una cuenta sin foto ni seguidores.

Me quedo mirando la pantalla durante unos segundos.

Luego ignoro la desazón que se acaba de instalar en mi pecho y le doy al botón de eliminar.

Capítulo 4

Aria

Definitivamente, no he dormido lo suficiente.

Ese es el pensamiento que predomina en mi cerebro mientras avanzo por el vestíbulo de la empresa y pulso el botón del ascensor. Y la causa de mi insomnio es bastante obvia: el maldito mensaje que recibí ayer.

Eres patética.

Dos palabras. Secas, anónimas, absurdas.

Como dije, este no es el primer mensaje que recibo de este tipo. En las últimas tres semanas me han llegado varios más con las mismas características: cuentas sin foto, sin seguidores y sin más rastro que el veneno que escupen.

Y lo peor es que ya debería estar acostumbrada.

Desde pequeña, mi aspecto físico siempre ha sido motivo de comentarios. Supongo que porque nunca he encajado en ese ideal que algunos consideran «correcto».

Por eso, el bullying no es nuevo para mí.

Cuando iba al colegio, Grayson, el chico que me gustaba, me apodaba «La Masa». Lo decía con una sonrisa, como si fuera una broma inofensiva. Pero para mí no lo era. Y en el instituto la historia

se repitió cuando una chica llamada Abby Smith recuperó el mote, y lo convirtió en algo aún peor: su pasatiempo favorito.

Me lo soltaba cada vez que me veía, en los pasillos, en clase o en el comedor, mientras se descojonaba con sus amigas. Poco después, otros se sumaron a su cruzada y los insultos se fueron pegando a mí como una segunda piel.

Pero eso quedó atrás.

O, al menos, eso pensaba hasta que empecé a trabajar en esta empresa y descubrí que Abby también lo hacía.

La verdad es que fue todo un shock.

No porque me aterrorice, ya no soy aquella adolescente que cambiaba de acera para evitarla, sino porque, después de tantos años, jamás imaginé que nuestros caminos volverían a coincidir.

La miré, ella también me miró y ambas nos reconocimos. Pero por suerte ahí quedó todo. Me refiero a que desde que trabajo aquí solo hemos intercambiado un par de frases superficiales junto a la máquina de café. Se nota que ninguna de las dos tiene interés en hablar con la otra. El pasado, pasado está, y cuanto más lejos, mejor.

Así que en eso ha consistido nuestra relación actual.

Hasta que hoy, al pasar junto a su escritorio, mi cerebro hace clic y, sin quererlo, me da por preguntarme:

¿Y si ha sido ella? ¿Y si Abby está detrás de los mensajes que he recibido?

No tengo pruebas, pero tampoco puedo ignorar el hecho de que, en aquella época, parecía disfrutar haciéndomelo pasar mal.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral mientras sigo caminando y me dirijo a mi escritorio.

A ver… lo que está claro es que, si Abby quisiera fastidiarme, lo haría de otra manera. La sutileza nunca fue lo suyo. Sus ataques siempre fueron públicos, con testigos con los que celebrarlo. Así que dudo que después de tantos años, se haya molestado en crear cuentas falsas solo para enviarme mensajes.

Simplemente, no encaja con ella. No es su estilo.

O al menos, eso quiero pensar…

En fin, sea como sea, no puedo perder el tiempo dándole vueltas a esto. Llevo poco trabajando en esta empresa y, como líder de marketing digital, tengo mucho que hacer. Todavía estoy familiarizándome con la estructura interna de la empresa, tengo informes que revisar, estrategias que pulir… Es un reto, sí, pero no podría estar más feliz.

Por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación de que estoy justo donde quiero estar.

Me siento en mi mesa y enciendo el portátil, decidida a concentrarme. Abro uno de los informes, me pongo a leer y… mi cerebro opta por sabotearme otra vez.

Aunque esta vez no es por Abby, sino por otro asunto. O, mejor dicho, por un hombre. Un hombre de facciones perfectas y cuerpo de infarto.

Leo.

Y por mucho que lo intento, no puedo sacarme la intensidad de sus ojos de la cabeza. Ni su voz. Ni las tonterías que me soltó…

Arghhh.

Chasqueo la lengua y agito el cuello.

No, Aria. Basta. No puedes sentirte atraída por ese imbécil.

Un imbécil que, además, no pienso volver a ver en mi vida.

Suelto un largo resoplido y, todavía no he recuperado el control de mi cerebro, cuando una voz masculina me sobresalta.

—Hoy has venido con energía, ¿eh?

Alzo la cabeza y me encuentro a Philippe, uno de mis compañeros de equipo.

Carraspeo mientras recupero la compostura y sonrío.

—Bueno, tengo mucho que hacer. Quiero ponerme al día lo antes posible.

—Eso está bien, porque el jefe ya ha regresado.

—¿Ah, sí? —murmuro alzando una ceja con interés—. ¿Y cómo es? ¿Has trabajado con él?

—No directamente, pero dicen que es brillante, exigente y… —hace una pausa dramática— guapísimo. Aunque, para ser justo, esto último no lo dicen. Lo he comprobado yo mismo.

Parpadeo con desconcierto. De todas las cosas que esperaba escuchar, esta no estaba en la lista.

¿Desde cuándo la apariencia de un jefe es relevante en el mundo laboral?

Respiro hondo y asiento con calma, mientras rezo para que no se trate de otro egocéntrico con complejo de semidiós. Mi paciencia no lo resistiría.

Luego fuerzo una sonrisa y digo:

—Vaya… Será interesante conocerlo.

Mi compañero asiente, visiblemente emocionado.

—Oh, ya lo creo que sí. La reunión con los líderes de departamento empieza en un cuarto de hora, así que ya me contarás. —Dicho esto, me guiña un ojo y desaparece tan rápido como ha venido.

Sacudo la cabeza, riéndome ante su desparpajo y reviso los documentos de la reunión para evitar imprevistos. Después, cojo mis cosas y me dirijo a la sala polivalente. Al entrar, encuentro a varios de mis compañeros ya acomodados alrededor de la mesa de cristal, todos ellos encargados de los departamentos que hacen funcionar esta empresa. Los saludo con una leve inclinación de cabeza y tomo asiento, colocando mi portátil frente a mí.

Respiro hondo con la firme intención de dar lo mejor de mí.

Entonces la puerta se abre, levanto la mirada y… el mundo se detiene a mi alrededor.

No.

No, no, no.

No puede ser…

Es él.

El hombre de ayer.

El hombre que me arrastró a su estúpida farsa.

El hombre al que acabé llamando pirado.

Leo.

Y, por el respeto que le demuestran todos, está claro que no es un trabajador más.

¿Es el jefe? ¿El jefe supremo de esta empresa?

Mi corazón empieza a latir con tanta fuerza que temo que todos lo escuchen.

Él avanza a paso seguro, seguido de su asistente, saludando a todos por el camino.

Tengo que buscar una salida, me digo. Puedo fingir una llamada, que me siento mal, lo que sea. Cualquier excusa para largarme de aquí. Pero, por alguna razón, mi cuerpo se niega a cooperar.

Entonces él avanza unos cuantos pasos más y el peor pronóstico posible se hace realidad.

Nuestros ojos se encuentran, su mirada se clava en la mía y yo…

¿Qué hago yo?

Pues lo más ridículo que se me ha ocurrido en toda la vida.

Agacharme y esconderme debajo de la mesa.

Capítulo 5

Leo

—Ey, tío, espero que tu regreso a Nueva York esté yendo bien. Te envío este audio porque ayer me quedé con ganas de conocer un poco más a tu chica misteriosa. He pensado que podríamos quedar un día de estos para tomar unas cervezas o cenar. ¿Qué te parece una cita doble? A Summer y a mí nos encantaría.

Cierro la aplicación de mensajería con un resoplido. ¡Maldición! ¿Es que Justin nunca va a darse por vencido con este tema? Por su culpa, ayer tuve que abordar a una mujer desconocida para que fingiera ser mi novia frente a él.

Tuve suerte, lo admito. Porque la mujer que elegí, Aria, me siguió el rollo, cuando bien podría haberme mandado a la mierda o, peor aún, haberme delatado frente a Justin.

Pienso en ella mientras fijo la mirada al otro lado del ventanal de mi despacho en el Upper East Side, observando cómo la ciudad sigue su ritmo frenético. Llevo desde ayer sin quitármela de la cabeza. Todo en ella me ha dejado bastante impresionado. Desde su cuerpo curvilíneo hasta su forma de plantarme cara sin pestañear.

Aunque eso ahora no es importante.

Lo importante es que necesito encontrarla para que me ayude a seguir con este plan un poco más.

Podría darle largas a Justin o decirle que he roto con ella, pero me jode tener que cargarme tan pronto la excusa que me inventé.

Necesito aguantarla un par de meses más, al menos hasta que lo de Summer y Justin sea más estable.

¿Cómo podría encontrarla?

Solo sé que se llama Aria, no tengo más información de ella que su nombre. ¿Cuántas Arias deben existir en Nueva York? Probablemente miles.

No tengo su apellido, ni su número, ni la menor idea de dónde trabaja o vive. Solo sé que anoche bebía gin-tonic, llevaba un vestido negro que le quedaba de infarto y que tiene una actitud que podría ponerme de los nervios… o volverme completamente loco.

Podría contratar los servicios de un investigador privado para que la buscase o pedirle a mi asistente que rastreara cada Aria en Nueva York hasta dar con ella, pero incluso para mí, eso suena excesivo.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

—Señor Campbell, la reunión con los líderes de equipo empieza en cinco minutos —dice Darren, asomando la cabeza con expresión apremiante.

Asiento, cierro el portátil y recojo los informes de la mesa antes de salir de mi despacho. Es momento de centrarme en el trabajo, no en una mujer a la que probablemente no volveré a ver.

O al menos, eso es de lo que intento convencerme mientras camino hacia la sala de reuniones.

Nada más entrar, todos me reciben con sonrisas y palabras de bienvenida. He estado casi un mes fuera, y se nota que me han echado de menos. No me sorprende.

Soy un buen jefe. Exigente, sí. Un cabrón, a veces. Pero intento ser justo con mis empleados y reconocer su trabajo. Si están aquí es porque son los mejores, y los mejores merecen ser valorados.

Hablo con uno y con otro mientras avanzo por la sala, hasta que, de pronto, mis ojos se topan con unos que no reconozco de inmediato. O quizá sí, porque una extraña sensación me golpea en el estómago.

Los he visto antes.

Maldita sea. Los vi ayer.

No puede ser. ¿Es ella? ¿La chica del bar?

Antes de que pueda procesarlo, la dueña de esos ojos desaparece de mi campo de visión. Frunzo el ceño, confuso. Hay alguien bloqueándome parte del ángulo, así que me muevo ligeramente para averiguar dónde se ha metido. Y entonces la veo.

A la chica de ayer. Aria.

Agazapada debajo de la mesa.

Esto es tan surrealista que parpadeo un par de veces, convencido de que mi cerebro me está jugando una mala pasada. Pero no importa cuántas veces lo haga, Aria sigue ahí, encogida debajo de la mesa, con la cabeza ladeada en un intento desesperado de que no pueda verle la cara.

¿Pero qué cojones…?

Sin pensarlo más, y bajo la mirada incrédula y confusa de todo el mundo, me agacho a su lado hasta quedar a su misma altura.

Desde aquí puedo verle el rostro. Tiene los ojos cerrados con tanta fuerza que parece estar rezando para desaparecer. Su expresión grita *Dios, que se abra un agujero bajo mis pies y me trague entera*.

No sé si reírme o preguntarle directamente qué demonios está haciendo. O ambas cosas. Opto por simplemente carraspear. Eso es suficiente para que ella abra sus ojos lentamente, hasta que su mirada y la mía se encuentran.

Y el aire se espesa a nuestro alrededor.

Estoy más cerca de lo que pensaba. Demasiado cerca. Desde esta distancia, veo el ligero temblor de sus pestañas y la forma en la que su respiración se entrecorta por la sorpresa. Hay un instante de desconcierto absoluto, casi como si el tiempo se hubiera congelado. Luego, en cuanto se da cuenta de lo que está pasando, su expresión cambia del *shock* al pánico en un segundo.

Se mueve bruscamente hacia atrás y está a punto de darse un golpe en la cabeza contra la mesa, pero yo soy más rápido que ella. Coloco una mano sobre el vidrio justo a tiempo, absorbiendo el impacto antes de que se haga daño.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en un susurro.

—Yo… —balbucea, con las mejillas completamente teñidas de rojo.

Pero antes de que pueda responder, mi asistente se suma al *overbooking* debajo de la mesa.

—Señor Campbell, ella es Aria Ross, la nueva líder del departamento de Marketing Digital. Como recordará, Peter Sanders

dejó el puesto justo antes de su viaje, y Recursos Humanos se encargó de encontrar un reemplazo en su ausencia.

¿Perdona?

Miro a Darren. Miro a Aria. Vuelvo a mirar a Darren.

No puede ser.

¿La desconocida a la que pedí que fingiera ser mi novia ayer trabaja para mí?

Mientras sigo asimilando la noticia, Aria parece salir de su estupor inicial. Sus ojos dejan de reflejar pánico y adoptan un brillo desafiante.

—Se me cayó el bolígrafo debajo de la mesa —dice, mostrándolo entre los dedos.

Alzo una ceja.

Ja.

Lo tiene claro si piensa que voy a creerme esa excusa.

Pero como no quiero montar una escena delante de todo el mundo, que, dicho sea de paso, ya nos están mirando como si estuvieran viendo el episodio más jugoso de su serie favorita, decido dejarlo pasar por ahora.

Me incorporo despacio, sin apartar la mirada de Aria, y le tiendo una mano para ayudarla a levantarse. Ella duda un segundo, como si temiera que fuera una trampa, pero al final la acepta con resignación.

El contacto dura menos de un segundo, pero ahí está de nuevo.

Esa descarga eléctrica que me recorrió anoche cuando entrelacé mis dedos con los suyos.

Veo cómo ella también lo siente porque su mano se tensa en la mía, pero no dice nada. Solo aprieta los labios y se pone en pie con la cabeza bien alta, como si nada hubiera pasado.

—Bienvenida al equipo, Aria —digo con una media sonrisa cargada de intención—. Me alegro de contar contigo.

Ella entrecierra los ojos y hace una mueca, una que deja claro que no se alegra en absoluto.

Sin más preámbulos, me dirijo a mi sitio y empiezo la reunión. Quiero que todos me den un informe sobre cómo ha funcionado su departamento durante mi ausencia este mes.

Sin embargo, no estoy para nada concentrado.

Mis ojos vuelven a ella una y otra vez, como si tuvieran voluntad propia.

Hoy lleva el cabello recogido en un moño sobrio, dejando al descubierto un cuello elegante y una clavícula tentadoramente visible bajo la blusa blanca que lleva puesta. Ummm… Qué sexy. Qué jodidamente sexy.

Cuando es su turno de hablar, apenas me mira, se nota que está cohibida por la situación, y no es para menos.

—Como bien le ha dicho Darren, hace poco que estoy al frente del departamento de Marketing Digital. He estado familiarizándome

con los proyectos en curso y ajustando algunos procesos para mejorar el rendimiento del equipo.

Empieza a hablarme de estrategias, métricas y optimización de campañas, pero mi atención se pierde en los pequeños detalles. Cómo entrelaza las manos sobre la mesa, el leve movimiento de su pie bajo la silla o la forma en que su garganta se mueve al tragar saliva. Está nerviosa. Intenta mantener la compostura, pero su cuerpo la delata.

Y como soy un capullo arrogante que disfruta poniendo incómodas a las mujeres con las que tengo asuntos pendientes, en lugar de asentir y dejarlo estar, porque se nota que está deseando que esto termine, decido alargar su agonía un poco más.

—Interesante. ¿Y qué cambios concretos has implementado hasta ahora?

La forma en que sus labios se aprietan durante un segundo me dice que me ha calado. Sabe que lo hago a propósito. Pero, para mi sorpresa, se recupera rápido.

—He revisado el *engagement* de nuestras campañas y ajustado la segmentación en redes sociales para mejorar el alcance orgánico. También he implementado una optimización del embudo de conversión en nuestra web para aumentar la captación de leads.

—¿Y qué resultados han dado esos ajustes hasta ahora?

—Bueno, hemos notado una mejora progresiva en la interacción y un incremento en la conversión de usuarios.

—¿Mejoras progresivas? —arqueo una ceja—. Eso no me dice nada. Dame cifras concretas.

Aria resopla de forma casi imperceptible, pero suficiente para que me dé cuenta.

—Perdona por no aprenderme de memoria cada porcentaje de conversión y ratio de *engagement* antes de venir —contesta con fingida educación—. Pero si quieres cifras exactas, puedo enviártelas cuando termine la reunión.

Mis labios se curvan en una sonrisa. ¿Soy un niñato inmaduro por disfrutar de su frustración? Probablemente. ¿Me importa? En absoluto.

Hay algo jodidamente divertido en verla luchar por contener la irritación mientras sus ojos me fulminan en silencio. Como si pudiera quemarme con la mirada.

—Hazlo. Quiero ver esos números cuanto antes.

Me sostiene la mirada un segundo antes de asentir. Puedo casi escuchar los insultos que se está guardando.

Y luego, sí, paso al siguiente.

—Norman, de Finanzas. Te escucho.

Media hora más tarde, cuando la reunión termina, veo a todos levantarse para dirigirse a su sitio. Me fijo en la forma en que Aria baja los hombros, como si sintiera un alivio infinito por haber terminado con la tortura.

Pero no dejo que ese alivio le dure demasiado.

—Aria, acompáñame a mi despacho. Tenemos que hablar.

Capítulo 6

Aria

Me miro en el espejo del baño con el corazón acelerado y la tensión acumulada en los hombros.

No puedo creer que esto esté pasando.

Que el hombre de ayer, al que llamé pirado después de que me convirtiera sin permiso en su novia falsa, sea mi jefe.

Mi. Jefe.

¿Lo peor? Que, al verlo, en lugar de comportarme como una mujer adulta y con dignidad, decidí esconderme debajo de la mesa, como si las mesas tuvieran la capacidad mágica de volver invisible a quien las usa como refugio.

Zarandeo la cabeza como si intentara espantar el recuerdo y me regaño a mí misma por haber hecho las cosas tan mal.

¿Por qué no busqué una foto del CEO de *NovaTech Solutions* cuando me dieron el puesto?

Con lo que me gusta pasar el rato en internet buscando información absurda sobre cualquier cosa, y en lugar de hacer algo útil, me lancé de cabeza al trabajo sin ni siquiera investigar quién iba a firmar mi nómina.

Y ahora estoy pagando el precio.

Cuando ha terminado la reunión, estaba lista para volver a mi puesto e intentar digerir todo lo que acaba de pasar, pero Leo ha decidido que quería seguir torturándome un poquito más.

—Aria, acompáñame a mi despacho. Tenemos que hablar.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Intentando ganar algo de tiempo para recomponerme, le he soltado lo primero que se me ha pasado por la cabeza:

—¿Te importa si voy al baño antes? Siento la llamada de la naturaleza y me niego a dejarla en espera. Solo necesito un minuto.

Él me ha dedicado una mirada que no he sabido descifrar del todo antes de asentir.

—Te espero en mi oficina. No tardes.

Y aquí estoy ahora, en el cuarto de baño, intentando que mi cerebro vuelva a funcionar antes de enfrentarme a él a solas.

Necesito hablar con alguien de esto, así que saco el móvil y decido mandar un mensaje al chat grupal que tengo con Ellie y otra de mis amigas, Gigi. Se llama «Gin Tonic Party», y es el que usamos cuando queremos organizar una quedada de chicas.

Mi grupo de amigos es más amplio, además de ellas están Trevor y Rhys, sus maridos, y Mike, el hermano del segundo, pero hoy necesito apoyo femenino.

ARIA
Mayday, chicas, tengo un problema. Necesito que nos veamos esta noche.

GIGI
¿Se te volvieron a pegar las bragas en la pernera del pantalón y las perdiste donde no debías?

ARIA
Eso pasó solo una vez y hace tiempo. ¿Es que nunca vas a olvidarlo? No tiene nada que ver con mis bragas. Es sobre un hombre.

GIGI
¿Un hombre interesante?

ARIA
Un hombre gilipollas.

GIGI
Ups.

Veo el nombre de Ellie junto a los tres puntos que indican que está escribiendo.

ELLIE
¿Es sobre el tipo de ayer que se creía Christian Grey? Pensé que le habías dado calabazas.

ARIA
Y se las di. Pero esto no tiene nada que ver con mi cita. ¿Qué os parece si quedamos esta noche en mi apartamento y os lo cuento todo? Necesito una noche de chicas.

GIGI
¿Habrá alcohol?

ARIA
Mucho.

GIGI
Entonces cuenta conmigo.

ELLIE
Y conmigo, aunque no pueda sumarme a la parte del alcohol.
Trev puede encargarse de la niña. Nos vemos a las ocho.

Suelto un suspiro de alivio, me miro una última vez al espejo y decido enfrentarme de una vez a Leo Campbell, mi jefe.

Me doy ánimos a mí misma, recordando que no soy yo quien debería sentirse avergonzada por lo que sucedió ayer. Fue él quien me abordó de la nada y me obligó a fingir ser su novia. Yo solo fui una víctima circunstancial de su plan absurdo.

Mis insultos posteriores fueron un daño colateral completamente justificado.

Cuando llego a su puerta y veo su nombre grabado en la placa plateada, cuadro los hombros, levanto la barbilla y llamo con los nudillos, decidida a no dejarme intimidar.

Desde el interior, su voz grave y segura no tarda en responder:

—Adelante.

Entro y, esforzándome por parecer tranquila, me siento en la silla apostada frente a su escritorio.

Qué cabrón.

Este despacho tiene las mejores vistas de toda la oficina, que ya de por sí son impresionantes. Supongo que ser el jefazo absoluto del lugar tiene sus privilegios.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto, sacando mi bloc de notas y el bolígrafo, dándole a entender que estoy aquí para tratar temas laborales y solo eso.

Un intento patético de marcar límites, pero oye, se hace lo que se puede.

—Qué sorpresa encontrarnos de nuevo tan pronto, ¿verdad? El destino a veces tiene un sentido del humor retorcido —comenta Leo, clavando sus ojos en mí.

El sol incide directamente sobre sus iris, y parecen de un tono más claro que ayer, como si el whisky caro en el que pensé anoche se hubiera convertido en miel líquida.

—Yo no llamaría destino a la casualidad —respondo, cruzándome de brazos y desviando la mirada de sus ojos a mi bloc de notas—. Y ahora, si me disculpas, me gustaría que solo hablásemos de trabajo.

—Y eso es exactamente lo que quiero hacer. Hablar de trabajo. Pero no del que haces aquí.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Sé que ayer fue todo un poco precipitado, mi amigo no me dio tiempo a reaccionar y actué bajo presión eligiéndote como novia falsa. Pero ahora él cree que eres la mujer con la que llevo meses viéndome y necesito que sigamos con esta mentira un tiempo. Te pagaría, por supuesto.

Abro los ojos de par en par.

—¿Quieres pagarme para que finja ser tu novia? —repito, llena de incredulidad.

—Solo sería durante un par de meses. Quizás tres. Luego simularía una ruptura y sería como si nunca hubiera pasado.

Me río, pero no es una risa normal. Es una risa histriónica, descontrolada, una de esas que te salen cuando la realidad es tan absurda que lo único que puedes hacer es reírte en su cara.

Cuando consigo recomponerme, lo miro a través de las lágrimas que se me han saltado entre carcajadas.

—Ni de coña voy a seguir con la farsa que empezaste ayer. Puede que seas mi jefe, pero mi trabajo se limita a gestionar campañas, analizar métricas y optimizar estrategias digitales, no a fingir ser tu novia en mi tiempo libre. —Cruzo los brazos y sacudo la cabeza, aún alucinando con su cara dura—. Si querías una novia falsa, podrías haber contratado a una actriz, no arrastrarme a esto sin mi consentimiento.

A pesar de lo que le he dicho, no parece para nada afectado. Al contrario. Sonríe un poco, como si mi negativa le divirtiera en lugar de molestarle.

—Ya te he dicho que actué bajo presión. Y aunque me encantaría echarme atrás, no es algo que pueda hacer porque él ya

te ha visto. No puedo ahora simplemente aparecer con otra. No funciona así.

—Pues dile que hemos roto.

—No puedo hacer eso todavía. Necesito alargar la farsa unos meses.

—¿Por qué? —pregunto, empezando a golpear la punta de mi zapato contra el suelo con un movimiento rítmico, ese que hago cuando empiezo a perder la paciencia—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Ayer se lo pregunté y no quiso responderme. Espero que al menos ahora se digne a hacerlo.

Sin embargo, por la forma en que encoge los hombros, sospecho que no lo hará.

No me equivoco.

—El motivo no te incumbe.

Hasta aquí hemos llegado.

—Pues lo lamento mucho, pero no voy a hacerlo.

Me levanto de la silla, y tras una breve inclinación de cabeza y salgo del despacho con el corazón desbocado.

Ojalá nunca hubiera ido a esa maldita cita.

Capítulo 7

Aria

—¿Qué? ¿Tu jefe te pidió eso? —exclama Gigi, alzando una ceja con incredulidad—. No me lo puedo creer. Si un tipo me soltara semejante propuesta con ese descaro, le estamparía lo primero que tuviera a mano.

—Eso me pidió, sí —murmuro, girando la copa entre mis dedos —. Y ojalá se me hubiera ocurrido. Tenía un pisapapeles justo delante. Una lástima no haberlo aprovechado.

Ellie muerde una galleta y nos mira con una mezcla de resignación y diversión.

—Vale, el tío, es un imbécil de gran calibre, ¿pero podríamos dejar de resolverlo todo con agresiones? A este ritmo, algún día acabaréis compartiendo celda.

Gigi sacude la cabeza con aire confiado.

—Oh, no. Si alguna vez acabo en la cárcel, cosa que dudo teniendo en cuenta mi equipo de abogados, no compartiré celda con nadie.

Me llevo una mano al pecho fingiendo indignación.

—¿Qué? ¿Ni siquiera conmigo?

—No, te quiero mucho, y lo sabes, pero tengo mis estándares. Necesitaría un módulo especial con ciertos privilegios. Colchón

viscoelástico, menú gourmet, ropa de diseñador…

La miro con expresión divertida.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo las cárceles ofrecen esos lujos?

—Pues no lo sé —responde encogiéndose de hombros—. Pero, si hay alguien que puede conseguirlo, esa soy yo.

No lo dudo ni por un segundo. Gigi siempre ha sabido cómo usar su posición a su favor. Pertenece a una de las familias más influentes del país y creció rodeada de lujos e intrigas de poder, por lo que desde muy pequeña tuvo que aprender a valerse por sí misma. Nos conocimos gracias a Rhys, amigo de Trevor, el marido de Ellie, y, aunque en un principio pensé que su mundo y el mío no podían estar más alejados, su sinceridad brutal y su forma de enfrentarse a la vida sin rodeos terminaron ganándome.

Las tres nos reímos y el sonido de nuestras risas se mezcla con la música suave que suena de fondo. Estamos acomodadas en el sofá de mi apartamento, con una bebida en mano. Gigi y yo, con una copa de vino, mientras que Ellie sostiene una taza de té. Cómo sigue dando el pecho, no toma alcohol, pero eso no le ha impedido monopolizar el paquete de galletas.

Todo esto ha venido porque acabo de contarles todo lo que ha pasado con Leo, alias mi jefe: cómo me utilizó para su farsa sin avisarme, cómo asumió que bastaba con ofrecerme dinero para que siguiera haciéndolo y cómo tuve que recordarle que soy una persona con criterio propio y no un simple peón en su juego.

Ellie ya sabía parte de la historia, pero Gigi no, y no es de extrañar que su reacción haya sido algo más intensa. Es directa y siempre dice lo que piensa sin importar si la situación requiere

diplomacia o no. Y, aunque a veces eso juega en su contra, también es una de las cosas que más me gustan de ella.

—Volviendo al tema de tu jefe —dice al cabo de un momento—, mira que hay maneras de hacer las cosas, pero el tío ha elegido la peor. Joder… Si vas a involucrar a alguien en tu juego, al menos ten la decencia de avisarlo antes de meterlo de cabeza.

—Exacto —concuerdo con ella—. Y ni se planteó que yo podría decir que no.

Ellie hace una mueca.

—Típico de la mayoría de hombres con dinero. Se creen que pueden hacer lo que les venga en gana sin medir las consecuencias.

—El problema no es el dinero, sino cómo lo usas —puntualiza Gigi—. No se trata solo de tener recursos, sino de saber usarlos. Si quieres convencer a alguien para que te ayude en una situación así, al menos hazlo con un poco de tacto y dale margen para elegir.

Ellie entrecierra los ojos y le dirige a Gigi una sonrisa cargada de circunstancias.

—Vaya, ahora que lo pienso… tú de estos tratos entiendes bastante, ¿no?

Gigi, que acaba de llevarse la copa a los labios, se detiene a medio sorbo y parpadea con fingida inocencia.

—¿A qué te refieres?

—Venga ya, no te hagas la tonta. No hace tanto que le hiciste a tu actual marido una oferta parecida a la del jefe de Aria.

Me atraganto con el vino y, tras recuperarme, abro los ojos de par en par.

—¡Dios, es verdad! —Giro el cuello hacia Gigi, sorprendida por no haberme percatado de esto hasta ahora.

Rhys.

Antes de que él y Gigi fueran pareja, ella le propuso ser su novio ficticio a cambio de dinero.

Pero lo cierto es que ahí acaba cualquier parecido con mi situación. Contra todo pronóstico, Rhys aceptó el trato y, tras varias complicaciones, los dos acabaron enamorándose.

Gigi suspira con exasperación y levanta una mano en gesto de defensa.

—Vale, lo mío con Rhys puede sonar parecido, pero no lo es ni de lejos.

Estoy a punto de darle la razón, pero me callo porque quiero oír sus argumentos.

—Para empezar —continúa, ladeando la cabeza—, yo no era su jefa ni su sueldo dependía de mí.

—Ajá —Ellie asiente despacio, moviendo la mano para que siga.

—Segundo, Rhys había trabajado en una agencia de novios de alquiler. Tenía experiencia en el tema, así que lo que le propuse no era ninguna locura.

—¿Y tercero? —dice Ellie observándola con diversión.

Gigi se encoge de hombros.

—Tercero, si me decía que no, no pasaba nada. No le metí en un lío antes de preguntarle.

Sonríe con expresión triunfal y bebe un sorbo de su copa, como si acabara de ganar un debate.

Ellie ladea la cabeza.

—Visto así, suena razonable.

—Suena razonable porque lo es —remarca Gigi antes de beber otro sorbo de su copa.

Asiento porque como he dicho, estoy totalmente de acuerdo con ella. Su explicación no ha hecho más que reforzar lo que ya tenía claro desde el principio.

—Por eso le dije que no al capullo de mi jefe sin pensarlo dos veces —concluyo, dando voz a mis pensamientos—. Fingir ser su novia no está en mi contrato, y lo último que quiero son complicaciones en el trabajo por culpa de eso.

Gigi alza su copa en mi dirección.

—Bien hecho.

Ellie se me queda mirando un momento, como si estuviera evaluando algo en mi expresión, pero no dice nada. Deja su taza y el paquete de galletas en la mesa y coge su móvil.

El mío vibra justo en ese momento. Echo un vistazo a la pantalla sin mucho interés y, cuando veo que se trata de un nuevo mensaje de Instagram, chasqueo la lengua con fastidio.

—¿Otra vez? —murmuro para mí, pero Gigi lo escucha.

—¿Cómo que otra vez? —arquea una ceja y deja su copa sobre la mesa.

Ellie también deja su móvil y se vuelve hacia nosotras.

—No será tu jefe, ¿no?

—Ojalá. Al menos ese va de frente —respondo mientras leo el contenido del mensaje.

Ellie y Gigi intercambian una mirada rápida.

—¿Entonces quién? —insiste esta última—. No nos dejes con la intriga.

Suspiro y coloco el móvil boca abajo sobre mis piernas.

—No es nada. Solo un imbécil que me envía mensajes en Instagram.

Ellie arruga la frente.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Insultos, básicamente —le contesto en tono desenfadado para quitarle hierro al asunto—. Que soy patética, que doy pena… tonterías así.

—¿Qué? —Ellie se endereza en el sofá—. Joder…

—¿Desde cuándo? —inquiere Gigi.

—Desde que cambié de empresa, diría.

Ellie parpadea.

—Aria…

—No es para tanto —la corto antes de que empiece a dramatizar—. Solo es alguien que se aburre y ha decidido desahogarse conmigo. No pienso darle más importancia de la que merece.

—Pues yo de ti me lo tomaría muy en serio —interviene Gigi—. Podría ser alguien de tu nuevo trabajo. Dices que coincide con tu incorporación.

El estómago se me revuelve en el acto, pero lo disimulo con un encogimiento de hombros.

—Lo pensé, pero tampoco tengo pruebas. Así que da igual.

—No da igual Aria. —La voz de Ellie sube de nivel—. Una persona con la que es muy probable que te cruces todos los días te está acosando.

—No sabemos si es alguien de la oficina —replico.

—Da igual quién sea, esto no es normal.

—No, no lo es —añade Gigi—. Ya puedes ir bloqueando la cuenta—. Extiende el brazo para coger mi móvil, pero se lo impido.

—¿Para qué? Si la bloqueo, se abrirá otra y listo. Ya he bloqueado otras cuentas antes y siempre regresa. —Una vez digo esto Ellie me mira como si no se acabara de creerse lo que ha salido de mi boca y, en un intento de apaciguarla, añado—: Solo es un pesado con demasiado tiempo libre. Ya se cansará.

—¿Y si no se cansa?

—Pues entonces ya veré qué hago.

Ellie y Gigi intercambian una mirada de preocupación.

—Deberías ir a la policía —insiste Ellie.

Ruedo los ojos.

—¿Para qué? ¿Para que me digan que no pueden hacer nada? Tengo mejores cosas que hacer que perder el tiempo con eso.

—Más vale prevenir que lamentar —murmura Gigi, pero por suerte ni ella ni Ellie insisten más en el asunto.

Me llevo la copa de vino a los labios y bebo un sorbo, pero su sabor no consigue borrar la inquietud que se ha instalado en la boca de mi estómago.

Capítulo 8

Leo

El sonido de una notificación rompe con el silencio de mi despacho. Parpadeo y aparto la vista del informe financiero que llevo media hora tratando de analizar sin éxito. Cojo el móvil con desgana y leo el mensaje que me acaba de llegar.

JUSTIN

Tío, ¿cómo lo tienes este viernes para nuestra cita doble? Summer ha encontrado un restaurante que es una pasada, pero hay que reservar ya, o nos quedamos sin mesa. Dime algo cuanto antes.

Aprieto los ojos con fuerza.

Joder.

¿Es que Justin no se va a dar por vencido o qué?

Pienso en la noche en que empecé con esta estúpida farsa. En el momento exacto en que mi cerebro, en un acto desesperado, me hizo decirle a la primera mujer que vi que fingiera ser mi novia. Una mujer que tiene el carácter más jodidamente desafiante del planeta y me ha dejado claro que no piensa participar más en el juego. Una mujer que, para más inri, trabaja para mí.

Suelto un gruñido.

Aunque lo más surrealista de todo es que no consigo quitármela de la cabeza. Su porte desafiante cuando rechazó mi proposición. La manera en que me sostuvo la mirada, sin miedo, sin titubeos. Como si realmente creyera que puede plantarme cara y salir indemne.

Lo cierto es que la mayoría de la gente intenta impresionarme. Se esfuerzan por quedar bien, por no contrariarme. Ha sido así desde que tengo uso de razón. Al principio, por mis orígenes y mi apellido; ahora, por el imperio que he construido a base de mucho esfuerzo y estrategia.

Pero no Aria.

Ella no se molesta en suavizar las palabras, en fingir algo que no siente. Me odia y me lo deja claro cada vez que me habla. Y eso me jode y me atrae a partes iguales.

Me digo a mí mismo que me siento así por una cuestión de orgullo, que no estoy acostumbrado a que la gente me desafíe, que lo único que quiero es ganar. Pero entonces recuerdo sus ojos encendidos. El leve rubor que aparece en su rostro y cuello cada vez que se siente acorralada por mí. Sus labios entreabiertos…

Joder, está claro que todo en ella me resulta tentador. Demasiado tentador…

Y yo no soy así. Nunca me dejo llevar por este tipo de impulsos. Yo soy racional y calculador. Todo en mi vida sigue un plan, una estrategia. Y así es como debe seguir siendo.

Con ese pensamiento, inspiro con fuerza y vuelvo a llevar mi atención al mensaje de Justin.

Tengo que encontrar una solución para resolver este problema de una vez por todas. Y lo más lógico sería decirle a mi amigo que Aria y yo hemos roto, que lo nuestro no ha funcionado.

Pero no.

No voy a tirar por ese camino.

Me inventé esta historia por un motivo y no pienso dejar que se derrumbe tan rápido.

Suelto el móvil y me apoyo en el respaldo de la silla, obligando a mi cerebro a trabajar.

Intentar convencer a Aria de nuevo no es una opción. Ya me dejó claro que no quiere saber nada de esto. No importa lo que le ofrezca, no se va a vender. Por ello, no me queda más remedio que abordar el asunto de otra forma.

Mi mandíbula se tensa mientras tamborileo con los dedos sobre la mesa, hasta que mi cerebro hace clic y doy con la solución.

Si no puedo comprar la cooperación de Aria, voy a encontrar algo que la obligue a aceptar mi oferta. Algo que haga que fingir ser mi novia sea su única salida posible, aunque eso implique jugar sucio.

Todo el mundo tiene un punto débil, y yo voy a encontrar el suyo.

Sonrío para mí mismo y pulso el interfono.

—Darren, entra un momento, por favor.

Mi fiel asistente no tarda en aparecer con su expresión de eficiencia absoluta habitual.

Me cruzo de brazos y le dirijo una mirada calculadora.

—Necesito información de una persona.

Darren asiente sin inmutarse. No es la primera vez que le encargo algo así. En mi mundo la información es poder, y yo nunca he jugado a ciegas.

—¿Nombre?

—Aria Ross. Es la líder del departamento de marketing.

Toma nota sin levantar la vista, casi con la misma indiferencia de quien está redactando algo tan trivial como la lista de la compra.

—¿Algo específico que deba buscar?

—Todo. Experiencia laboral, historial académico, contratos anteriores, cualquier cosa que pueda ser… útil.

Darren asiente y, sin perder ni un segundo, se retira para hacer su trabajo.

***

No ha pasado ni una hora cuando mi asistente regresa con un dosier negro que deja sobre mi escritorio.

No me sorprende su eficiencia. *NovaTech Solutions* tiene acceso a bases de datos del sector, listas de empleados, historiales… Con los recursos y contactos adecuados se puede encontrar cualquier tipo de información de alguien en cuestión de minutos. Y Darren es el mejor en eso.

Cojo el dosier y lo abro con calma, pasando las páginas una a una.

Aria Ross.

Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Nueva York. Ha trabajado como especialista de marketing en varias empresas del sector tecnológico y alimentario, incluyendo *Daebak*, una multinacional de comida preparada coreana, donde formó parte del equipo de branding y diseño de productos.

Tiene un buen historial laboral, lo tengo que reconocer. Todo parece en orden hasta que llego a la última hoja.

Y ahí es donde encuentro la grieta de su armadura: una pequeña mentira.

En su currículum figura un máster en Estrategia y Análisis de Marketing Digital, pero no hay rastro de ese título en su historial académico real.

Curioso, ¿verdad?

Sonrío y cierro el dosier.

No me sorprende que el departamento de Recursos Humanos no lo detectara en su momento. La mayoría de las empresas dan por hecho que los candidatos dicen la verdad, sobre todo cuando tienen

experiencia y un historial laboral sólido. Pero yo sí me he dado cuenta de ese detalle, y voy a usarlo en mi beneficio.

Aria decidió inflar su currículum y ahora no le va a quedar otra que lidiar con las consecuencias. Podría exponerla y hacer que la despidieran en cuestión de horas, pero eso no me interesa. Quiero que siga aquí, que siga el juego. Y ahora tengo la carta que hará que lo haga.

Con esa certeza pulso de nuevo el interfono.

—Darren, dile a Aria Ross que venga a mi despacho.

Tras anunciar mi petición, me acomodo en la silla y fijo la vista en la puerta.

Unos golpes secos me avisan de la llegada de Aria.

—Adelante —digo con calma.

La puerta se abre y ella entra con pasos decididos, pero la rigidez de sus hombros delata su incomodidad. Sus ojos recorren la estancia de forma fugaz, como si eso le fuera a dar una pista de por qué la he llamado esta vez.

—Me han dicho que querías verme —dice en tono medido.

Asiento y, por un segundo, no puedo evitar fijarme en cómo la falda de tubo que lleva hoy resalta sus deliciosas curvas.

—Sí. Cierra la puerta.

Un atisbo de duda ensombrece su rostro, pero aun así hace lo que le pido. Luego cruza el despacho y se detiene frente a mi mesa

con la cabeza erguida. Es evidente que no confía en mí y hace bien en no hacerlo.

Yo, por mi parte, entrelazo los dedos y me la quedo mirando, dejando que el silencio se prolongue más de la cuenta.

—Dime, Aria —empiezo a decir disfrutando de la tensión creciente en su rostro—, ¿cómo van las cosas en el departamento de marketing?

Ella parpadea, visiblemente desconcertada por mi pregunta.

—Bien. Todo en orden.

—Me alegra oírlo. Por cierto, tu perfil es impresionante. Un historial impecable, gran desempeño… —hago una pausa y dejo caer la mirada sobre el dosier que aún reposa en mi escritorio—. Aunque, curiosamente, hay un detalle que no me acaba de cuadrar.

Aria frunce el ceño mientras sus ojos siguen el recorrido de mi mirada.

—¿Qué quieres decir?

La observo con calma.

—Me refiero a tu máster en Estrategia y Análisis de Marketing digital.

—Oh… —Traga saliva de forma visible—. ¿Qué pasa con él?

Esbozo una sonrisa de circunstancias.

—Pues que no lo tienes. Y tampoco lo has tenido nunca.

El color desaparece de su rostro en cuestión de segundos.

Y luego, nada. Solo un silencio denso que me dice todo lo que necesito saber.

Podría darle tiempo para procesarlo, para que intente buscar alguna excusa desesperada, pero no veo la necesidad.

Me levanto con calma, rodeo el escritorio, y tras quedar a escasos milímetros de ella, me apoyo en el borde.

Su espalda se tensa, pero no retrocede.

Bien.

—Voy a ser muy claro, Aria. O aceptas la propuesta que te hice y sigues fingiendo que estamos locamente enamorados, o me aseguraré de que esta mentira te cueste tu trabajo. Y no solo eso… también me encargaré de que ninguna empresa del sector vuelva a contratarte en toda tu vida. —Me cruzo de brazos y le dedico una sonrisa de triunfo—. ¿Qué te parece? No tienes muchas opciones, ¿verdad?

Su mandíbula se tensa al mismo tiempo que su mirada se clava en la mía. Con rabia, odio y algo más. Es como si estuviera debatiéndose entre mandarme a la mierda, o tragarse su furia e indignación y aceptar que ha perdido la batalla.

Como era de esperar, opta por lo segundo.

No porque quiera. Sino porque sabe que no tiene elección.

Mi sonrisa se ensancha.

No necesita decir nada más.

Capítulo 9

Aria

Leo Campbell es un capullo.

No puedo dejar de pensar en esta verdad universal mientras me miro en el espejo y me aplico un poco de brillo en los labios. Desde que anteayer me pidió que fuera a su despacho para amenazarme por haber inflado un poco mi currículum, no he pensado en otra cosa.

Bueno, sí. También he pensado en todas las formas en las que podría asesinarlo sin dejar rastro. Desde métodos clásicos como un veneno indetectable en su café matutino hasta ideas más absurdas, como disfrazarme de ninja y hacerlo desaparecer en la noche. No es que vaya a hacerlo, claro, pero imaginarlo me ha dado cierto consuelo. Llamémoslo terapia creativa.

La cuestión es que da igual que sea un capullo, que lo odie a muerte y que fantasee en hacerlo desaparecer, porque, le pese a quien le pese, esta noche voy a tener que pasar mi tiempo libre con él.

Como si verlo en el trabajo no fuera suficiente.

Leo ha insistido en que nos veamos hoy para ultimar los detalles de la maldita farsa de nuestra relación antes del gran espectáculo con sus amigos este fin de semana.

Y todo por haber incluido un máster de nada en mi currículum. Podía no haberlo hecho, pero sabía que eso me daría ventaja sobre

otros candidatos. Y, para ser honesta, es un máster que quiero hacer, así que técnicamente solo me adelanté un poco a los hechos.

Debe haberse esforzado mucho en *stalkearme* para acabar descubriendo que mentí. Y ahora me tiene contra las cuerdas.

Si no le sigo el juego, no solo puede despedirme, sino también destruir por completo mi reputación. ¿Y entonces qué? No volvería a conseguir un puesto de lo mío en ninguna empresa en la vida.

Bueno, siempre podría volver a *Daebak*, la empresa del marido de Ellie, donde trabajaba hasta hace poco, pero ¿a qué precio? Alardeé de haber conseguido un empleo increíble por mi talento, y si se enteran de que lo logré maquillando un poco mi currículum, la vergüenza me mataría.

Aunque, siendo honestos, ¿quién no miente en su currículum? Un cursillo de «Excel avanzado» que en realidad fue un tutorial de YouTube. Un «nivel intermedio de francés» cuando lo único que sabes decir es *bonjour* y *croissant*. Un «manejo experto de Photoshop» cuando apenas sabes colorear imágenes en Paint.

Es normal exagerar un poquito tus habilidades para tener más oportunidades. Pero claro, a mí me han pillado. Y no solo eso, lo han usado para obligarme a hacer algo que no quiero.

El móvil suena sobre la cama con la llegada de un mensaje, sacándome de mis pensamientos. Lo cojo con desgana y descubro con más desgana aún que se trata de Leo.

LEO (EL CAPULLO)

Baja. Ya estoy esperándote frente a tu casa.

Por supuesto que no me pregunta si estoy lista. Leo no pide, ordena.

Me calzo unos zapatos de tacón, me pongo la cazadora de cuero, cojo el bolso, y salgo de casa con el único deseo de que esta noche pase rápido.

Cuando salgo, distingo a Leo dentro del Audi RS7 negro que hay frente a mi puerta. Elegante, imponente y, por supuesto, carísimo. Vamos, que con lo que vale su coche, yo podría pagar el alquiler de mi piso durante años.

Entro en el vehículo y, antes de que me haya puesto el cinturón, arranca sin decir una palabra. Ni un saludo. Ni un cómo estás. ¿Se puede ser más imbécil? Lo único que hace cuando llega al primer semáforo es subir el volumen de la música, dejando claro que no tiene el más mínimo interés en hablar conmigo.

Menudo primor.

Aunque… ¿son los Arctic Monkeys los que suenan ahora?

Lo miro de reojo, sorprendida. Nunca pensé que le gustaría el rock alternativo. Siempre lo imaginé escuchando música clásica, jazz o algo aburridamente elegante, no *Do I Wanna Know?* vibrando a través de los altavoces de su coche de lujo.

Cuando pienso que no vamos a intercambiar una sola palabra en todo el trayecto, baja el volumen y me mira de reojo.

—Iremos a mi casa. He preparado algo allí, y podremos hablar sin interrupciones.

Lo miro, sorprendida.

—¿Vas a llevarme a tu casa?

—Sí, ¿algún problema?

—Bueno… no. Pero no me lo esperaba. Pensé que me arrastrarías hasta el reservado de algún restaurante exclusivo donde el precio del agua me hiciera cuestionarme mis decisiones de vida, no que optarías por algo tan… íntimo.

—Yo no lo llamaría íntimo, más bien práctico. Y no te hagas ilusiones, esto no es una cita.

—Oh, por supuesto que no lo es. Y en cuanto a lo de hacerme ilusiones… Si hubiera la más mínima posibilidad de que esto fuera una cita, sentiría exactamente lo contrario a ilusión. Terror. Pánico. Ganas de morir. Eso se acerca más a lo que sentiría, dado el caso.

Él ladea la cabeza ligeramente, como si mi respuesta le divirtiera.

—¿Tan terrible te parezco?

—No es cuestión de que me parezcas terrible o no, es cuestión de que prefiero no salir con capullos. Nada personal.

Él suelta una risa baja, sin apartar la mirada de la carretera.

Tardamos poco más de diez minutos en llegar a nuestro destino, un edificio de lujo en el Upper East Side, cerca del trabajo, con una fachada moderna de cristal y acero, portero uniformado en la entrada y cámaras de seguridad en cada esquina.

Leo conduce hasta el aparcamiento subterráneo y aparca en una plaza privada. Sin decir palabra, salimos del vehículo y nos dirigimos al ascensor. Él pulsa el botón de la planta más alta.

Por supuesto, vive en un ático. Porque si eres el maldito Leo Campbell, no te conformas con menos que estar por encima de todos los demás.

Acabo riéndome de ese pensamiento, con una risa boba que capta la atención de Leo justo cuando abre la puerta de su apartamento. La risa muere en el instante en el que me deja pasar y veo el interior.

OH. DIOS. MÍO.

He estado en viviendas de lujo antes, a fin de cuenta mis amigos son millonarios, pero creo que esta es la más exageradamente impresionante que he visto en mi vida.

El espacio es amplio y de techos altísimos, y está decorado con un estilo moderno y minimalista, donde cada mueble parece sacado de una revista de diseño. Todo en tonos neutros, cuero, mármol y cristal. Sin excesos ni estridencias.

Pero lo que realmente me deja sin aliento es la enorme cristalera que ocupa toda la pared del salón. Me acerco casi sin darme cuenta, hipnotizada por la vista. Al otro lado, una terraza enorme se extiende ante mí, con una panorámica espectacular de Manhattan iluminado en la noche.

—Vaya… —susurro, pegando las manos al cristal sin pensar.

—Imagino por tu expresión que te gusta lo que ves —dice Leo a mi lado.

Me giro y lo encuentro mucho más cerca de lo que esperaba. Se ha quitado la americana y la corbata, y lleva la camisa arremangada hasta los codos.

¿Son eso de ahí venas marcando sus antebrazos de forma sexy y provocadora?

Me aparto de las cristaleras, asustada de mí misma ante el burbujeo que recorre mi estómago.

Aria Ross, prohibido mirar a tu jefe capullo como si fuera un pastel de chocolate al que quieres devorar, me riño mentalmente.

Leo sonríe con burla, como si hubiera leído mi pensamiento, y se dirige a una zona con un amplio sofá en forma de L, tapizado en cuero negro y con cojines perfectamente colocados.

Lo sigo, abrazándome a mí misma y sintiéndome bastante incómoda.

Me pide que me siente y eso hago, observando la pantalla descomunal que hay enfrente.

Está montada sobre una chimenea moderna y decorativa, de esas que parecen más un capricho de diseño que una necesidad real.

—¿Quieres tomar algo antes de empezar? ¿Café? ¿Agua?

—¿Y no tienes algo más fuerte? No sé, algo como whisky, ginebra o cianuro, para que esta noche sea un poco más llevadera.

Él niega con la cabeza, divertido.

—Lo siento, cielo, nada de alcohol ni veneno, te necesito con todos tus sentidos en funcionamiento.

—Qué pena, porque justo quería apagarlos por completo.

Ignorándome, coge un mando de su soporte y enciende la tele. Si apagada me parecía enorme, encendida es como tener un cine en casa.

Empieza a tocar opciones y, antes de que pueda darme cuenta, en la pantalla aparece un vídeo titulado «Vida y logros de Leo Campbell».

Parpadeo, incrédula.

—¿Tienes un documental sobre ti mismo?

—Lo mandé a elaborar a Darren, mi asistente. Pensé que sería una forma eficiente de explicarte todo lo que necesitas saber sobre mí antes de la cita con mis amigos.

Parpadeo, atónita.

—Realmente los millonarios estáis a otro nivel.

Mientras digo esto, el vídeo empieza a reproducirse. Leo señala la pantalla con autoridad.

—Shht, concéntrate, Aria. Es importante.

No sé si reírme o llorar, pero suspiro y decido cooperar.

Mantengo los ojos fijos en la pantalla, justo cuando aparece un Leo bebé, demostrando que su belleza no es fruto de cirugías, sino de pura genética privilegiada.

Porque, joder, hasta de bebé era guapísimo.

El narrador en off irrumpe con una voz grave y perfectamente modulada:

—Leo Campbell nació un 19 de febrero, en el seno de una familia acomodada, en el exclusivo hospital privado de…

Oh, venga ya.

Esto parece más la introducción de un documental de la realeza que la historia de un hombre normal. Ah, claro. Que Leo Campbell no es un hombre normal.

—¿Es que no vas a tomar apuntes? —pregunta, acomodándose a mi lado.

Por un momento pienso que está de coña, pero cuando me encuentro con su mirada ceñuda, entiendo que va en serio.

Quiere que tome notas del vídeo.

Madre mía.

Con Leo, las situaciones absurdas no dejan de multiplicarse.

Impaciente, pausa el vídeo y me lanza una mirada de expectación.

Vale, vale.

Bajo su atenta mirada, abro el bolso, saco un bloc de notas y, para su desgracia, un bolígrafo rosa con brilli-brilli y un pompón de pelusilla en el extremo superior.

Pero no dice nada. Se limita a exhalar con resignación y volver a poner en marcha el vídeo.

Así que me paso la siguiente hora y media apuntando datos personales, académicos y logros empresariales sobre mi jefe.

Creo que ahora mismo lo sé todo sobre él: que estudió en un instituto de élite junto a Justin, el hombre que conocí el otro día, que obtuvo cum laude en Harvard, que, a pesar de venir de una familia adinerada, decidió construir su propio imperio, que ganó un premio al Joven Empresario hace unos años y que, a los 16, tuvo apendicitis y terminó en el hospital en plena fiesta de cumpleaños.

Le ha faltado decir si se hizo la vasectomía o cuántas veces va al año al dermatólogo para mantener esa piel perfecta.

Creo que, a estas alturas, sé más sobre su vida que sobre la mía.

—¿Alguna pregunta? —dice al acabar.

Sí, en realidad, muchas. La más importante: ¿de verdad era necesario hacerme tragar esto solo para fingir una relación?

Pero evito decirla en voz alta.

—No, ninguna. Creo que el vídeo ha sido lo suficientemente completo como para resolverlas todas. —Mi tono rebosa ironía, pero Leo solo asiente, satisfecho.

—Te haré llegar una copia por correo, para que puedas verlo todas las veces que necesites.

Lo miro, incrédula.

—¿Qué? Si ibas a mandarme una copia, ¿por qué me hiciste tomar notas?

—Porque dicen que apuntar las cosas mejora la retentiva de información.

Oh, por favor.

—Claro, y porque te divierte verme sufrir, ¿verdad? He estado a punto de dislocarme la muñeca intentando escribir toda esa información innecesaria sobre ti.

Leo esboza una sonrisa lenta, como si acabara de descubrir que sí, en efecto, disfruta torturándome.

—No exageres, Aria. Seguro que el pompón de tu bolígrafo ha amortiguado el esfuerzo.

Agh. Lo odio. Odio al maldito Leo Campbell.

***

¿Lo mejor de la noche?

Volver a casa. Eso me digo, sonriente, cuando Leo aparca el coche frente a mi edificio.

Son las diez. Aún tengo tiempo de llegar, ponerme una serie y disfrutar de mi Satisfyer antes de dormir. Después de la tensión de esta absurda noche en compañía de Leo el capullo, creo que me merezco un orgasmo reparador. O dos.

—Recuerda que debes aprendértelo todo antes del viernes —dice Leo, con las manos aún en el volante.

Asiento y ruedo los ojos.

—No te preocupes, seré una enciclopedia sobre Leo Campbell.

Estoy a punto de salir del coche cuando una idea me ronda la cabeza. Dudo por un segundo si decirla en voz alta o dejarlo pasar, pero la curiosidad termina ganando.

—Antes, en tu casa, mencionaste que podía hacerte una pregunta si la tenía. Pues bien, aquí va. Por qué, de entre todas las mujeres del bar, ¿me elegiste a mí el otro día?

Leo tarda un poco en responder, y cuando lo hace, una sonrisilla se dibuja en sus labios.

—Porque eras la que estaba más cerca.

No sé por qué su respuesta me decepciona, pero finjo indiferencia.

—Qué mala pata no haberme sentado dos mesas más lejos. —Agarro el pomo de la puerta—. Adiós.

Salgo del coche, decidida a entrar en mi edificio sin volverme a mirarlo. Pero entonces, oigo la puerta de Leo abrirse a mi lado. ¿Qué hace? ¿Ahora va a comportarse como un caballero y acompañarme? No le pega.

Ignorándolo, doy dos pasos. Estoy a punto de dar el tercero cuando la punta de mi tacón se clava en un hueco que hay entre dos baldosas.

Oh, no.

Me voy a caer. Me voy a hostiar contra el suelo de la forma más ridícula posible.

Pero antes de que eso ocurra, un brazo fuerte me atrapa en el aire.

Siento un tirón repentino y, de un momento a otro, mi cuerpo gira y choca contra un torso firme.

El olor a madera, especias y un toque cítrico me envuelve de golpe. Es embriagador, masculino y jodidamente sofisticado.

Mi corazón se acelera cuando me doy cuenta de dónde estoy: pegada a Leo, con su brazo sujetándome con fuerza por la cintura y su pecho duro contra el mío.

Joder.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, brillando con burla y algo más. Algo que no quiero analizar demasiado.

—Es curioso… No importa la situación, las mujeres siempre encuentran la forma de acabar en mis brazos.

Me suelto de golpe, apartándome como si me hubiera quemado.

—No necesitaba que me salvaras, podría haber acabado saliendo de esta sola.

—Probablemente. Después de comerte el suelo. Así que de nada.

Alzo la barbilla, le doy la espalda y me dirijo hacia mi portal con toda la dignidad que me queda. Que, siendo honesta, no es mucha.

—Fue porque me gustaste —dice en la distancia. Me detengo en seco, y me giro para mirarlo sin entender—. Te elegí porque eres mi tipo. Siempre me han gustado las mujeres como tú. Altas, fuertes. Como guerreras vikingas.

El corazón me late desbocado mientras mi mirada y la suya se entrelazan.

¿Me está tomando el pelo? Seguro que sí. Un hombre como Leo nunca tendría como mujer ideal a alguien como yo.

Suelto una risa seca.

—Lástima que tú no seas para nada mi tipo. Nunca me gustaron tan capullos.

Le lanzo un beso con un aleteo de pestañas y me doy la vuelta, escuchando sus carcajadas mientras entro en mi edificio. Cuando lo hago, me quedo unos segundos apoyada en la puerta, con el pulso acelerado y un nudo extraño en el estómago.

Leo Campbell es un capullo, desde luego.

¿El problema?

Que es un capullo encantador, y eso significa que, si no tengo cuidado, voy a acabar metida en un lío.

Capítulo 10

Aria

Tengo la suerte, la gran suerte, de tener los mejores amigos del mundo. Porque si Ellie y Gigi son geniales, sus maridos y Mike son el complemento perfecto para nuestro grupo.

Trevor y Rhys son el tipo de hombres que te hacen creer en el amor, de esos que miran a sus esposas como si fueran lo mejor que les ha pasado en la vida. Y luego está Mike.

Mike y yo somos los solteros oficiales del grupo. Él, a sus 22 años, está terminando sus estudios en la escuela culinaria, mientras compagina las clases con un trabajo a media jornada en los laboratorios de *Daebak*, la multinacional de Trevor, donde también trabaja Rhys, y hasta hace poco yo. Su puesto es algo así como desarrollador de nuevos platos y productos, aunque él lo llama jugar con comida en un laboratorio de lujo.

Mike es la copia exacta de su hermano Rhys, pero con un aire más desenfadado. Y ha cambiado mucho en los últimos años, dejando atrás al adolescente despreocupado que solía colarse en nuestras reuniones para convertirse en un hombre.

Al igual que yo, Mike no tiene mucha suerte en el amor, lo cual resulta irónico, porque es guapísimo. Según él, el problema es que nunca ha entendido del todo el complicado mundo de las citas. Y tiene sentido, ya que está dentro del espectro autista.

Para él, las señales no verbales, los juegos de seducción y las normas no escritas del ligue son como un idioma extraño que nadie

se ha molestado en explicarle. Y, sinceramente, no lo culpo. A veces, hasta a mí me cuesta entenderlo.

Hoy hemos quedado en casa de Gigi y Rhys. Desde que Mike decidió independizarse, ellos se mudaron a una casa más grande. Una unifamiliar preciosa, espaciosa, con jardín y una cocina de ensueño. Perfecta para formar una familia.

Y, si soy sincera, desde que se casaron, he estado esperando que den el siguiente paso. No me sorprendería que dentro de poco anuncien que van a ser padres.

Sería genial tener otro niño en el grupo. Adoro a Hana, la hija de Ellie y Trevor, que es preciosa, con su cabello negro y esos ojos rasgados que ha heredado de su padre que es medio coreano. Sé que le vendría bien tener un compañero de juegos cuando nos reunimos todos, especialmente cuando crezca y deje de ser solo un bebé.

Además, no hay nada más bonito que ver a mis amigos formar sus propias familias. Aunque, a veces, no puedo evitar preguntarme si yo llegaré a hacer lo mismo algún día.

—No lo puedo creer. ¿Hizo un documental para que lo vieras y te aprendieras todo sobre él? —pregunta Ellie, tapándose la cara con el monitor de bebés para ahogar una carcajada. Ha dejado a Hana durmiendo en la habitación de invitados mientras nosotros seguimos la juerga en el salón. —Esto parece sacado de *Business Proposal*. En dos capítulos más, sacará su tarjeta de crédito en medio de un momento súper intenso y te dirá algo como: «¿Sabes qué tienen en común esta tarjeta y mi amor por ti? Que no tienen un límite.»

Cómo no, Ellie siempre encuentra un drama coreano con el que comparar cualquier situación de la vida real.

Todos se ríen abiertamente de la absurda y ridícula situación en la que me encuentro. Y no los culpo. Yo misma soy consciente de lo surrealista que es todo con Leo.

—No sé qué es peor —digo llevándome una galleta a la boca—. Si la voz en off dramatizando su vida o el hecho de que al final del vídeo había una sección de preguntas frecuentes.

—¡No! —Rhys se lleva una mano al pecho, fingiendo estar herido—. ¿Me estás diciendo que tu jefe tiene su propio FAQ?

—Lo tiene —resoplo—. Y lo peor es que yo fui la primera en tener que estudiarlo.

—Necesito conocer a ese tío —dice Trevor—. Deberías traerlo a la próxima reunión. Un tío que hace un documental sobre sí mismo y obliga a su novia falsa a estudiarlo merece ser analizado de cerca.

—Lo que merece es una buena terapia —sentencio, cruzándome de brazos.

Mike que hasta ahora había estado callado, nos mira muy serio.

—Estoy pensando algo. Ellie y Trevor se conocieron fingiendo una relación. Gigi y Rhys también. Ahora Aria está haciendo lo mismo con ese tal Leo… Parece un patrón que se repite.

Rhys asiente, divertido.

—¿Qué insinúas? ¿Que Aria va a terminar enamorándose de él?

—Es muy probable —afirma Mike con total seguridad, como si estuviera exponiendo un hecho irrefutable. No me sorprende, se le da increíblemente bien reconocer patrones. Pero en este falla.

—Sí, claro. Y también es probable que mañana me atropelle un unicornio camino al trabajo —me jacto, poniendo los ojos en blanco.

Mike niega con un movimiento de cabeza.

—Los unicornios no existen, Aria. Aunque sí habría posibilidades de que te atropellara un camión. O un coche. O una bicicleta. O un patinete. Incluso es probable que…

—Vale, Mike, he entendido el punto —lo corto antes de que siga enumerando posibilidades.

No es su culpa. No se le da demasiado bien captar el sarcasmo. Y mucho menos cuando se trata de bromas absurdas como la mía.

Pero no puedo evitar pensar en lo que ha dicho Mike. Tiene razón. Las dos parejas que están en este salón empezaron fingiendo una relación antes de enamorarse de verdad. Ellie contrató a un novio falso y terminó con Trevor, y Gigi contrató a Rhys y también están juntos.

¿Y ahora vengo yo y me meto en la misma historia?

No. Ni de coña. Lo mío no se parece en nada a lo suyo. Ellos fingieron una relación porque quisieron, a mí me han coartado a hacerlo.

Es por eso por lo que suelto la afirmación en voz alta, como si quisiera convencerme a mí misma:

—Lo mío con Leo no tiene nada que ver con lo suyo. No es un patrón. Así que, no voy a enamorarme de Leo.

—Claro, claro. Seguro que Ellie y Gigi decían lo mismo —dice Trevor con una risita.

Antes de que pueda responderle, el llanto de un bebé interrumpe la conversación. Ellie mira el monitor de bebés, donde se ve a Hana berreando, y se dispone a levantarse, pero Trevor la detiene con una mano en el brazo.

—Voy yo —dice, inclinándose para besarle la frente antes de ponerse en pie.

Ese simple gesto me hace pensar en lo afortunados que son. Ellie y Trevor. Gigi y Rhys. Los cuatro han encontrado a la persona con la que compartir su vida.

Y mientras yo… estoy aquí atrapada en una mentira con un jefe insufrible.

¿Es que no voy a encontrar nunca a mi persona?

Alguien que me quiera como soy. Que me acepte.

Y, entonces, la voz de Leo se abre paso en mis pensamientos:

«Te elegí porque eres mi tipo. Siempre me han gustado las mujeres como tú. Altas, fuertes. Como guerreras vikingas».

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza, como si así pudiera borrar sus palabras de mi mente.

No. Leo debe ser la última persona en la que piense cuando se trata de amor. No es un hombre con el que imaginarme un futuro, ni siquiera debería ocupar espacio en mi cabeza ahora.

Así que respiro hondo, me como otra galleta y me obligo a centrarme en lo que realmente importa esta noche: disfrutar con mis amigos y olvidarme de todo lo demás.

Capítulo 11

Aria

Leo Campbell sigue siendo un capullo.

Esas son las palabras que no dejo de repetirme mientras salgo de mi apartamento en dirección al ascensor. Es mi forma de luchar contra la extraña sensación que revolotea en mi estómago desde la última vez que nos vimos. Desde que me soltó esa maldita frase sobre las guerreras vikingas y me dejó completamente descolocada. Desde que me sujetó, para evitar que cayera, y mis manos terminaron apoyadas en su pecho firme y cálido.

En realidad, no fue nada del otro mundo, ¿no?

Un simple acto reflejo, instintivo e inevitable.

Sin embargo, la tensión de sus músculos bajo la tela de su camisa no deja de perseguirme.

Malditas hormonas…

¿No podrían tener un poco más de dignidad?

Están reaccionando ante el hombre equivocado, por el amor de Dios.

Resoplo, harta de mi propia mente, y salgo a la calle, donde el coche de Leo me espera como una pantera lista para cazar.

Esta noche es la cena de parejas con sus amigos. La gran prueba.

Y, por supuesto, ahí está él, apoyado en la puerta del copiloto con los brazos cruzados y su expresión de suficiencia permanente.

Al percatarse de mi aparición, su mirada se desliza por mi cuerpo de una manera pausada y deliberada. Un calor sofocante empieza a subir por mi nuca, pero me niego a reaccionar.

—Puntual. Me sorprendes —dice con una media sonrisa.

Doy un par de pasos más y me paro frente a él ignorando el peso de su mirada.

—¿Esperabas que me hiciera la interesante y llegara tarde?

—Al contrario. Esperaba que encontraras una excusa para echarte atrás. —Su tono es despreocupado, pero hay algo en su mirada que me dice que realmente lo ha pensado.

Levanto la barbilla y me abrazo a mí misma, haciendo que la tela del vestido se ajuste un poco más a mi figura.

Llevo puesto un vestido negro, ceñido en la cintura con un escote discreto pero favorecedor, y una abertura lateral que me da el equilibrio perfecto entre elegancia y comodidad. Leo me dijo que el restaurante al que íbamos era bastante formal, así que no podía presentarme con cualquier cosa.

Pero ahora la manera en que me está mirando me hace sentir que lo he escogido para él.

Y no es así, ni mucho menos.

Ni de coña.

Desvío la mirada y, tras cambiar mi peso de un pie al otro, suelto:

—En fin. ¿Has terminado ya de evaluarme o necesitas un informe más detallado?

Leo se ríe entre dientes y ladea la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Mi mirada te hace sentir incómoda? Solo estaba comprobando que te hubieras vestido a la altura del evento.

Resoplo con fuerza.

—Tranquilo que no voy a desentonar ni hacerte quedar mal delante de tus amigos.

—Eso ya lo veremos —me responde inclinándose ligeramente hacia mí—. Fingir que te gusto no parece ser tu fuerte.

—Pues no entiendo por qué. —Ignoro su cercanía y me llevo una mano al pecho con fingida inocencia—. Si yo soy adorable con todo el mundo.

Leo suelta una risa baja que retumba en varias partes de mi anatomía y, para mi sorpresa, se aparta con el fin de abrirme la puerta.

Arqueo una ceja.

—Vaya, ¿y este gesto tan caballeroso?

Él apoya una mano en el capó del coche y esboza una sonrisa perezosa.

—Tranquila, amor, que solo estoy calentando motores. Aprovecha mientras puedas.

Ruedo los ojos y entro en el coche. Leo rodea el vehículo y no tarda en hacer lo mismo.

—En fin, espero que hayas hecho los deberes —murmura mientras se abrocha el cinturón.

Frunzo el ceño y lo miro.

—¿Disculpa?

—Me refiero al vídeo, las notas que tomaste. Espero que te lo hayas memorizado todo de pe a pa, cariño, porque si la cagas no habrá examen de recuperación.

Aprieto la mandíbula y asiento con fingida seguridad.

—Lo tengo todo controlado, sí.

—Genial. —Sonríe, pero su tono de voz rebosa escepticismo—. Supongo que ya lo comprobaremos.

Me cruzo de brazos y llevo mi mirada hacia la ventana, sintiendo un nudo de inquietud en el estómago.

En realidad, no he estudiado tanto como debería. Algunas cosas de su vida me parecieron una gilipollez y pasé olímpicamente de memorizarlas.

Total, ¿a quién le importa las trastadas que Leo Campbell hacía de niño o sus ridículas manías?

A mí no, desde luego.

O, al menos, no me importaban hasta este momento.

Porque está visto que, si meto la pata esta noche, lo que peligra no es solo esa absurda cena, sino también mi trabajo.

Leo arranca el coche, y con ello mi estómago se encoge un poco más.

***

Una hora más tarde estoy sentada en la mesa de un restaurante que ni en mis mejores sueños podría permitirme. Es el típico sitio que aparece en las revistas de lujo con una decoración elegante, pero minimalista, donde cada detalle está seleccionado con mucho esmero: líneas depuradas, luces estratégicamente ubicadas para crear un ambiente íntimo y platos que parecen más obras de arte que comida.

Pero lo más impresionante de todo es que está en continuo movimiento. Porque este no es un restaurante cualquiera, sino uno de los pocos restaurantes giratorios de Nueva York.

Ubicado en lo más alto de un rascacielos, el suelo se mueve poco a poco mientras cenamos ofreciéndonos una vista de la ciudad en constante cambio. En un momento dado estamos mirando hacia la frondosidad de Central Park, y al otro, el río Hudson se despliega ante nosotros.

Es hipnótico, desconcertante y majestuoso.

Aunque lo que de verdad me deja sin aire no es la ciudad mutando a nuestro alrededor, sino el calor que me transmite la mano de Leo sobre mi muslo.

Has leído bien, sí. Leo tiene una mano sobre mi muslo.

No hace mucho que la ha colocado ahí con toda la naturalidad del mundo, como si lleváramos media vida haciéndolo. Y aunque sé que su único objetivo es el de dar credibilidad a nuestra actuación, mi cuerpo parece no haber recibido el mensaje correcto.

Por suerte, a pesar de ese pequeño detalle, la cena no está resultando tan difícil de sobrellevar como pensaba.

La novia de Justin, Summer, con su sonrisa amigable y sus ojos risueños, es de esas personas que te hacen sentir bienvenida sin esfuerzo. Él, por su parte, es carismático y divertido, y sus bromas han ayudado a aligerar el ambiente.

Y lo mejor de todo es que en ningún momento han dudado de que Leo y yo seamos una pareja real.

También tengo que decir que ambos nos hemos esmerado mucho en interpretar nuestro papel. En mi caso porque la prepotencia y las amenazas de mi jefe, me han empujado a hacerlo. Una parte de mí sabía que Leo estaba convencido de que metería la pata y he querido demostrarle que se equivocaba, que puedo jugar a esto tan bien como él. Así que he reído, bromeado y sostenido su mirada en los momentos adecuados.

Y él… Bueno lo suyo está a otro nivel. O más bien dicho, su capacidad de transformarse en el novio perfecto.

Leo Campbell «el capullo» ha desaparecido para dar vida al caballero refinado y encantador con el que todas fantaseamos en

secreto. No ha dejado de preocuparse por mí en toda la cena. Me ha acariciado el dorso de la mano en el momento exacto. Me ha sonreído con esa mezcla de confianza y calidez que hace que a una se le doblen las rodillas. Y todo mientras hablaba con naturalidad con sus amigos.

Y justo cuando aún estaba procesando sus increíbles dotes para la actuación, va y lo remata con su maldita mano en mi muslo.

Firme, cálida y completamente segura de sí misma.

Como si mi pierna le perteneciera. Como si no supiera que en cuanto salgamos de aquí voy a estrangularlo con mis propias manos.

Me obligo a soltar el aire y a centrarme en el pastel de zanahoria que me acaban de traer, pero su mano me produce un hormigueo en el bajo vientre difícil de ignorar.

—Entonces, contadnos —dice Summer al cabo de un momento —, ¿cómo os conocisteis?

Mi tenedor se queda a medio camino de mi boca.

Porque este es uno de los temas que no he estudiado a fondo. Después de la tortura que me supuso memorizar tantos detalles sin sentido sobre la vida de Leo, cuando llegué a la parte en que nos habíamos conocido mi atención ya estaba bajo mínimos.

Además, trabajamos juntos. Quiero decir… es bastante obvio cómo nos conocimos, ¿no? Aunque se supone que llevamos varios meses saliendo y yo llegué a la empresa hace algo más de un mes, cuando él estaba de viaje. Pero es detalle Justin y Summer no tienen por qué saberlo.

Ni por asomo esperaba que sus amigos quisieran saber más detalles sobre eso.

Así que aquí estoy con la mente completamente en blanco.

Miro de reojo a Leo, esperando alguna señal por su parte. Entonces él me sonríe. Una sonrisa ladeada y traviesa que me pone alerta de inmediato.

Dios…

Está claro que va a disfrutar de esto.

En ese momento, siento como retira la mano de mi muslo, y una parte de mí respira aliviada. Al menos ahora puedo pensar con más claridad.

—Pues… Aria y yo nos conocimos en el trabajo, ella es la líder de marketing digital —empieza a decir, apoyando el brazo en el respaldo de mi silla—. Y lo que más me llamó la atención fue que no era como las demás.

Mi espalda se tensa. ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ah, sí? —pregunta Summer mientras parte con delicadeza un pedazo de su pastel.

Leo ladea la cabeza y me mira.

—Sí. Tenía algo diferente.

—¿Diferente en qué sentido? —insiste Justin.

—Bueno, para empezar no se cortaba en decir lo que pensaba de mí.

Ruedo los ojos, pero en el fondo estoy sorprendida. Porque por primera vez en toda la noche Leo no ha adornado la verdad ni ha soltado una de sus típicas respuestas arrogantes. Solo ha sido sincero. Una sinceridad para la que no estaba preparada ni mucho menos.

—Vaya… ¿Era necesario que fueras tan honesto? —murmuro forzando una sonrisa.

—¿Por qué no iba a serlo, cariño? —responde mirándome con aparente inocencia. Pero yo sé que, en realidad, no hay nada inocente en él. Ni sus palabras ni sus gestos Se toma un segundo, tras lo que se vuelve hacia sus amigos y añade—: Aria fue directa conmigo desde el principio. No intentaba impresionarme, ni fingir ser alguien que no era. Y eso… —deja la frase en el aire por un momento, como si estuviera eligiendo con cuidado sus próximas palabras, antes de volver a mirarme—. Eso fue lo que más me gustó de ella.

Parpadeo y por un momento mis dedos se tensan alrededor del tenedor.

No por lo que ha dicho.

Sino por la forma en que lo ha hecho.

En su tono no ha habido ni rastro de ironía o de burla. No ha sonado como una respuesta ensayada sin más. Ha sonado real.

Demasiado real como para tratarse de una actuación.

O quizá sea mi mente confundida la que está malinterpretando las cosas.

Sí, tiene que ser eso.

—Vaya... parece sacado de una novela romántica —suelta de repente Summer visiblemente emocionada.

Justin asiente con una sonrisa burlona.

—Sí, tío, ¿desde cuándo eres tan sentimental?

Bajo la mirada y me llevo un trozo de pastel a la boca en un intento de ignorar el cosquilleo que, una vez más, revolotea en mi pecho.

Leo se limita a encogerse de hombros.

—Solo estoy siendo sincero.

—Ajá… Bueno sigue contando —le pide Summer—. ¿Y cómo empezasteis a salir? ¿Quién dio el primer paso?

Mi novio ficticio remueve su crema de chocolate antes de responder.

—Pues, poco a poco, nos fuimos conociendo mejor y, lo que empezó como simple curiosidad, se convirtió en algo imposible de ignorar… Así que un día la invité a cenar y, bueno, aquí estamos.

Summer suspira con expresión soñadora.

—Me encanta, de verdad. Es genial verte así de bien, Leo.

—Lo mismo digo —añade Justin—. La verdad es que nos quedamos con un poco de culpa después de… bueno, ya sabes cómo se dieron las cosas.

Frunzo el ceño.

¿Culpa?

¿De qué se sienten culpables?

Leo mantiene su sonrisa sin inmutarse.

—Vamos, ya os dije que había pasado página. Sin rencores, ¿eh? —Levanta su copa con tranquilidad y le da un trago.

Justin asiente, pero en sus ojos puedo percibir todavía cierta inquietud.

—Lo sé, pero eso no significa que no nos pesara.

Leo suelta una leve risa.

—Venga, tío, no hagamos un drama de algo que quedó atrás —dice con ligereza antes de volverse hacia mí—. Lo que importa ahora es que todos estamos con quien deberíamos estar. Tú con Summer y yo con Aria. —Dicho esto entrelaza sus dedos con los míos y, tras mirarme, les dedica a sus amigos una sonrisa tranquilizadora.

Y es en ese momento cuando algo en mi interior se agita y empiezo a intuir el motivo por el que Leo empezó todo esto. El motivo por el que insistió tanto en llevar a cabo esta farsa. El motivo por el que Justin y Summer parecen aliviados, como si hubieran estado cargando con un peso invisible.

Leo no está haciendo esto por sí mismo. Lo está haciendo por ellos.

Porque, de alguna manera, se sentían culpables por algo que ocurrió en el pasado. Y, si no voy mal encaminada, tiene que ver con su relación con Summer.

¿Es posible que la chica fuera la novia de Leo?

¿Es eso?

No lo sé a ciencia cierta, pero según lo que he oído todo apunta hacia esa dirección.

Con esas preguntas rondándome por la cabeza miro de reojo a Leo. Sigue con su actitud relajada, con su sonrisa inquebrantable como si nada le afectara. Pero la calidez con la que observa a sus amigos me dice otra cosa.

Que ha hecho todo esto para proteger algo que le importa de verdad: su amistad.

Y, por primera vez, me doy cuenta de que Leo Campbell no tan capullo como creía.

Capítulo 12

Leo

Las luces de la ciudad nos envuelven mientras Aria y yo caminamos por la acera. Hace ya un rato que hemos dejado atrás el restaurante, pero ninguno de los dos ha dicho nada desde entonces. No es un silencio incómodo, al menos no para mí. Pero sí me resulta curioso.

Aria está inusualmente callada, y si hay algo que he notado de su forma de ser, es que cuando se queda demasiado tiempo en silencio es porque algo le pasa.

La observo de reojo. Tiene la mirada fija en el suelo y se está mordiendo el labio, lo que me confirma que, en definitiva, le está dando vueltas a algo.

¿Pero qué puede ser?

La cena ha salido bien. Aria ha interpretado su papel sin fallos a pesar de mis dudas iniciales. No hubo desafíos por su parte ni miradas asesinas. Tampoco parecía incómoda, ni siquiera cuando le puse la mano en el muslo.

O eso pensé.

Un leve cosquilleo se desliza por la palma de mi mano al recordarlo, pero lo ignoro. No fue más que un simple gesto para reforzar mi papel. Nada más.

Aunque… ¿es posible que a ella le haya afectado de alguna forma?

Por un momento pienso en esa posibilidad, pero llego a la conclusión de que no tiene sentido. Si hubiera sido así, si eso la hubiera molestado, Aria habría encontrado la manera de apartarme sin levantar sospechas. Un ligero cambio de postura, un movimiento casual bajo la mesa, cualquier cosa habría bastado.

Pero no lo hizo.

Así que concluyo que su silencio no tiene nada que ver con ese gesto, sino con algo que se ha dicho durante la cena. Algo que quizá no se esperaba escuchar. Como la verdadera razón por la que me he metido en este berenjenal.

A ver, que no hemos hablado de ello de forma abierta, pero sí lo suficiente para que haya atado cabos, aunque sea a medias.

Y si es así…

Si realmente Aria ha entendido de que iba el asunto, su silencio me intriga todavía más.

¿Qué debe estar pensado al respecto? ¿Qué debe estar pensando… de mí?

No debería importarme, eso está claro. Pero por algún motivo lo hace.

Y cuanto más alarga su silencio, más consciente soy de ello.

No porque necesite su aprobación, por supuesto que no. Solo tengo curiosidad. Pura y simple curiosidad.

O eso es lo que me digo.

Mis pasos se ralentizan al ver un bar de copas justo a nuestra derecha. No parece muy grande, pero la música suave que se cuela por la puerta entreabierta invita a entrar.

Sin pensarlo demasiado giro ligeramente la cabeza hacia ella y digo:

—Vamos a tomar algo.

Ella, parpadea, sorprendida.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? ¿Tienes un plan mejor? —Me lanza una mirada del estilo «¿pero tú de qué vas?», pero no responde—. Una copa, nada más —añado—. Y luego te dejo en casa. Prometo no obligarte a admitir que te has divertido… al menos no en voz alta.

Sus labios se curvan en una mueca. Es obvio que está buscando una excusa para decirme que no, pero al final algo la hace ceder.

—Si me haces pasar un mal rato, pagarás por ello.

—Eso suena a amenaza.

—Suena a amenaza porque lo es.

Mi sonrisa se ensancha. En el fondo me encanta cuando saca las garras.

—Me gusta tu espíritu, guerrera vikinga.

Aria resopla y me adelanta para entrar en el bar antes que yo.

La sigo con una sonrisa perezosa en los labios.

No sé qué conclusiones habrá sacado sobre lo que ha pasado en la cena, pero tengo la sensación de que pronto lo averiguaré.

***

El bar donde hemos entrado no es un sitio para el recuerdo, pero tampoco un tugurio. Tiene un aire funcional y discreto, con una decoración mínima que se limita a unas cuantas fotografías de músicos famosos desperdigadas por las paredes.

Lo importante es que ofrece el equilibrio perfecto. Es lo bastante tranquilo como para poder conversar sin necesidad de levantar la voz, pero con el murmullo suficiente para que el silencio no se sienta incómodo.

Estamos sentados en una mesa junto a una de las ventanas, desde donde las luces de la ciudad proyectan sombras suaves, y no hace mucho que un camarero de aspecto afable nos ha servido nuestras bebidas.

Bebo un sorbo de mi cóctel sin alcohol, dejando que el sabor cítrico se asiente en mi boca antes de tragar. No es lo que más me apetece, pero tengo que conducir después, y nunca he sido de los que se la juegan con eso.

Aria también se lleva su copa a los labios y, de inmediato, arruga la nariz. Un gesto mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para que yo llegue a la conclusión de que su sabor no le ha entusiasmado.

Me apoyo contra el respaldo de la silla, divertido ante la situación, y bebo otro trago sin apartar la vista de ella.

Espero.

Tres…

Dos…

Uno…

Y ahí está. Aria vuelve a dar otro sorbo. Esta vez es más corto, como si estuviera intentando convencerse de que el sabor no está tan mal. Pero su ceño fruncido la delata.

Sonrío sin poder evitarlo.

La imagen de Aria, tan orgullosa y terca, intentando fingir que algo le gusta solo por no llamar la atención, me divierte más de lo que debería.

—Tienes la peor cara de póker que he visto en mi vida —le suelto sin rodeos.

Ella alza la vista.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Podrías intentar disimular un poco mejor.

—No sé de qué me hablas —replica llevándose de nuevo la bebida a los labios.

—Oh, claro que sí. Pero tranquila que a todos nos ha pasado eso de pedir algo que suena mejor de lo que sabe.

Me observa tras lo que suspira con fuerza.

—Está bien. No es lo que esperaba, pero tampoco me resulta tan malo.

—Ajá.

—No lo es —insiste.

—Por supuesto, por eso has puesto cara de estar bebiendo vinagre.

Ella aprieta la mandíbula, llevándose la copa de nuevo a los labios, pero justo antes de que lo haga, se la arrebato y dejo la mía frente a ella.

—Toma. Esto te gustará más.

Ella parpadea con desconcierto.

—¿Qué…?

Me encojo de hombros, bebiendo de su copa como si nada. El sabor fuerte del licor me confirma por qué ha puesto esa cara. No es que esté malo, pero tiene ese golpe de alcohol que no todo el mundo sabe apreciar. No era parte del plan, pero por suerte tengo buen aguante.

Levanto la mirada y veo que Aria me está observando fijamente sin tocar su nuevo cóctel.

—¿Qué pasa? ¿Te da asco beber de mi copa o qué? —le pregunto alzando una ceja.

Sus ojos se abren un poco, como si no se esperara mi comentario.

—¿Qué? No. Claro que no.

—Pues adelante. No me hagas quedar mal, cariño.

Aria vacila un segundo tras lo que sus dedos envuelven el cristal, con esa elegancia natural que tiene cuando no está gruñendo. Luego se la lleva a los labios y… yo, sin ser consciente de lo que hago, sigo cada uno de sus movimientos.

Sus labios rozan el borde de la copa, presionando justo donde hace un instante ha estado mi boca. Su esbelto cuello moviéndose al tragar.

Entonces mi mente decide jugar sucio. Por una fracción de segundo me muestra un escenario diferente.

Uno donde no es el cristal lo que atrapan sus labios.

Sino mi boca. O… algo que se sitúa mucho más abajo en mi anatomía.

Y la imagen me golpea de forma tan placentera que por un momento me quedo sin aliento.

Inspiro con fuerza y tras apartar ese pensamiento pregunto con voz más ronca de la que me gustaría:

—¿Mejor?

Aria traga antes de asentir con la cabeza.

—Sí. mucho mejor.

Sonrío, satisfecho.

—Me lo imaginaba.

Ella se me queda observando unos segundos en silencio, como si estuviera buscando algo. Y por primera vez en toda la noche soy yo el que siente el impulso de romper el contacto visual.

No lo hago, por supuesto.

En su lugar me acomodo mejor en la silla y tamborileo con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunto con diversión.

Aria apoya un codo sobre la mesa y recuesta la barbilla sobre su mano.

—Nada. Solo estaba pensando algo.

Levanto una ceja.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende.

—Vaya, que tranquilizador —murmuro dando otro trago y, antes de que haya dejado la copa sobre la mesa, Aria pregunta.

—¿Siempre haces esto?

Frunzo el ceño.

—¿El qué?

—Ya sabes. —Se encoge de hombros—. Sacrificarte para que los demás obtengan lo que quieren.

Sus palabras me pillan completamente desprevenido. Desprevenido y expuesto.

Aún así intento disimularlo con una sonrisa.

—No sé de qué me hablas, guerrera vikinga.

—Sí lo sabes —me responde ella—. Lo he visto en la cena y lo acabo de ver ahora.

Me quedo en silencio por un instante.

Así que tenía razón. Esto es lo que le ha estado rondando por la cabeza todo este tiempo.

Podría esquivar el tema. Fingir que no tengo ni idea de lo que dice y seguir con mi papel de Leo Campbell, el capullo sin preocupaciones. Pero, por alguna razón, no lo hago.

—No siempre —murmuro al final.

—¿No?

Niego con la cabeza y me llevo de nuevo la copa a los labios.

—Solo cuando merece la pena.

Aria no dice nada, pero puedo notar cómo su mandíbula se aprieta ligeramente. Como si mis palabras hubieran removido algo dentro de ella.

—Y dime, Campbell… —dice al cabo de unos segundos mientras sus dedos recorren el borde de su copa con aparente indiferencia—, ¿qué es lo que hace que merezca la pena?

Esbozo una sonrisa suave.

—Depende.

—¿De qué?

—De la persona.

Una vez digo esto, sostengo su mirada. Aria tampoco aparta la suya.

Y por primera vez desde que nos conocemos el silencio entre nosotros no se siente como un juego de tira y afloja.

Lo percibo… diferente.

Más pesado. Más significativo.

—Así que… —empieza a decir Aria con una chispa de curiosidad en la mirada—. ¿Justin y Summer lo valían?

No hay burla en su tono, tampoco desafío. Solo un interés que no esperaba por parte de ella.

Y como tengo curiosidad por saber a dónde nos lleva, contesto:

—Sí.

Ella asiente con calma.

—¿Qué pasó exactamente?

Me encojo de hombros.

—En realidad no hay mucho que contar. Hace unos meses estuve saliendo con Summer. Al poco tiempo se la presenté a Justin y no tardé en darme cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Así que decidí apartarme.

Aria arruga la frente.

—¿Así, sin más?

—Sí, aunque tampoco es que fuera un sacrificio en el sentido estricto de la palabra —confieso con un suspiro—. Ella me gustaba, sí, pero en cuanto vi lo bien que encajaban me di cuenta de que nunca había estado enamorado de verdad. El problema es que ellos no iban a admitir sus sentimientos mientras pensaran que me estaban jodiendo así que…

—Decidiste inventarte que tenías novia —acaba la frase Aria por mí.

—Así es.

Se queda en silencio unos segundos, como si estuviera calibrando mis palabras. Luego, sin apartar la vista de su copa murmura:

—No todo el mundo haría algo así por sus amigos.

—No todo el mundo tiene mis valores, supongo —respondo en tono juguetón.

Ella alza la vista y me mira de una manera que no sabría identificar.

—O tal vez no todo el mundo sería capaz de dejar el orgullo a un lado.

Su comentario me pilla por sorpresa y por un instante no sé qué decir. Porque tiene razón. Podría haberme aferrado a esa relación por el simple hecho de no perder. Podría haberme convencido de que era suficiente. Pero no lo era, ni para mí, ni para Summer.

—El orgullo nunca debería interponerse cuando hay algo más importante en juego —digo al final, sin apartar la vista de la suya.

Aria sostiene mi mirada unos segundos más y sonríe.

—Vaya… y yo que pensaba que no eras más que un capullo arrogante.

Sonrío con suficiencia.

—Oh, sí, lo soy. Solo que también tengo mis momentos de brillantez.

Ella se ríe.

—No sé si elegirme a mí fue una idea tan brillante.

Ladeo la cabeza.

—Bueno, eso aún está por verse, pero de momento no me arrepiento de mi elección... Ya te dije que eras completamente mi tipo.

Tras mis palabras un silencio denso y palpable se instala entre nosotros. No sé qué debe estar pasando por su cabeza, pero la intensidad de su mirada hace que algo en mi interior se tense.

Lo cierto es que no bromeaba cuando le dije que tiene todo lo que me gusta en una mujer. No solo por su físico, sino por su forma de mirarme y desafiarme. Pero lo que no tengo tan claro es por qué se lo he dicho… ni qué espero conseguir con ello.

La observo un segundo más y decido que lo mejor es cortar la tensión con un toque de realidad.

Con una media sonrisa, me recuesto contra el asiento y retomo mi papel.

—Sea como sea, tenemos un trato —le recuerdo con fingida despreocupación—. Y ya no puedes echarte atrás.

Aria, resopla cruzándose de brazos.

—Eres insufrible.

Sonrío pagado de mí mismo.

—Lo sé.

Capítulo 13

Aria

Estoy en la sala de descanso de la oficina, preparándome el tercer café de la mañana, cuando Philippe aparece con su taza reutilizable en la mano y una sonrisa despreocupada.

—¿Otro café? —comenta con una ceja levantada mientras se acerca a la máquina.

—No me juzgues. La cafeína es lo único que me mantiene funcional a estas horas —respondo, removiendo el azúcar en mi taza.

—No te culpo —dice con un encogimiento de hombros—. Yo llevo dos y aún no despierto del todo.

Se sirve café y se apoya ligeramente contra la encimera, mirándome con esa expresión amistosa que siempre tiene.

—Por cierto, nunca te lo mencioné, pero antes de que te contrataran, se barajó la posibilidad de que yo asumiera el puesto de líder del equipo.

Levanto la mirada de mi taza.

—Oh, no lo sabía.

—Sí, fue un tema que estuvo en el aire por un tiempo, pero al final optaron por traer a alguien nuevo —se encoge de hombros y sonríe—. No me molestó demasiado, si te soy sincero. Supongo que menos responsabilidades significa menos estrés.

—Bueno, al menos ahora puedes disfrutar viendo cómo lidio con el caos —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Philippe deja escapar una pequeña risa.

—Exacto. Y, además, hay que admitirlo, llegaste con fuerza. No cualquiera entra pisando tan fuerte.

No sé por qué, pero hay algo en su tono que no termina de encajarme. Es un cumplido, sí, pero suena… raro. Antes de que pueda analizarlo, mi móvil vibra en la encimera.

ELLIE

¿Te apetece comer con nosotras? Estoy cerca de tu oficina, y a Hana y a mí nos encantaría verte.

Acompaña el mensaje con un montón de caritas sonrientes y corazones y, al verlo, no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

ARIA

¿Que si me apetece? Dadme 5 minutos.

Me despido de Philippe, vuelvo a mi escritorio, cojo mi bolso y salgo de la oficina sin pensarlo dos veces. Llevo todo el día un poco aturullada. No por el trabajo, no es eso. Se trata de los recuerdos de mi noche con Leo y sus amigos, que me persiguen desde hace días.

No puedo sacarme de la cabeza el motivo real por el que Leo fingió que yo era su novia.

¿Por qué no me lo dijo desde el principio? No es que saberlo cambie nada. Sigo pensando que es un capullo, pero al menos ahora entiendo por qué estaba tan desesperado por mantener esta farsa.

Solo quería dar un empujoncito a Justin para que saliera con Summer.

¿Quién lo hubiera dicho? Leo el capullo es una buena persona.

Esa idea lleva instalada en la base de mi estómago desde entonces, acompañada de un cosquilleo molesto que aparece cada vez que pienso en él. Un cosquilleo que intento ignorar con todas mis fuerzas.

Mientras entro en el ascensor, alargo el cuello para buscar su despacho con la mirada. Es una lástima que no sea uno de esos acristalados que permiten ver lo que pasa dentro. ¿Habrá venido a trabajar hoy? ¿Estará dentro?

Llevamos días sin apenas cruzarnos por la oficina, y aunque intento convencerme de que no importa, la realidad es que… sí lo hace. Maldita sea. De alguna forma incoherente y absurda, me gusta hacerlo. Intercambiar miradas, alguna que otra palabra afilada, sentir esa tensión sutil flotando en el aire cada vez que estamos cerca.

Y el hecho de que no haya pasado en días me tiene inquieta.

Todos estos pensamientos se desvanecen cuando llego al vestíbulo y veo a mi amiga esperando fuera.

A pesar de su maternidad reciente, Ellie sigue viéndose increíble. Siempre he envidiado su figura. Tiene justo el tipo de cuerpo que la sociedad considera perfecto. Es esbelta, proporcionada, con curvas sutiles en los lugares adecuados.

Lleva a Hana colgada en una mochila de porteo y, cuando llego hasta ella, me fijo en que está dormida. Tiene su cabecita apoyada en el pecho de Ellie y sus pequeños labios entreabiertos. No puedo evitar derretirme por dentro. Qué mona es.

—Hana hace que mi instinto biológico se ponga en marcha —murmuro, mirando embobada su carita.

Ellie se ríe en voz baja mientras me da un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Sí, sí, hasta que recuerdes que tener un bebé implica dormir poco y limpiar culitos a todas horas.

—Déjame disfrutar de la fantasía al menos cinco minutos —respondo con dramatismo, acariciando con un dedo la manita diminuta de Hana, mientras echamos a andar.

La avenida está abarrotada de gente, ejecutivos con prisas, turistas sacando fotos a todo y neoyorquinos que se mueven con la rapidez de quien ha nacido aquí y tiene claro su destino.

—¿Dónde te apetece comer? —pregunta Ellie, esquivando a un tipo que camina mientras mira el móvil.

—Pues no tengo mucho tiempo, así que ¿te parece si nos quedamos por aquí cerca? Hay una cafetería donde hacen los mejores sándwiches de queso a la parrilla que he probado en mi vida.

—Entonces vayamos, ya sabes que el queso es mi debilidad.

Nos dirigimos a la cafetería, que está a solo 5 minutos de donde nos encontramos. Pero nada más abrir la puerta y entrar, mi cuerpo se tensa. Abby está sentada en una de las mesas, y no está sola.

Frente a ella, con la misma sonrisa confiada de siempre, está Grayson. Mi primer amor. El chico que me llamaba «La Masa». El encargado de romper mi autoestima en mil pedazos.

El corazón me da un vuelco. Como si el fantasma del pasado acabara de atravesarme el pecho, trayendo consigo los recuerdos de las burlas, las risas a mi costa y la humillación.

—Aria, ¿estás bien? —pregunta mi amiga con preocupación.

No. No estoy bien.

Sin pensarlo, agarro a Ellie del brazo y la saco de aquí.

La opresión en el pecho no desaparece hasta que nos encontramos a una manzana de distancia. No puedo creerlo, que Abby esté aquí con él. ¿Siguen hablando? ¿Serán ellos los que están detrás de esos mensajes horribles? ¿Después de tantos años?

Ellie frunce el ceño, preocupada.

—Vale, ¿me vas a decir qué ha sido eso? ¿Por qué hemos huido como si nos persiguiera la mafia rusa?

Sin responder, la arrastro hasta el primer café que encontramos. No me importa cuál sea mientras tenga techo y café caliente. Si vamos a hablar de esto necesito hacerlo sentada.

Cuando nos acomodamos en una mesa junto a la ventana, Ellie me observa con una expresión que deja claro que no piensa dejarlo pasar. Se nota que quiere cruzar los brazos, pero con Hana dormida sobre su pecho, solo puede mirarme fijamente, esperando una respuesta.

Sin embargo, me mantengo callada hasta que la camarera nos sirve el café, intentando asimilar lo que acaba de pasar. Abby y Grayson. Juntos.

—¿Aria? —Ellie estira el brazo y me aprieta la mano con cariño —. ¿Qué pasa?

Suspiro, dándome unos segundos antes de responder.

—¿Recuerdas los mensajes de Instagram de los que os hablé el otro día? —pregunto, evitando su mirada.

—Sí… ¿Por qué? ¿Han seguido enviándotelos? —Su tono se endurece con inquietud.

Asiento despacio.

—Hay algo que no os dije entonces… —Respiro hondo antes de soltarlo—. Sospecho que la persona detrás de esos mensajes es Abby.

Levanto la mirada justo cuando su ceño se frunce con confusión.

—¿Abby? ¿Quién es Abby?

—Una antigua compañera del instituto. ¿Recuerdas que te conté la historia sobre mi primer amor? Aquel niño que me llamaba «la masa». —Ellie asiente, indicándome que se acuerda—. Bueno, pues

su novia en aquella época era Abby y resulta que trabaja en mi empresa.

Ellie frunce el ceño.

—¿Y esa Abby también se metía contigo?

Asiento, despacio.

—Nunca entendí por qué, pero parecía tenerme una rabia tremenda. Cuando se enteró de que en algún momento me había gustado su novio, empezó a llamarme «la masa» como él.

—Vaya imbécil.

—Por su culpa, lo pasé fatal en el instituto. Sus comentarios, sus risitas con sus amigas cuando pasaba, las miradas de asco… dolían.

Ellie aprieta los labios, con su expresión endureciéndose.

—Y ahora te la encuentras, años después, y empiezas a recibir mensajes anónimos metiéndose contigo.

—Exacto. No sé… igual es una coincidencia. O igual no. —Suspiro y bajo la mirada a mi café, removiéndolo sin ganas—. La cuestión es que cuando hemos entrado en la cafetería, la he visto. Estaba con Grayson. El chico con el que salía en el instituto. Mi primer amor. Ni siquiera imaginé que podrían seguir en contacto. Han pasado muchos años.

—Aria, tienes que denunciarlo. Si es ella la que te está acosando, debe pagar las consecuencias.

—No tengo pruebas. Solo es una sospecha. No sé si de verdad es ella o si simplemente estoy atando cabos que no llevan a ninguna parte.

—Pues deja que sea la policía quien lo determine —replica Ellie con firmeza—. No puedes dejar que esto siga así.

Sé que tiene razón, pero no es tan fácil. Si Abby es quien me está enviando los mensajes, todo el mundo en la oficina acabará enterándose, y eso me convertiría en la comidilla de la empresa. Y con todo el tema de Leo y nuestro romance fingido, ya tengo suficiente caos como para añadir más drama a la mezcla.

Antes de que Ellie pueda insistir más, un gorgojeo nos interrumpe. Hana parpadea despacio, se estira contra su pecho y deja escapar un pequeño suspiro. Ellie la huele y frunce el ceño de inmediato.

—Oh, oh… parece que alguien ha despertado con un regalito incluido, ¿verdad, preciosa? —murmura con una sonrisa tierna antes de mirarme con seriedad—. Voy a cambiarle el pañal, pero que sepas que esta conversación aún no ha terminado.

La observo alejarse mientras me quedo mirando por la ventana. Al otro lado del cristal, la ciudad sigue su ritmo frenético, impasible a mis problemas. Suspiro y apoyo la barbilla en la mano, incapaz de dejar de darle vueltas a todo.

Si realmente Abby es quien me envía esos mensajes, ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años?

¿Y Grayson qué papel juega en la ecuación? ¿Estará él también implicado? ¿Encontrarán divertido volver a torturarme años después por el simple placer de hacerme daño?

Capítulo 14

Leo

Hay días en los que me odio a mí mismo. Hoy es uno de esos días.

Mientras espero la llegada del autocar junto al equipo, me pregunto en qué momento pensé que hacer un retiro corporativo era una buena idea.

Culpo a esos libros de autoayuda para directivos que insisten en la importancia del *team building* y la unión entre empleados. Porque, obviamente, la mejor forma de aumentar la productividad es lanzar a todo el equipo al monte y esperar que no nos devoren los osos.

Podría excusarme, pienso. Podría fingir que me encuentro mal, regresar a casa y pasarme el fin de semana tumbado en el sofá, adelantando trabajo atrasado y disfrutando del silencio, sin tener que fingir entusiasmo mientras mis empleados descubren que la verdadera prueba será sobrevivir tres días sin Wifi.

Sin embargo, cuando veo el vehículo inmenso avanzar hacia nosotros y detenerse frente al grupo, sé que ya no hay escapatoria. Es tarde.

Las puertas se abren y todos parecen competir por ser los primeros en subir, supongo que con la esperanza de pillar los mejores sitios. Yo espero a que el alboroto disminuya antes de moverme. Me pasaré las dos horas de viaje trabajando, así que me da igual donde sentarme.

Cuando por fin subo, veo varios asientos disponibles. Darren me sigue, dispuesto a sentarse conmigo, pero cuando pasamos por delante de Tula de Finanzas, que en este momento habla con

Philippe del departamento de Marketing Digital, y se la queda mirando con anhelo, decido intervenir.

—No es necesario que te sientes conmigo, Darren.

—Pero no puedo dejarlo solo, señor.

—¿Por qué? ¿Temes que me pierda entre los asientos? ¿O que haga amigos nuevos y te sustituya?

Darren hace una mueca sin responder, pero sigue sin moverse. Resoplo, buscando una excusa que lo convenza de que me deje en paz. Entonces la veo. A Aria.

No la he visto antes mientras esperaba. De hecho, estaba convencido de que habría sido lo suficientemente lista como para escaquearse de este retiro absurdo. Pero no. Ahí está, con la misma cara de querer fugarse que yo, cabizbaja, y concentrada en la pantalla de su móvil con unos auriculares bluetooth puestos.

Perfecto.

—Está bien, no te preocupes —digo con fingida tranquilidad—. Me sentaré con la señorita Ross. Hay algo que tengo que comentar con ella.

Sin darle tiempo a replicar, me encamino hacia mi víctima.

—¿Te importaría moverte? Prefiero el asiento de la ventanilla —le suelto cuando llego a su altura. Aprovecho para colocar mi mochila en el portaequipajes superior.

Aria alza la mirada, visiblemente sorprendida al verme, y se quita los auriculares. Luego echa un vistazo a su alrededor,

percatándose de que hay más asientos libres y vuelve a fijar sus ojos en mí, entornándolos con suspicacia.

—¿De verdad es necesario que compartamos asientos?

—Oh, sí, lo es. Hay algo que debo comentar contigo. Es urgente. —Le guiño un ojo y ella entorna los suyos con sospecha.

—¿Tan urgente como para tener que aguantar tu presencia durante todo el viaje?

—Sí. Se trata de un asunto de vida o muerte.

Aria suspira dramáticamente.

—Déjame adivinar, ¿se te ha acabado el gel fijador y necesitas que te recomiende uno nuevo?

Sonrío con burla.

—Peor. Se trata de algo mucho más grave.

—¿El qué?

—Todavía no lo he decidido, pero dame un par de minutos y seguro que se me ocurre algo.

Aria resopla y me lanza una mirada exasperada antes de darse por vencida.

—Está bien, siéntate si quieres, pero no pienso cambiarte el sitio. Me gusta el asiento de la ventanilla.

—¿De verdad vas a negarle una petición a tu jefe?

—Por supuesto. Porque mi jefe es un capullo.

—Bueno, al menos yo no miento en mi currículum. —Lo digo en voz baja, lo suficiente para que ella lo escuche, pero no el resto del autobús.

Tal y como esperaba, su reacción es inmediata. Aria se gira hacia mí fulminándome con la mirada.

—¿Perdona?

—Nada, nada —respondo con fingida inocencia, apoyándome cómodamente en el respaldo—. Solo pensaba en voz alta.

—Pues piénsalo más bajo, Leo, o te juro que este viaje terminará con una denuncia por homicidio.

Me río entre dientes mientras ella cruza los brazos y mira por la ventanilla, claramente molesta.

—Me encanta nuestra relación laboral —comento con diversión —. Siento que está basada en el respeto y la admiración mutua.

El autocar empieza a moverse y, por la expresión de Aria, sospecho que está reconsiderando todas sus decisiones de vida que la han llevado hasta este momento.

—¿Respeto y admiración mutua? Por supuesto. De hecho, mi nivel de respeto por ti alcanza su punto máximo justo cuando usas el chantaje como herramienta de persuasión.

—Oh, vamos, no me guardes rencor. Si te sirve de consuelo, eres mi empleada favorita.

—Soy la única empleada a la que obligas a fingir ser tu novia.

—Por eso mismo, nuestro vínculo es especial.

Ella pone los ojos en blanco, harta de mí, y yo me recuesto en el asiento con una sonrisa. Por primera vez desde que me levanté esta mañana, dejo de pensar en escapar.

No sé cuánto tiempo pasamos en silencio antes de que Aria se vuelva hacia mí con los ojos entrecerrados.

—¿Es que no me vas a decir por qué insististe en sentarte aquí?

—Porque la proximidad fomenta el compañerismo. Es un principio básico del *team building*. —Me encojo de hombros.

—Por favor… Ni tú te crees esa mierda.

—Vale, tienes razón —admito bajando la voz—. La verdad es que vi a Darren lanzándole miraditas a Tula y decidí darle un empujoncito.

Ella me observa en silencio durante unos segundos antes de soltar una carcajada.

—¿Tienes complejo de Cupido? Empiezo a pensar que, debajo de ese disfraz de jefe capullo, se esconde un querubín regordete con pañal y un arco listo para disparar flechas. —Se muerde el labio para evitar una nueva carcajada—. Pareces disfrutar emparejando a la gente. Primero a tu amigo con tu ex y ahora a Darren con Tula. Aunque eso de que me elijas a mí como excusa siempre empieza a convertirse en una costumbre preocupante.

Sonrío con suficiencia.

—Eres la opción más conveniente.

—Qué romántico. Justo lo que toda mujer quiere oír.

Su mirada se cruza con la mía y un tirón inesperado me recorre el estómago. Aún mantiene la sonrisa burlona en los labios, pero el ambiente se ha vuelto más cómplice, más cargado. Como si, de repente, el juego de pullas hubiera tomado un matiz diferente.

Carraspeo cuando noto que la mirada se alarga demasiado. Cuando su sonrisa se suaviza y sus ojos me estudian con algo que no logro descifrar.

Desvío los ojos, buscando cualquier distracción que me ayude a ignorar esta sensación absurda en el estómago. Entonces, me fijo en su móvil, que descansa sobre su regazo con la pantalla encendida. Parece que he interrumpido algo antes de que llegara.

—¿Qué estabas viendo? —pregunto, señalando el dispositivo.

Aria baja la vista y pulsa pausa, como si acabara de recordar que la serie sigue ahí.

—Ah, un drama coreano. Mi mejor amiga, Ellie, me enganchó a ellos y, desde entonces, no he podido parar.

—Nunca he visto uno.

—¿En serio? Pues siempre hay una primera vez. —Me tiende un auricular con una sonrisa traviesa—. ¿Preparado? Con los K-dramas se sabe cuándo se entra, pero no cuándo se sale. De hecho, es muy probable que no salgas nunca.

Es obvio que exagera, así que acepto el reto. Me pongo el auricular en la oreja, ignorando el hecho de que mi plan era

adelantar trabajo durante el trayecto.

—A ver si es para tanto.

Aria sonríe con satisfacción, busca el primer capítulo y le da al *play*.

No pasa ni un minuto cuando en pantalla aparece un tipo con traje impecable, de mirada intensa y aire de arrogancia.

—Déjame adivinar. Es un CEO millonario con traumas no resueltos.

—¡Exacto! —responde ella con emoción—. Y la chica es una mujer fuerte e independiente que le planta cara y lo vuelve loco. Él la extorsiona para que finjan una relación y, aunque ella acepta, jura que jamás se enamorará de él.

Levanto una ceja, mirándola de reojo.

—Vaya, qué historia tan original. No se parece en nada a nada que conozcamos.

Como respuesta, Aria me da un codazo en las costillas.

No sé qué esperar de este visionado, pero desde luego no esperaba engancharme tanto. Cuando el primer capítulo termina con un cliffhanger de infarto, me descubro frustrado. ¿En serio piensan dejarlo así? Esto es una tortura.

—¿Cómo pueden terminar de esta forma? Eso es una falta de respeto a la estabilidad mental del espectador.

Aria se ríe.

—¿Pongo el siguiente?

—Por favor.

Pero apenas han pasado diez minutos cuando el conductor anuncia por megafonía que ya hemos llegado.

¿Se supone que tengo que seguir con mi vida fingiendo normalidad sin saber cómo sigue la serie?

El autocar se detiene y los empleados empiezan a levantarse, pero yo sigo clavado en el asiento, con la mandíbula tensa.

—Podría decirle al conductor que dé un par de vueltas más antes de parar. Soy el jefe, al fin y al cabo.

Aria suelta una risita mientras apaga la pantalla de su móvil.

—Por mucho poder que tengas, dudo que puedas luchar contra el hambre de cincuenta empleados.

En eso tiene razón, porque es la hora del almuerzo. Y, de hecho, yo también tengo un apetito atroz.

Bajo mi mochila del portaequipajes y, cuando Aria se levanta y veo que le cuesta sacar la suya, le echo una mano. Me coloco detrás de ella, demasiado cerca, y justo en el momento en que tiro de la mochila, su trasero roza mi paquete.

El tirón que noto en mi entrepierna es inmediato.

Aria se congela. Yo también.

Por un segundo, ninguno de los dos se mueve. Ni un milímetro.

Luego, ella suelta la mochila como si quemara y da un paso atrás con brusquedad. Yo la atrapo antes de que caiga, pero cuando levanto la vista, Aria ya está erguida, con los brazos cruzados y una mirada asesina clavada en mí.

—¿De verdad era necesario ponerte tan cerca?

Levanto una ceja.

—¿De verdad era necesario restregarme el culo?

Sus mejillas se tiñen de rojo. Abre la boca para replicar, pero al final solo resopla, me arrebata la mochila de las manos y se aleja sin dignarse a mirarme.

Yo me quedo donde estoy, observándola mientras se aleja, dándome unos segundos antes de bajar del autobús. Más que nada porque necesito que mi cuerpo deje de reaccionar como un maldito adolescente.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo. Al final, este retiro corporativo va a ser más interesante de lo esperado.

Capítulo 15

Aria

Esto es una tortura. No hay otra forma de llamarlo.

Si el objetivo de este retiro era fortalecer los lazos entre empleados, puedo confirmar que lo único que ha conseguido ha sido aumentar mis ganas de salir huyendo para no volver.

Llevamos aquí desde el mediodía y, desde entonces, mi paciencia ha sido puesta a prueba en múltiples niveles:

Primero, con una dinámica ridícula para fomentar la confianza en la que he tenido que dejarme caer hacia atrás esperando que un compañero me atrapara. Un compañero que estaba más distraído que otra cosa, por lo que casi me abro la cabeza en el proceso.

Después con un absurdo juego de construir una torre con materiales improvisados. Nuestro equipo no se puso de acuerdo en nada y al final la torre se ha ido al garete justo cuando íbamos a presentarla.

Y, por último, con la comida. La maldita comida.

Porque resulta que lo único que sirven en el restaurante del complejo es comida healthy. Pero healthy en un nivel extremo. Es decir, no hay nada que supere los 0,1 gramos de grasa. Nada de pan, nada de salsas, nada de carne o patatas fritas. Solo ensaladas sin aliño, tofu a la plancha y quinoa, mucha quinoa.

Lo soporté durante el almuerzo porque pensaba que se trataba de algo puntual.

Pero ahora, cuando mi mirada se posa en el menú que hay para la cena, me entran ganas de ponerme a llorar.

Ensalada de kale con aderezo de limón, quinoa con verduras salteadas y filete de tofu a la plancha.

Dios… ¿Pero qué clase de broma macabra es esta?

¿Es que estamos secuestrados en un retiro detox o qué?

Con ese pensamiento, mi estómago ruge con fuerza en protesta por la falta de sustento. Y decido que paso de volver a repetir la misma experiencia. Necesito algo decente. Algo caliente, crujiente y, sobre todo, muy grasiento.

Por eso, en lugar de entrar en el restaurante como el resto, doy un paso atrás. Empiezo a moverme en dirección contraria, intentando no llamar la atención y justo cuando me he alejado lo suficiente recuerdo algo. En el trayecto hacia aquí he visto un bar junto a la carretera principal. No está precisamente cerca, pero si voy a paso rápido no creo que tarde mucho en llegar.

Es eso o morir aquí de inanición.

No lo pienso más. Me subo la cremallera de la chaqueta y echo a andar antes de que alguien pueda detenerme.

El aire es fresco y, aunque todavía es de día, las nubes empiezan a cerrarse sobre el cielo, amenazando lluvia.

Acelero el paso porque no he cogido paraguas y me adentro por uno de los senderos. Recuerdo que el bar estaba junto a la

carretera, pero no tengo claro si este camino me va a llevar directo hacia allí, o si tendré que dar un rodeo. Miraría el GPS, pero, por supuesto, aquí no hay WI-Fi ni cobertura.

Da igual. Si al final tengo que caminar algo más, que así sea. Todo sacrificio es poco cuando la recompensa es comida. Comida de verdad.

Sonrío mientras me imagino llevándome a los labios un bocado jugoso y grasiento. Algo con queso derretido, pan crujiente y una cantidad obscena de calorías.

Casi puedo saborearlo.

Sigo caminando completamente absorta en mis fantasías culinarias cuando el sendero gira ligeramente a la derecha y…

De repente choco contra algo. Algo sólido y caliente.

El impacto me saca del trance de golpe y lucho por mantener el equilibrio. Unas manos me sujetan con firmeza antes de que vaya a parar de culo al suelo.

Entonces levanto la vista y me encuentro con unos ojos color whisky observándome con diversión. Los ojos de Leo.

—Vaya… —murmura con una sonrisa juguetona—. ¿Cómo es que siempre acabas en mis brazos? Al final, voy a pensar que lo haces a propósito.

Me llevo una mano al corazón que todavía late acelerado por el susto y frunzo el ceño.

—¿Qué demonios haces aquí?

Leo ladea la cabeza con suspicacia.

—Podría preguntarte lo mismo.

Le fulmino con la mirada y tras dudarlo un momento, decido ser sincera con él. Más que nada porque tengo demasiada hambre como para inventarme excusas absurdas.

—Voy a por comida, comida de verdad.

—¿Al bar de la carretera?

Parpadeo, desconcertada.

—¿Cómo sabes…?

Leo esboza una sonrisa de satisfacción.

—Porque yo también me dirijo hacia allí.

Lo miro con incredulidad.

—Espera… ¿tú también?

—Ajá.

Arrugo la frente.

—Pero si este retiro lo has organizado tú.

—No personalmente —responde encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿quién demonios decidió que sólo íbamos a comer hierba y tofú?

—Darren.

Le miro con cara de shock.

—¿Tu asistente?

—Sí.

—¿Y no revisaste los detalles del viaje antes de aprobarlo?

—Confío en mi equipo.

Le dirijo una mirada cargada de incredulidad.

—Pues felicidades te acaban de poner a dieta sin saberlo.

Leo suspira y echa un vistazo a nuestro alrededor.

—Sí, bueno… La próxima vez leeré todo minuciosamente antes de firmar.

No puedo evitar reírme ante lo surrealista de la situación.

—Así que en definitiva el gran Leo Campbell está huyendo del menú healthy.

—Yo no lo llamaría huir.

—¿No?

—Más bien… un acto de supervivencia. —Arquea una ceja en mi dirección—. Igual qué tú, como acabas de reconocer.

Asiento sin muchas ganas.

—¿Y cómo demonios has acabado aquí?

—Caminando.

—No, me refiero a… —Hago un gesto entre él y yo, intentando unir las piezas—. ¿Cómo hemos terminado en el mismo sitio?

—Supongo que tomamos caminos distintos para acabar en el mismo destino.

Ruedo los ojos.

—Qué poético.

—Gracias, me sale natural. Es un don.

—Pues podrías usarlo para encontrar otro camino. Uno que no pase por donde voy yo.

Niega con la cabeza.

—Imposible. Por lo que parece este es el único recorrido posible hacia el bar. Así que… supongo que no te va a quedar otra que aguantarme.

Frunzo el ceño y le dedico una mirada de fastidio, pero en el fondo sé que tiene razón. La ruta es la que es, y yo no voy a dar la vuelta ahora solo por él. Necesito comer algo decente, sí o sí.

Tras llegar a esa conclusión, suelto un gruñido de frustración y sigo caminando sin perder más tiempo.

Leo me alcanza en un par de pasos y, a partir de ahí, ninguno de los dos dice una palabra más.

El sendero se estrecha con ramas bajas y raíces sobresaliendo del suelo. No es un terreno complicado, pero como no quiero volver a hacer el ridículo delante de Leo, me obligo a mirar bien donde piso. A medida que avanzamos, la humedad se hace cada vez más palpable y las primeras gotas de lluvia no tardan en llegar.

Al principio son ligeras y casi imperceptibles, pero poco a poco, se vuelven más seguidas hasta que se convierten en un aguacero que me impide ver con claridad. El sonido del agua golpeando las hojas y la tierra lo llena todo.

Leo echa un vistazo a nuestro alrededor, como si estuviera buscando un sitio donde resguardarnos. Yo me paso una mano por la cara intentando apartar el agua de mis ojos y le imito. No tardamos en divisar una pequeña estructura de piedra más adelante.

Echamos a correr hacia allí sin pensarlo dos veces mientras la lluvia cae con más fuerza en el último tramo. Finalmente, llegamos al porche y nos refugiamos bajo el techo de piedra.

Me apoyo en una de las columnas y me paso ambas manos por la ropa en un intento de escurrir el agua. Antes de que lo consiga Leo agita la cabeza con fuerza, provocando que las gotas de su pelo también me salpiquen.

Le lanzo una mirada cargada de indignación.

—Oye, ¿podrías dejar de sacudirte como un perro? Me estás mojando. —Nada más digo esto, me percato de lo ridículas que han sonado mis palabras. Más que nada teniendo en cuenta lo empapada que estoy.

Leo arquea una ceja con diversión y la media sonrisa que aparece en su rostro me dice que no va a dejar la oportunidad de

martirizarme.

—¿En serio? No sé si te has dado cuenta, pero la lluvia ya ha hecho el trabajo sucio.

Me abrazo a mí misma sintiendo como la tela húmeda se pega aún más a mi piel.

—Sí, pero no necesito una segunda ronda.

—Vaya que quejica. ¿También vas a acusarme de la tormenta?

—No, pero no me sorprendería que tu ego estuviera alterando el clima.

Leo se ríe con ganas y por un instante me quedo anonadada ante la perfección de su sonrisa enmarcada por las gotas de lluvia.

Dios… Odio sentir que no soy dueña de mi propio cuerpo.

Me obligo a apartar la vista y durante los siguientes minutos el sonido de la tormenta lo llena todo.

Tengo que admitir que por regla general me gustan los días así. El olor a tierra mojada, el relajante sonido del agua golpeando el suelo, el color grisáceo del cielo… Todo eso en circunstancias normales me parecería de lo más encantador.

Pero en esta situación no puedo decir lo mismo. Estoy muerta de hambre, empapada y, para más inri, atrapada en este espacio minúsculo junto a Leo Campbell.

No es precisamente mi escenario ideal.

Tal vez lo mejor sería que cayera un rayo y me fulminara en el acto. Al menos así podría acabar con esta pesadilla de una vez.

Suelto un largo suspiro y me froto los brazos en un intento de entrar en calor. No sé si es por la humedad, o porque mi ropa está chorreando, pero estoy empezando a tiritar.

Por el rabillo del ojo percibo que Leo me está observando. Me está observando con esa mirada suya tan intensa y evaluadora que me hace sentir demasiado consciente de mi propio cuerpo.

—Estás temblando —constata al cabo de unos segundos.

Niego con un gesto, pero antes de que pueda añadir nada más se quita su chaqueta y me la tiende.

Parpadeo, sorprendida, aunque a estas alturas ya debería estar acostumbrada a que Leo Campbell sea una contradicción andante. Me refiero a que en cuestión de segundos pasa de ser un capullo arrogante, a transformarse en un hombre completamente distinto. Un hombre que ahora mismo me está ofreciendo su chaqueta a pesar de que él también está empapado.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué no puede quedarse en el estereotipo donde lo encasillé al principio? Así todo sería mucho más fácil.

—Gracias, pero dudo que sirva de mucho —le digo, con la esperanza de que desista—. También está empapada.

—Da igual, algo hará.

Dicho esto, da un paso adelante y, con un movimiento seguro, me coloca la chaqueta sobre los hombros.

El gesto me toma por sorpresa. No solo porque lo ha hecho sin pedirme permiso, sino porque sus manos han rozado mi piel al subirme la cremallera. Y todo ello con una paciencia que no esperaba de él.

—¿Mejor? —murmura con sus increíbles ojos clavados en los míos.

Asiento con calma.

La verdad es que ya no tengo tanto frío, pero creo que el mérito no se debe a la chaqueta en sí, sino a él mismo. De alguna manera su cercanía y su contacto me han subido la temperatura corporal.

No debería reaccionar de esta forma, eso está claro. Pero no lo puedo evitar.

Para rematar la situación, Leo sigue estando demasiado cerca y su mirada no se despega de la mía. Y lo peor de todo, es que yo tampoco puedo dejar de mirarle.

Sus ojos, de ese ámbar intenso que parece cambiar con la luz, me atraen con la fuerza de un imán. Y tengo que admitir que nunca lo había visto tan atractivo como en este momento. Las gotas de lluvia resbalando por su rostro, hasta llegar a su firme mandíbula. Su pelo húmedo y revuelto. Sus labios llenos, ligeramente entreabiertos.

Todo en él me resulta increíblemente adictivo y…

Mierda, no sé qué me pasa. No sé por qué narices no me muevo.

Pero tampoco lo hace él.

El sonido de la lluvia empieza a desvanecerse ahogado por las palpitaciones aceleradas de mi propio corazón. El aire se espesa con una tensión difícil de ignorar al mismo tiempo que el aroma de Leo me envuelve. Huele a lluvia, a madera y a algo más que no sabría identificar. Como si todo el bosque se hubiera fundido con él.

Su pecho sube y baja con cada respiración mientras estudia mi rostro. Me mira a los ojos, luego desciende hacia mis labios, y repite el recorrido con una intensidad que me deja sin aliento.

Entonces lo sé. Está pensando en besarme. Y lo peor de todo es que yo quiero que lo haga.

Empieza a inclinarse hacia mí, de forma lenta pero decidida. Mi estómago se contrae con una mezcla de anticipación y deseo. Su nariz acaricia la mía, su aliento roza mi piel y… justo cuando nuestros labios están a punto de encontrarse, un trueno retumba con fuerza en el cielo.

Nos separamos de golpe, ambos sobresaltados.

Parpadeo, aturdida, intentando ubicarme y recuperar el aliento al mismo tiempo. Pero mi cuerpo se niega a relajarse. Cuando miro a Leo, me doy cuenta de que está igual. Su respiración agitada, sus ojos todavía velados por el deseo. El mismo deseo que sigue vibrando en mi piel, a pesar de que no le he dado permiso para estar ahí.

Como era de esperar, apartamos la mirada al unísono.

Dios… ¿Qué demonios acaba de suceder? ¿Qué habría pasado si la tormenta no nos hubiera interrumpido?

Capítulo 16

Aria

—Atención, por favor. —La voz amplificada por el micrófono de uno de los monitores resuena en el claro del bosque—. Vamos a iniciar la siguiente actividad. Como ya sabéis consistirá en una gymkhana y los equipos ya han sido asignados. Los tenéis apuntados en la pizarra. Recordad que el objetivo es encontrar todos los lazos de colores antes que los demás. ¡Buena suerte!

A mi alrededor mis compañeros de trabajo se acercan emocionados a la pizarra en cuestión. Yo suspiro incapaz de compartir su entusiasmo. No es que odie las actividades en grupo, pero después de lo agotador que fue el día de ayer, preferiría mil veces quedarme sentada bajo un árbol en lugar de hacer esto.

Por eso, no tengo ninguna prisa en comprobar con quién me ha tocado. Arrastro los pies hacia la pizarra y mi mirada recorre la lista sin mucho interés, hasta que veo mi nombre.

Entonces, el mundo se congela y yo con él.

Aria — Leo

Parpadeo un par de veces, como si eso fuera a cambiar lo que estoy viendo, pero no lo hace. Mi nombre sigue ahí, justo al lado del de mi jefe, como una broma cósmica de mal gusto.

Dios… ¿Por qué tengo tan mala suerte?

Me quedo completamente inmóvil, sintiendo el peso de la ironía sobre los hombros. Como si no tuviera suficiente con la confusión que me persigue desde ayer, por culpa de lo que estuvo a punto de pasar entre nosotros, ahora también tengo que volver a estar a solas con él.

Después del casi beso, ya no fui al bar. En su lugar inventé una excusa y regresé a mi habitación, incapaz de soportar su cercanía un segundo más. Pero la vida, en su infinita crueldad, tiene formas bastante retorcidas de ignorar mis deseos.

Y aquí estoy, otra vez, atrapada con Leo Campbell.

Aprieto la mandíbula y lo busco con la mirada. Mis ojos no tardan en cruzarse con los suyos. Su expresión es tranquila, demasiado tranquila. Como si esto no le afectara en absoluto, como si el hecho de que ayer estuviera a punto de besarme fuera lo más normal del mundo.

Un nudo de incomodidad y nervios, mezclados con algo que no quiero analizar, se arremolina en mi estómago.

Desvío la mirada antes de que él pueda notar cómo me afecta y resoplo con fuerza.

Esto va a ser un infierno.

***

La gymkhana consiste en encontrar lazos de colores atados en distintas partes del bosque. Cada equipo tiene que recolectar diez antes de regresar al punto de partida. A simple vista, parece fácil,

pero después de la tormenta de ayer, el suelo está embarrado y avanzar se convierte en un desafío.

Aunque para desafíos el que camina justo a mi lado.

Intento concentrarme en la actividad y no en la presencia de Leo, pero su maldita actitud relajada me crispa los nervios. Sobre todo, por cómo contrasta con el torbellino de emociones que me azota por dentro. Prácticamente, no hemos cruzado palabra desde que ha empezado la actividad, pero el silencio no alivia mi incomodidad. Al contrario.

Y lo peor es que da la sensación de que no tengo motivos para estar así, que todo es una película que me he montado en la cabeza.

Resoplo con fuerza y acelero el paso, esquivando un grupo de ramas con más brusquedad de la necesaria. No es que me interese ganar, pero cuanto antes terminemos, antes podré largarme de aquí, y así poner distancia entre nosotros.

El barro se me pega en las zapatillas de deporte mientras avanzo a grandes zancadas.

Detrás de mí, Leo silva con ligereza.

—No sabía qué eras tan competitiva.

—No lo soy —le contesto sin molestarme en girarme—. Solo quiero acabar con esto cuanto antes.

Leo suelta una leve risa.

—Oh, ya veo. ¿Tan insoportable soy?

Ignoro su comentario y sigo caminando concentrada en encontrar los lazos. Cada minuto que pasa, la luz de última hora de la tarde se apaga un poco más, lo que significa que no tardará mucho en hacerse de noche y la búsqueda se complicará.

Unos metros más adelante, escucho voces y, al girar la cabeza, veo otra de las parejas rastreando un árbol. Al principio no les presto demasiada atención, pero en cuento me percato que se trata de Philippe y Abby, mi cuerpo se tensa.

Sé que no tengo pruebas de que mi antigua compañera de clase sea la autora de los mensajes, pero la duda sigue ahí, imposible de ignorar. Parecen completamente inmersos en la actividad y, por cómo se ríen, está claro que se lo están pasando genial.

No como yo.

Leo sigue la dirección de mi mirada y alza una ceja.

—Vaya… Eso sí que es trabajo en equipo —comenta con fingida admiración—. ¿Quieres que hablemos con ellos? Seguro que tiene algunos consejos que darnos para mejorar nuestra… dinámica.

—No, no hace falta, gracias —le corto antes de que siga desvariando—. Mejor concéntrate en encontrar algún lazo.

Sin esperar su respuesta me adelanto y tras esquivar un trozo embarrado, escaneo la zona con la mirada. No sé si él viene detrás o no, pero tampoco me importa. Un par de minutos después mis ojos se detienen en algo a pocos metros de distancia. Un lazo rojo, atado a una rama baja de un árbol.

Respiro aliviada y me dirijo hacia allí sin dudarlo.

Me pongo de puntillas, estiro el brazo y, antes de que llegue a tocar el lazo, otra mano choca con la mía. Un pequeño sobresalto me recorre el cuerpo justo en el momento en que mi mirada se encuentra con la de Leo.

Está ahí, al otro lado del árbol, con la misma intención que yo.

¿De dónde demonios ha salido? No lo he visto llegar.

Mi corazón empieza a latir con fuerza, pero no a causa de la sorpresa. Es por la forma en que él me está mirando. No con arrogancia o una de sus típicas sonrisas burlonas, sino con una intensidad que me atraviesa. Como si él también tuviera muy presente lo de ayer.

Mi estómago se tensa y antes de que pueda reaccionar, su mirada desciende despacio hacia mi boca. Sin poder evitarlo yo también le miro la suya y…

De repente una ráfaga de aire frío se cuela entre nosotros y la tensión del momento se disipa.

Aparto la mano de golpe y, tras tragar saliva, murmuro:

—Cógelo tú.

Mi voz suena extraña, como si no fuera mía.

No espero su respuesta. En su lugar, me giro y sigo caminando. Necesito alejarme. Poner distancia. Concentrarme en cualquier otra cosa que no sea la forma en que Leo me ha mirado.

El bosque sigue en calma, pero yo no. Inspiro hondo intentando que la quietud de la naturaleza me transmita un poco de paz y tras

beber un sorbo de agua, decido que ya es momento de encender la linterna.

Alumbro a mi alrededor y no tardo mucho en ver un destello colorido entre la maleza. Un lazo amarillo. Está enredado en las ramas de un arbusto por la parte alta del camino

Bien.

Me dirijo hacia allí con paso firme mientras la luz de la linterna se desliza sobre el terreno húmedo. Esquivo un último grupo de rocas y, tras dejar la linterna apuntando hacia mi objetivo, empiezo a desatar el lazo. Justo en ese momento un crujido rompe con la quietud.

Me giro con el convencimiento de que se trata de Leo, pero no lo veo por ningún sitio. Frunzo el ceño y muevo la cabeza de un lado al otro intentando ubicarlo, pero sigo sin divisarlo.

¿Dónde narices está?

—¿Leo? —Lo llamo con voz fuerte, esperando que aparezca de un momento a otro. Pero la única respuesta que recibo es el viento meciendo las copas de los árboles. Algo se remueve en mi estómago, pero lo ignoro y añado—: Si se trata de una broma no tiene gracia, ¿me oyes?

Mis palabras vuelven a perderse entre los árboles sin obtener respuesta y mi inquietud se intensifica.

Me muerdo el labio y tras tomar una bocanada de aire, me obligo a tranquilizarme. Quizá solo ha sido el viento. Eso o un animal moviéndose entre la maleza, cosa que espero que no. Empiezo a divagar sobre qué clase de criaturas deben rondar por esta zona, pero acabo sacudiendo la cabeza. Prefiero no saberlo.

Vuelvo a dirigir mi atención al lazo, lo aflojo, y cuando por fin lo tengo en mis manos, lo escucho otra vez.

Un crujido fuerte y claro.

Mi espalda se tensa y no tardo ni un segundo en volver a darme la vuelta. Luego hago lo que debería haber hecho desde un principio: recuperar la linterna. La cojo y la levanto con un movimiento rápido para iluminar el bosque a mi alrededor. El halo de luz se desliza entre los árboles, proyectando sombras alargadas sobre el suelo. La muevo de un lado al otro, sin saber exactamente qué espero encontrar, mientras el pulso me retumba en los oídos.

Entonces la veo.

Una figura, oculta entre los árboles.

No se mueve ni dice nada, y tiene la cabeza cubierta por una capucha, pero, aún así, sé que me está mirando.

Una oleada de miedo me golpea con fuerza. Mis músculos se contraen, mi piel se eriza, y el latido de mi corazón se dispara hasta volverse insoportable. Entonces reacciono y echo a correr.

Y, como ya esperaba, la figura también lo hace.

Puedo escuchar las ramas crujiendo a mis espaldas, el sonido de sus pasos acercándose cada vez más. El aire helado me corta la piel mientras corro, esquivando todo lo que encuentro a mi paso sin mirar atrás. Intento desandar el camino de antes con la esperanza de encontrar a Leo. A Leo o a cualquier persona que pueda ayudarme, pero la adrenalina me impide pensar con claridad. Además, el bosque ya no es el mismo de hace un rato. Ahora es un laberinto de sombras donde todo parece idéntico.

De repente me tropiezo con algo, caigo al suelo y la linterna sale disparada de mis manos. Rebota con una piedra y va a parar a unos metros a mi derecha. Me levanto como puedo a pesar de que siento las rodillas en carne viva y miro hacia la linterna aún encendida.

Mi cerebro me grita que la coja, pero justo en ese instante los pasos detrás de mí se aceleran. El pánico me sacude el cuerpo mientras evalúo de mis opciones: perder unos valiosos segundos en recuperar la linterna o seguir corriendo.

Y mi instinto elige lo segundo.

Echo a correr sin mirar atrás. La luna proyecta destellos plateados sobre los árboles, pero no me resulta suficiente para ver con claridad dónde piso. Aún así no me detengo. No me detengo hasta que noto como el suelo cambia bajo mis pies.

Pero entonces ya es tarde.

La tierra cede bajo mi peso. Intento aferrarme a algo, lo que sea, pero mis manos solo encuentran aire. Un latigazo de vértigo me sacude el estómago.

Y caigo.

Caigo al vacío.

***

Cada parte de mi cuerpo palpita con una presión insoportable. La espalda, el costado, el tobillo… Todo me duele, y no entiendo el porqué.

Abro los ojos y parpadeo varias veces en un intento de ubicarme, pero no lo consigo. La oscuridad sigue envolviéndolo todo como un velo espeso e impenetrable.

Mi respiración se entrecorta.

¿Por qué no veo nada? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

Intento moverme, pero un latigazo de dolor me atraviesa el costado, arrancándome un jadeo ahogado.

Tomo una bocanada de aire y lo suelto despacio en un intento de calmar el dolor. Inspiro y espiro varias veces hasta que este remite un poco y me armo de valor para volverlo a intentar.

Tanteo el suelo con los dedos. Por lo que parece estoy sentada sobre tierra húmeda, fría y pegajosa, y a mi espalda noto una superficie escarpada y rugosa que debe ser roca. Una corriente de aire helado se desliza sobre mi piel y no puedo evitar estremecerme.

Es en ese momento cuando realizo que estoy a la intemperie. Estoy en…

Mi cerebro reacciona de golpe.

El bosque.

Mi corazón empieza a latir de forma frenética mientras mis recuerdos se disparan.

La carrera sin mirar atrás entre los árboles. El suelo desapareciendo bajo mis pies. La caída.

Un escalofrío me recorre la columna cuando el miedo se abre paso entre el dolor. Estoy en medio del bosque en plena noche. Estoy sola y herida.

Y lo peor de todo es que no sé qué ha pasado con mi perseguidor.

¿Seguirá cerca? ¿Me habrá perdido de vista? ¿O, por el contrario, está esperando, escondido entre los árboles?

Una nueva oleada de pánico me sacude.

Dios, tengo que salir de aquí.

Con ese pensamiento intento levantarme, pero un punzante latigazo me atraviesa el tobillo. Aprieto los dientes y al mover la pierna para aliviar el dolor me percato de que tengo un peso en la espalda.

Mi mochila.

El hallazgo es suficiente para sacudirme del letargo del miedo.

Me la quito haciendo una mueca, la abro y rebusco en el interior hasta que mis dedos tocan la superficie fría de mi móvil. Lo saco con un movimiento brusco, pulso a tientas el botón de encendido y cuando la pantalla se ilumina mis esperanzas se desmoronan.

Sin cobertura.

Por supuesto.

No podía ser de otra manera en este maldito sitio.

¡Joder!

La frustración me golpea con tanta fuerza que me cuesta contener las lágrimas.

Aprieto la mandíbula y miro la pantalla otra vez, pero el resultado sigue siendo el mismo. Mi respiración se agita hasta el punto de que me falta el aliento.

Tengo que salir de aquí.

Tengo…

Un crujido rompe con el silencio.

Un crujido seco y nítido al que le sigue otro sonido como de pisadas.

Agudizo el oído conteniendo la respiración.

Son pisadas, sí. Pisadas cada vez más cercanas.

El pánico regresa mientras mi instinto grita que no puedo quedarme aquí. No puedo dejar que mi perseguidor me alcance.

Ignorando el dolor, hago un intento de levantarme, pero antes de lograrlo un haz de luz me impacta de lleno. El resplandor me envuelve obligándome a cerrar los ojos. Me echo hacia atrás e intento arrastrarme en un último recurso de supervivencia.

Entonces alguien me sujeta por el brazo y no puedo evitar ponerme a chillar.

Me retuerzo con todas mis fuerzas, luchando por liberarme.

—¡Suéltame! —grito con la voz rota por el miedo.

Sigo sacudiéndome como un animal acorralado, pero el agarre me mantiene firme.

—¡Ey, soy yo! —exclama de repente la figura desconocida, pero me cuesta procesar el significado de sus palabras—. ¡Aria, mírame! Soy yo, Leo.

El sonido de mi nombre, pronunciado con urgencia, atraviesa mis defensas. Y entonces llego a la conclusión de que conozco esa voz. Parpadeo y me giro con la visión desenfocada, hasta que me encuentro con unos ojos de color ambarino. Unos ojos que conozco bien.

Leo.

Es Leo.

Está agachado delante de mí, sujetándome por los brazos. Él también tiene la respiración agitada y su expresión es extraña. Como si estuviera enfadado, asustado o ambas cosas al mismo tiempo.

—Ey, tranquila. Ya estás a salvo —susurra mientras sus ojos intensos no se separan de los míos.

Se acerca un poco, coloca una mano sobre mi mejilla y acuna mi rostro con delicadeza. Luego, me sonríe de forma cálida y tranquilizadora.

Y ahí es cuando algo se rompe dentro de mí. El nudo de mi garganta estalla en un sollozo ahogado, la tensión que he estado conteniendo se transforma en lágrimas. Y, sin pensarlo dos veces, me aferro a él.

Me hundo en su pecho, agarrando su chaqueta con fuerza, mientras los sollozos empiezan a sacudirme. Entonces, sus brazos me rodean con firmeza, la calidez de su cuerpo me envuelve y tengo la certeza de que, con él aquí, nada ni nadie va a hacerme daño.

No importa el frío, la oscuridad o lo que haya ahí fuera.

En sus brazos, estoy a salvo.

Capítulo 17

Aria

—No hay fracturas, pero tienes un esguince moderado en el tobillo y contusiones en el costado y la espalda —explica el médico con voz calmada mientras revisa las radiografías—. Vas a necesitar hacer reposo durante unos días y, en cuanto a la inflamación, tardará en bajar. Usa hielo y mantén el pie elevado.

—Genial —murmuro sin molestarme en ocultar mi irritación.

Estamos en una pequeña clínica rural a pocos kilómetros del complejo. No está tan equipada como un hospital, pero lo importante es que han podido hacerme varias pruebas para descartar problemas mayores. La sala donde me han atendido es funcional y sencilla: paredes de un blanco impersonal, una camilla apoyada contra una pared y un escritorio repleto de papeles, tras el cual se proyectan mis radiografías.

El médico está de pie entre la mesa y la pantalla. Leo, en cambio, se mantiene cerca de mí junto a la camilla, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. No importa cuántas veces haya insistido en que se vaya, en que puedo ocuparme de esto sola. No se ha movido de mi lado desde que me encontró en el bosque.

Recuerdo vagamente cómo me cargó en su espalda y me llevó de vuelta al complejo, mientras yo luchaba por no perder la conciencia debido al cansancio y el dolor. Al principio, me atendieron en la enfermería del retiro. Me vendaron el tobillo y me inyectaron algún tipo de analgésico. Pero, como me costaba respirar, el médico

de allí decidió que lo mejor era llevarme a la clínica para hacerme una radiografía.

—Te voy a recetar unos analgésicos para el dolor y la inflamación —añade el doctor—. También es importante que evites hacer esfuerzos al respirar. Si notas que el dolor se intensifica mucho, o sientes presión en el pecho, vuelve de inmediato. Podría haber una pequeña fisura que no se haya detectado en la radiografía.

Tras esa última recomendación avisa a la enfermera quien aparece pocos minutos después con una silla de ruedas. Intento protestar, pero la mirada de Leo y el dolor de mi costado me hacen rendirme sin mucha resistencia. No tardamos en estar de nuevo en la recepción, esperando el coche de vuelta.

Hago un repaso visual por la sala, en un intento de distraerme del fastidio que siento.

La clínica está en calma a estas horas de la madrugada, y aparte de la recepcionista que teclea detrás del mostrador, somos los únicos que estamos aquí.

Suspiro y bajo la vista hacia mis manos sintiéndome incómoda, cansada y, sobre todo, muy extraña.

No tanto por la silla de ruedas o la lesión en sí, sino por Leo. Por cómo han evolucionado las cosas entre nosotros.

El hecho de que fuera precisamente él quien me encontrara en el bosque, su preocupación, la determinación con la que me cargó a su espalda, como si para él no hubiera nada más importante que sacarme de allí.

Aunque lo que más me sorprende es mi propia reacción.

Por un momento, recuerdo cómo me aferré a él. La calidez de su cuerpo. Sus brazos envolviéndome. Lo bien que me sentí, a pesar de lo ridícula que debía parecer.

Me muerdo el labio y lo miro con disimulo. Leo también está sentado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. La tensión ha abandonado su rostro, pero tampoco parece relajado del todo. Es obvio que sigue preocupado. Lo noto en la forma en que su mirada viaja fugazmente hacia mi pie vendado antes de volver a perderse en algún punto del suelo. También en sus zapatillas y ropa manchada de barro. El rastro físico de lo que ha pasado esta noche.

Y todo por mí.

Un nudo de culpabilidad se instala en mi pecho.

¿Debería darle las gracias? Sería lo lógico, ¿no?

Alzo la vista con intención de hablar y de repente nuestros ojos se encuentran. El corazón me da un vuelco instantáneo. No sé qué debe estar pasando por su cabeza en este momento, pero su forma de mirarme es inusual. Como si estuviera tratando de descifrar algo. Como si estuviera igual de confundido que yo.

¿Es posible que yo no sea la única que nota que algo ha cambiado entre nosotros?

Esa posibilidad me golpea con fuerza, pero antes de que tenga tiempo de procesarla, Leo rompe el contacto visual y murmura:

—Esto… ¿Cómo te encuentras?

Suspiro y sonrío ligeramente.

—Mejor gracias.

Leo asiente.

—Me alegro.

Bajo la mirada y tras dudarlo un momento me armo de valor y añado:

—Y también gracias por todo lo demás. Ya sabes… No sé qué hubiera hecho de no ser por ti.

Leo se me queda mirando con una expresión difícil de descifrar, tras lo que apoya un brazo en el respaldo de la silla y sonríe.

—Sí, bueno. Mi objetivo era encontrar lazos, no rescatar personas desaparecidas. Pero que se le va a hacer.

Una risa suave brota de mis labios.

—Ah, ya. Siento haberte arruinado la gymkhana.

—Tranquila, al final fue más emocionante de lo que pensaba.

—Eso seguro —respondo tras lo que ambos volvemos a reírnos. Luego el silencio vuelve a instalarse entre nosotros y una duda cruza mi mente—. Por cierto… ¿cómo diste conmigo?

Leo deja caer la cabeza hacia atrás, imagino que recordando la escena.

—Te habías separado de mí, así que cuando me percaté de que tardabas demasiado en regresar, decidí ir a buscarte.

—¿Y solo por eso asumiste que me había pasado algo? —pregunto, alzando una ceja—. ¿Y si me hubiera alejado voluntariamente? Ya sabes, harta de aguantarte.

Leo me lanza una mirada de circunstancias e inspira con fuerza.

—Oh, sí, por supuesto que consideré esa opción. Pero da el caso que encontré tu linterna en el suelo y pensé que, si tu intención era simplemente alejarte de mí, habrías sido lo suficiente lista como llevártela contigo.

Asiento despacio, dándole la razón.

—Buen punto.

—Solo era cuestión de lógica. Ahí es cuando empecé a preocuparme de verdad. —Su tono deja atrás cualquier rastro de broma y una ligera opresión se instala en mi pecho—. Y poco después… —continúa— te oí gritar.

Trago saliva.

—¿Me oíste?

—Sí. Corrí hacia allí y vi donde el suelo había cedido. Así fue como te encontré. —Vuelvo a asentir con la esperanza de que con esto el tema quede zanjado, pero la mirada de Leo me dice que no va a ser así—. Aria… ¿Qué fue lo que pasó?

Mi pulso se acelera.

Sé que debería ser sincera con Leo, pero no puedo. No puedo contarle la verdad. Porque si le cuento que alguien me estaba persiguiendo, va a empezar a hacer preguntas que en este momento no estoy preparada para contestar.

Así que me encojo de hombros y con el tono más neutral posible digo:

—Nada. Estaba oscuro y simplemente no vi donde puse el pie.

Leo mantiene su mirada fija en mí.

—¿Y la linterna?

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué pasa con la linterna?

—¿Por qué estaba tan lejos de dónde caíste?

Abro la boca, pero no sé qué decir.

Mi mente trabaja a toda velocidad buscando una respuesta convincente. Pero antes de que llegue a decir una palabra más, mi estómago ruge con fuerza, recordándome que no he comido nada en horas.

Cierro los ojos y maldigo internamente.

Necesitaba una excusa para cambiar de tema pero no era necesario que fuera tan humillante.

—Vaya, eso ha sido toda una declaración —murmura Leo alzando una ceja con diversión.

Ruedo los ojos.

—Cállate.

—Voy a hacer algo mejor que eso.

Parpadeo, confusa

—¿Qué?

—Conseguirte algo que comer.

Su respuesta me toma por sorpresa y antes de que llegue a decir nada, se levanta, y no tarda en desaparecer de mi campo de visión.

Sin darme cuenta, una pequeña sonrisa asoma a mis labios. Ni siquiera sé por qué. O bueno, sí lo sé. Por Leo. Pero antes muerta que admitirlo en voz alta.

Sacudo la cabeza, como si eso fuera a servir de algo para aliviar mi embobamiento, y saco el móvil del bolsillo.

En esta zona sí hay cobertura, o al menos es lo que me ha dicho Leo cuando ha conseguido hablar con los del complejo para que nos vinieran a recoger.

Como era de esperar, tenía razón, y no tardan en aparecer varias notificaciones. Deslizo el dedo por la pantalla y veo que la mayoría son mensajes de mi grupo de amigas. Al principio solo preguntan por el retiro, pero como llevo desde ayer sin dar señales de vida sus palabras han ido degenerando.

ELLIE

Ey, ¿qué tal va la salida con los del curro? Espero que tu jefe no te esté complicando mucho las cosas.

GIGI

Sí, cuéntanos, necesitamos cotilleos.

ELLIE

¿Aria? ¿Sigues viva?

GIGI

Confirmamos desaparición. Que alguien llame a la poli.

ELLIE

Mejor a los de Expediente X. En el bosque pasan muchas cosas raras.

GIGI

¿En serio? Yo me dejaría abducir con tal de que Mulder viniera a salvarme.

ELLIE

Ya somos dos.

Suelto un resoplido entre divertida y agotada al mismo tiempo, y me limito a contestar con un par de frases cortas.

ARIA

Sigo viva. Luego os cuento.

Justo cuando voy a bloquear el móvil, veo que tengo otra notificación.

Un mensaje privado de Instagram.

El nudo de mi estómago regresa de golpe y por un instante, me quedo inmóvil con el dedo suspendido en el aire. No quiero abrirlo, pero sé que no me queda otra. Necesito entender lo que está pasando.

Contengo la respiración y pulso sobre la pantalla. El mensaje se carga.

Y cuando lo leo tengo la sensación de que el mundo desaparece bajo mis pies.

«Te lo tienes bien merecido, zorra. La próxima vez será peor».

El hambre me abandona de golpe.

Y no solo eso.

El buen rollo con mis amigas. La sensación cálida de sentirme protegida por Leo. La idea fugaz de que, después de todo, esta noche no ha sido tan horrible.

Todo se desvanece en un suspiro.

Sustituido por el miedo, la ansiedad y un vértigo asfixiante que me produce ganas de vomitar.

Y por una certeza demoledora que no puedo ignorar.

Abby.

Ha sido ella todo este tiempo.

Capítulo 18

Aria

Ha pasado una semana desde que me hice el esguince en el tobillo, y el médico finalmente ha dado el visto bueno para que vuelva a la oficina.

Y aquí estoy, preparándome para reincorporarme mientras una inquietud persistente se instala en la boca de mi estómago.

Me miro en el espejo mientras termino de ajustarme la tobillera. La aprieto un poco más y hago una mueca al notar la presión en la articulación, pero es soportable. Me pongo de pie con cuidado, probando el equilibrio sobre el pie lastimado. No es perfecto, pero al menos ya puedo caminar sin parecer un zombi renqueante.

Suspiro y termino de ponerme la chaqueta. Dios, qué semana más eterna.

Los primeros días fueron los peores. Apenas podía moverme sin que una punzada de dolor me atravesara el costado, y cada vez que intentaba apoyar el pie, la hinchazón palpitaba con una molestia constante. Me obligué a seguir las indicaciones del médico. Pie en alto, reposo y mucha paciencia. Pero ser paciente no es lo mío.

Además, estar atrapada en casa con demasiado tiempo libre y una mente hiperactiva no es lo ideal. Mi cabeza no ha dejado de dar vueltas a los mismos temas: Leo, por un lado; la certeza de que Abby es mi acosadora, por el otro.

Resoplo y me paso una mano por el pelo antes de agacharme con cuidado para ponerme las zapatillas. Me cuesta un poco meter el pie con la tobillera, pero lo consigo tras unos segundos de pelea que, por suerte, gano yo.

He seguido trabajando en remoto, pero concentrarme ha sido casi imposible. Probé con series, pero no encontré ninguna que lograra atraparme lo suficiente. Y aunque Ellie y Gigi han intentado llenar mi tiempo con videollamadas y visitas, ni siquiera eso ha conseguido que deje de darle vueltas a todo.

He estado perdida en una espiral de confusión y ansiedad, y no importa cuánto lo intente, no consigo salir de ella.

Es difícil hacerlo cuando, cada vez que cierro los ojos, veo a Leo a punto de besarme en el bosque. O a Leo rescatándome, como si fuera mi lugar seguro.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos un momento, tratando de despejar la cabeza.

Pero ¿qué demonios me pasa?

Estamos hablando de Leo, mi jefe, el capullo arrogante y engreído que me amenazó para que fingiera ser su novia. El mismo que me pone de los nervios cada vez que abre la boca.

Y, aun así…

No puedo sacármelo de la cabeza.

Cuando pienso en él, el corazón me late más rápido, el estómago se me encoge y un calor líquido se instala en un lugar donde no debería.

Maldita sea.

No quiero que me pase esto con él. No quiero que su recuerdo me provoque este torbellino de sensaciones.

Pero lo hace.

Y no tengo ni idea de cómo detenerlo.

¿Lo peor? Que esto ni siquiera es lo que más me atormenta. Hay algo mucho más oscuro acechando en mi mente. Abby.

Su mensaje sigue grabado en mi mente como un eco que se niega a desaparecer: «Te lo tienes bien merecido, zorra. La próxima vez será peor.»

Un escalofrío me recorre la espalda.

Llevo todos estos días preguntándome si debería ir a la policía. Pero ¿con qué pruebas? Sé que es ella porque está claro que quien me envía esos mensajes hirientes es alguien del trabajo. ¿Y quién más podría ser? Apenas llevo un par de meses en la empresa y no he tenido tiempo de hacerme enemigos.

Abby es la única que tiene motivos para hacer algo así. Ya lo hizo antes.

No con mensajes ni amenazas directas, pero sí con miradas, susurros y risas ahogadas a mi espalda. Con comentarios disfrazados de bromas. Con pequeñas humillaciones que, una tras otra, fueron calando en mi piel hasta volverse parte de mí.

Ahora no se conforma con eso. Ahora quiere que tenga miedo.

Y joder, lo está consiguiendo.

Porque cada vez que suena una notificación en mi móvil, mi estómago se revuelve.

Porque empiezo a preguntarme hasta dónde puede llegar para hacerme daño.

Lo que hizo en el bosque demuestra que esto ya no es solo un juego. Que no se conforma con enviarme mensajes anónimos. Que es capaz de ir más lejos. Pero ¿hasta dónde?

Aprieto los dientes y exhalo con fuerza, intentando aflojar el nudo que se instala en mi estómago.

No voy a dejar que el miedo me paralice. Eso es justo lo que quiere. Y no voy a darle la satisfacción de conseguirlo.

Agarro el bolso y me lo cuelgo al hombro. Me aseguro de que llevo las llaves, el móvil y la cartera antes de dirigirme a la puerta.

Cuando giro el pomo y salgo al exterior, el aire fresco de la mañana me golpea en la cara, despejándome un poco.

Es hora de volver a la oficina.

Todo va a ir bien.

Tiene que ir bien.

***

Al principio, parece que mi deseo se cumple: todo transcurre con normalidad. Llego con tiempo suficiente a la oficina para tomar un café en la sala de descanso, donde me encuentro con Philippe, que sonríe al verme llegar.

—¿Cómo estás de tu lesión? No sé a quién se le ocurrió organizar una gymkhana en plena noche y en un bosque embarrado —dice, suspirando con resignación—. Pero tranquila, he mantenido el fuerte en tu ausencia.

Sonrío. Philippe es de los compañeros con los que mejor me llevo.

—Ya veo que la empresa sigue en pie. Buen trabajo —bromeo, dándole un sorbo al café.

Hablamos un poco y luego nos reunimos con el resto del equipo de Marketing Digital, que me recibe con el mismo entusiasmo que Philippe. Por suerte, no me cruzo con Abby en toda la mañana, ni siquiera cuando paso por su departamento para revisar unos informes.

Tampoco veo a Leo.

Pero en su caso, en lugar de sentir alivio, noto algo distinto revolviéndome el estómago. ¿Decepción, quizás?

No me detengo a analizar por qué su ausencia me decepciona; en lugar de eso, me concentro en el trabajo, ya que en un par de semanas lanzaremos una nueva campaña de marketing en redes, lo que implica reuniones, ajustes de última hora y trabajar bajo presión para que todo salga perfecto.

Así que no tengo tiempo para distracciones.

Pero la calma dura muy poco.

Todo empieza con un murmullo bajo que se extiende por la oficina antes del almuerzo, seguido de unas risas ahogadas, miradas furtivas y dedos tecleando con rapidez. Algunos se inclinan hacia sus monitores, otros intercambian comentarios en voz baja.

Frunzo el ceño, incómoda. ¿Qué demonios pasa?

Pero antes de que pueda hacer la pregunta en voz alta, una ventana emergente aparece en la esquina de mi pantalla, anunciando la llegada de un nuevo correo en la bandeja de entrada.

Asunto: «Para los interesados en la incorporación de Aria Ross en la empresa».

Siento cómo la sangre abandona mi rostro de golpe. Un escalofrío me recorre la espalda mientras llevo el cursor hasta el mensaje y hago clic. La imagen tarda en cargarse, como si mi ordenador también dudara en mostrarme lo que está por venir. Cuando finalmente aparece, mi sistema se paraliza.

Es una foto de Leo y yo besándonos en el refugio de piedra, la noche en que nos encontramos en el sendero y empezó a llover, de camino al restaurante de la carretera.

O al menos, eso es lo que parece.

Porque yo sé la verdad. Sé que eso nunca llegó a pasar. Un trueno retumbó en el momento exacto, apartándonos antes de que nuestros labios se tocaran. Pero quién sea que tomó esta foto tuvo suerte, porque el ángulo lo distorsiona todo.

Desde esta perspectiva, hay poco margen para la duda. Parece que nos estemos besando de verdad. Y el mensaje que la acompaña

se encarga de rematarlo:

«Ya sabemos cómo la señorita Ross consiguió su puesto. Chupándosela al jefe.»

El aire se vuelve espeso y siento algo afilado presionar contra mis costillas, como si una mano invisible se cerrara alrededor de mi pecho, apretando cada vez más.

Los murmullos aumentan, las risas ahogadas se hacen más fuertes, y cada carcajada parece clavarse en mi piel como una aguja afilada.

Mi visión se vuelve borrosa y las palabras del mensaje se repiten en mi mente en un bucle infinito: «Ya sabemos cómo consiguió la señorita Ross su puesto. Chupándosela al jefe.»

Intento inhalar profundamente, pero el aire se queda atascado en mi garganta, impidiéndome respirar con normalidad.

Y entonces, todo empieza a girar demasiado deprisa, como si estuviera atrapada en un carrusel descontrolado del que no puedo bajar.

El suelo bajo mis pies se siente inestable, mi estómago se revuelve y un sudor frío se instala en mi nuca.

Cada vez me cuesta más respirar, y siento una opresión tan fuerte en el pecho que por un segundo me pregunto si mi corazón podrá soportarlo.

Solo es un ataque de pánico, Aria. Ya los has tenido antes, respira, me ordeno, pero parece inútil.

Me llevo una mano al pecho mientras empiezo a hiperventilar. Las voces a mi alrededor se convierten en un batiburrillo confuso de risas, cuchicheos y sonidos distorsionados que se mezclan con un zumbido insistente en mis oídos.

Vale, de un momento a otro voy a desmayarme. Genial. Justo lo que una necesita para afrontar una situación de mierda como esta.

Pero antes de que suceda, antes de que el pánico me domine por completo y termine derrumbándome en medio de la oficina, una presión firme envuelve mi muñeca.

No es brusca.

No es invasiva.

Es justo lo que necesito para regresar de entre el caos.

—Aria. —La voz grave y segura de Leo se abre paso entre el zumbido en mis oídos.

Se ha agachado hasta quedar a mi altura, con la mandíbula tensa y la mirada endurecida, como si estuviera listo para asesinar a alguien.

—Respira, Aria. Tienes que respirar.

Intento hacerlo, pero mi garganta parece demasiado cerrada.

—Mírame. —Obedezco sin pensar, porque su voz es lo único claro en medio del torbellino—. Respira conmigo.

Y entonces, es él quien lo hace primero: inspira lenta y profundamente, exhala con calma y repite el proceso una vez más,

mientras yo, temblorosa, intento seguirle.

Cuando ve que mi respiración empieza a estabilizarse, se incorpora con un movimiento fluido y, sin soltar mi muñeca, tira de mí con firmeza, pero sin brusquedad, obligándome a ponerme de pie.

Mis piernas apenas responden, todavía me siento aturdida, pero Leo no me da opción a quedarme ahí.

Me guía a través de la oficina sin soltarme, ignorando las miradas curiosas y los susurros que todavía flotan en el aire. Yo mantengo la vista baja, demasiado abrumada para enfrentarme a nadie más.

Cuando llegamos a su despacho, cierra la puerta tras nosotros sin soltarme y me conduce hasta uno de los sofás de la estancia.

—Siéntate.

No discuto.

Leo se aleja solo un instante, lo justo para servirme un vaso de agua en la pequeña barra que hay junto a su escritorio. Cuando regresa, me lo tiende sin decir nada.

Lo cojo con manos temblorosas y bebo sin pensar, dejando que el líquido fresco alivie mi garganta seca.

Poco a poco, mi pulso deja de retumbar en mis oídos.

Poco a poco, el nudo en mi pecho se afloja.

Poco a poco, empiezo a recuperar el control.

Pero, aunque mi cuerpo se calma, el miedo sigue ahí, aferrándose a mí como una sombra imposible de sacudir.

Capítulo 19

Leo

Aprieto los puños con fuerza, conteniendo la rabia que me arde en el pecho.

Mis ojos siguen fijos en Aria, observando cómo, poco a poco, intenta recomponerse tras el ataque de ansiedad que la ha dejado al borde del colapso. Y mientras la veo respirar con dificultad, aún temblorosa, me hago una promesa: quien haya hecho esto lo va a pagar muy caro.

Cuando he recibido el mensaje en el correo de trabajo, mi primera reacción ha sido de incredulidad.

Ahí estaba, una foto de Aria y yo en el refugio de piedra, tomada de tal forma que parece que nos estuviéramos besando, aunque la realidad es que nunca llegamos a hacerlo.

Y entonces, la frase que la acompañaba lo ha dejado todo claro:

«Ya sabemos cómo la señorita Ross consiguió su puesto. Chupándosela al jefe.»

¿Qué otra intención podría tener la persona que había mandado eso sino era la de atacar a Aria?

Cuando la he encontrado en su escritorio, con la mirada perdida y en estado de shock, no he dudado ni un segundo en acercarme y hacer lo único que se me ha ocurrido: sujetar su muñeca con firmeza, conseguir que respirara y sacarla de allí.

Llevo días pensando en ella, resistiéndome a la tentación de llamarla para preguntarle cómo estaba. Porque, a estas alturas, después del casi beso en el bosque y del miedo que sentí al encontrarla herida durante la gymkhana, tengo claro lo que hasta ahora me he negado a admitir: Aria me importa. Más aún. Aria me gusta.

Y no solo de la forma superficial en la que me han gustado otras mujeres antes. Para nada. No se trata solo de atracción, porque… me gusta todo de ella. Incluso esas partes que encuentro irritantes. Como el hecho de que sea impertinente o respondona, o esa manía que tiene de llevarme la contraria por simple diversión.

Maldita sea, incluso eso hace que me guste incluso más.

Y, ahora, aquí la tengo, sentada en mi despacho, recuperándose de un ataque de ansiedad que un ser miserable le ha provocado.

Lo haré papilla.

Haré arder el mundo hasta encontrar al culpable de su sufrimiento.

—¿Te sientes mejor? —pregunto cuando sus ojos parecen reenfocarse en el presente.

Aria asiente con lentitud, pálida, con los dedos crispados alrededor del vaso de agua.

No parece que vaya a decir nada más, así que añado:

—¿Sabes quién ha sido? —Esta vez, Aria no responde de inmediato. Se encoge de hombros en una especie de negación poco convincente—. ¿Qué se supone que significa eso? Estoy un poco nervioso, así que agradeceré que seas clara conmigo.

Aria deja el vaso de agua sobre la mesita de centro y yo me siento en el sofá que hay enfrente, mirándola muy serio. Está tensa. Lo noto en la rigidez de sus hombros, en la forma de entrelazar las manos sobre su regazo, y en cómo evita mirarme directamente.

—Aria… —insisto, impaciente.

—No estoy segura —dice al fin, levantando la cabeza y clavando sus ojos en los míos. Están enrojecidos, humedecidos, como si estuviera conteniendo el llanto.

La mandíbula se me tensa. No me gusta verla así. No me gusta, joder.

—Cuéntame lo que sepas.

Aria respira hondo, como si necesitara reunir fuerzas antes de hablar.

—Empecé a recibir mensajes desde perfiles anónimos de Instagram poco después de incorporarme a trabajar aquí. No le di importancia porque… bueno, internet está lleno de imbéciles y pensé que sería algún troll *random*. Pero ahora… —Se humedece los labios y baja la mirada—. Supongo que sí la tiene, si ha llegado tan lejos.

Mi estómago se revuelve.

—¿Te han estado acosando?

—Hasta ahora solo eran mensajes desagradables sobre mí.

—Te han estado acosando —afirmo, soltando un resoplido frustrado mientras me paso una mano por el pelo—. ¿Y no creíste que debías contarlo? Si no querías acudir a mí, pudiste haber ido a

Recursos Humanos o, maldita sea, Aria, tenemos un buzón de denuncias anónimas. O podrías haber acudido a las autoridades.

—No pensé que fuera tan grave.

—Pues está claro que te equivocabas. —Me levanto del sofá, camino hasta mi escritorio y meto unas cuantas cosas en mi maletín de cuero antes de regresar a su lado—. Venga, vamos. Te llevaré a comisaría.

—¿Perdona? —Aria me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Vamos a informar a la policía.

—¡No quiero hacer una denuncia! —exclama, poniéndose de pie de golpe.

Cruzo los brazos y la observo con el ceño fruncido.

—Abriré una investigación interna, pero esto va más allá de la empresa, Aria. Alguien te está acosando. Te está amenazando. No puedes simplemente mirar hacia otro lado.

—No quiero que esto se haga más grande —murmura—. Ya es suficiente con que toda la oficina haya visto ese maldito correo.

Hay algo que no me está contando, lo veo en la forma en la que evita sostenerme la mirada.

Una posibilidad cruza mi mente, y tardo alrededor de dos segundos en darle forma en voz alta:

—¿Es que… sabes quién es?

—No. —Se crispa, como un gato acorralado.

La forma en que responde, demasiado rápida, demasiado tajante, no me convence.

—Aria… si sospechas de alguien, debes decírmelo.

—No lo sé, Leo. —Se cruza de brazos y desvía la mirada—. No tengo ni idea de quién puede estar haciendo esto.

Miente.

No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Pero también sé que, si la presiono más, lo único que conseguiré es que se cierre en banda.

—No quiero hacer una denuncia formal, Leo —añade, cruzando los brazos con terquedad—. Si es alguien de la oficina, preferiría que lo gestionáramos desde dentro, con la investigación interna que has mencionado o lo que sea.

Dudo. Debería insistir, pero se nota que está exhausta y no quiero desgastar más su salud mental por hoy. Volveré a intentarlo otro día.

—Está bien, entonces regresa a casa y descansa.

—No quiero irme a casa, quiero seguir trabajando, tenemos una estrategia que implementar y…

—Maldita sea, Aria, mujer testaruda, ¿es que no me vas a hacer caso en absolutamente nada? —la interrumpo, completamente exasperado—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

—Pues para empezar, dejar de darme órdenes, eres mi jefe, no mi dueño —dice subiendo la voz, dando un paso hacia mí con los ojos llameantes.

—Si te comportaras como una persona madura, no tendría que darte órdenes.

—Oh, claro, porque tú eres un ejemplo de madurez Don o-te-haces-pasar-por-mi-novia-o-te-chantajeo.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Ahora soy yo quién da un paso hacia ella, haciendo que el espacio entre nosotros se haga prácticamente inexistente. El aire se vuelve más denso, más eléctrico.

—Tu golpeaste bajo primero.

—Eres imposible.

—Y tú eres un capullo insoportable.

—Podría despedirte por hablarme así.

—Pero no lo harás.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque disfrutas demasiado peleando conmigo.

Una risa ahogada escapa de mi garganta, llena de incredulidad.

—¿Qué disfruto? Me sacas de quicio, Aria. Me vuelves jodidamente loco. Cada vez que discutes conmigo y me desafías,

cada vez que te niegas a hacerme caso, solo consigues que quiera agarrarte y…

Mis palabras se quedan flotando en el aire unos segundos antes de caer disparadas hacia el suelo como una losa pesada. Mi mirada y la de Aria conectan, se entrelazan, mientras mi pecho sube y baja con esfuerzo, a causa de algo que no solo es frustración.

Es otra cosa. Algo denso, eléctrico, que llena cada rincón del despacho y nos envuelve como un campo magnético imposible de romper.

Su piel está encendida.

La mía también.

Y en ese momento lo sé.

No hay marcha atrás.

El aire se espesa aún más. La tensión es insoportable. Y entonces, sin que ninguno de los dos lo piense demasiado, damos un paso adelante al mismo tiempo. Ni siquiera sé quién se está acercando a quién cuando nuestros labios chocan en un beso desesperado. Un beso de bocas abiertas, hambrientas, cuyas lenguas se buscan con urgencia.

Me empalmo casi al instante.

No puedo evitarlo. Llevo demasiado tiempo pensando en cómo se sentiría haciendo esto. Y mierda, se siente bien, demasiado bien.

La lengua de Aria y la mía se rozan en una batalla, provocándose, desafiándose, como si ninguno de los dos estuviera dispuesto a ceder primero.

Mis manos recorren su cintura, aferrándola con fuerza, acercándola aún más, hasta que no queda ni un maldito milímetro de distancia entre nosotros. Las manos de Aria suben y bajan por mi espalda, se enredan en mi cabello, y tiran de él con un punto de desesperación que me hace gruñir contra su boca.

Dios, no es un simple beso. Nos estamos devorando. Como si lleváramos tiempo reprimiéndonos. Como si lleváramos tiempo conteniéndonos y por fin hubiéramos decidido dejarlo estallar.

Y la cosa no se queda aquí. Va más lejos.

Aria se mueve contra mí, despacio al principio, con una fricción sutil que podría haber pasado desapercibida si no fuera porque estoy demasiado duro y lo siento en cada maldito nervio de mi cuerpo.

Mientras nuestras lenguas siguen enredadas, sus caderas presionan contra las mías, y su sexo se restriega lentamente contra mi erección, en un roce lento y tortuoso que me deja sin aliento.

Sabe lo que está haciendo.

Sabe lo que me provoca.

Y joder, si cree que voy a dejar que juegue sola, está muy equivocada.

Mis manos bajan hasta su culo y la agarro con fuerza, levantándola lo justo para colocarla donde quiero, justo en el centro de mi erección.

Aria ahoga un jadeo contra mi boca.

—Joder, Aria… —gruño contra sus labios, con la respiración agitada—. ¿Por qué me vuelves tan loco?

Ella no responde. Solo se mueve otra vez, haciendo girar sus caderas en circulo para restregarse contra mí. Desafiándome.

Y cada vez estoy más duro. Cada vez tengo más ganas de terminar con esta tortura de la forma más placentera posible.

Entonces recuerdo su tobillo. No debería estar forzándolo.

Con más autocontrol del que creía tener, la sujeto por la cintura y la empujo con suavidad hasta el respaldo del sofá, obligándola a apoyarse en la parte superior, con el trasero descansando sobre el borde mientras su pie lesionado queda libre de presión.

Aria jadea contra mi boca, pero no protesta.

Al contrario.

Tira de mi pelo, obligándome a seguir con el beso mientras yo me acomodo entre sus piernas, encajándome en el hueco perfecto que ha creado para mí.

Y ahí se acaba lo poco que me quedaba de control.

Mi boca deja la suya para recorrer su mandíbula, su cuello, mientras mis manos exploran su cuerpo sin prisa, pero sin pausa.

Aria arquea la espalda, clava los dedos en mi nuca y gime, en un sonido bajo y entrecortado que me recorre la piel como una descarga.

Dios… ese maldito sonido, podría volverme adicto a él. Podría escucharla gemir así el resto de mi vida y no sería suficiente.

Mis labios descienden hasta la curva de sus pechos, mientras mis dedos se hunden en sus caderas, guiándola para que se siga moviendo contra mí.

Y lo hace.

Joder, lo hace.

Se mueve despacio, y la fricción se vuelve insoportable.

Y, entonces, de repente, se detiene.

Antes de que pueda procesarlo, sus manos, que hace un segundo me aferraban con desesperación, se apoyan contra mi pecho y me empujan hacia atrás.

Parpadeo, aturdido, con la cabeza embotada por la adrenalina y el deseo.

—Aria… —mi voz suena enroquecida.

Ella cierra los ojos un instante, exhala despacio y luego me mira, negando con la cabeza.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta, con un hilo de voz—. Esto no está bien. ¿Qué pretendemos? ¿Provocar un nuevo escándalo?

La realidad me golpea como un puñetazo en el estómago.

Mierda, tiene razón. Me aparto de ella, frotando mi frente con las manos mientras intento recobrar el control.

¿En qué demonios estaba pensando?

Por suerte, las paredes de mi despacho no son acristaladas y nadie ha podido vernos, pero si alguien hubiera entrado, le habríamos dado motivos suficientes para creer que el correo anónimo estaba en lo cierto.

—Joder, es verdad, esto ha sido una imprudencia —admito al fin, aunque me cuesta horrores decirlo.

Aria se incorpora, alisándose la ropa con las manos.

—Será mejor que me vaya.

Algo en mi pecho se aprieta.

—Aria…

—Voy a hacerte caso. Me iré a casa. Necesito aclarar mis ideas.

Sus palabras deberían tranquilizarme. Después de todo, era lo que le estaba pidiendo hace un momento.

Pero lo único que siento ahora es que está huyendo.

Está huyendo de mí.

Cuando se aleja, mis ojos se detienen en sus labios hinchados por nuestros besos, en sus mejillas aún sonrojadas, en la respiración agitada que delata lo mucho que esto nos ha afectado a los dos.

Y, aun así, la dejo ir.

Capítulo 20

Aria

Técnicas de escapismo. Eso es lo que aplico los días posteriores al beso.

¿En qué consisten? Fácil:

1) Llegar a la oficina más temprano, cuando aún no hay mucha gente. Con el espacio despejado, es más fácil evitar cualquier encontronazo con Leo.

2) Salir tarde, cuando los pasillos están casi vacíos y el riesgo de cruzarme con Leo es mínimo.

3) Durante las reuniones, mantener la vista en mi portátil, en mis notas, en cualquier cosa que me impida mirarle directamente.

Y sí, ya he llegado a extremos ridículos.

El otro día lo vi cruzar un pasillo de lejos y, sin pensarlo, me escondí detrás del ficus de recepción. Sí, me escondí detrás de un maldito ficus. Eso es lo que ha conseguido Leo Campbell: que me rebaje a nivel de planta decorativa con tal de no enfrentarme a lo que pasó en su despacho.

Y no es que Leo no haya intentado hablar conmigo. Le he visto buscándome con la mirada en las reuniones, acercándose a mi escritorio, como si estuviera esperando el momento adecuado para decir algo. Pero yo no se lo he puesto fácil.

Cada vez que lo veo venir, me las ingenio para desaparecer.

Que si justo tengo que ir al baño. Que si necesito hacer una llamada urgente. Que si, de repente, tengo un interés insano por revisar documentos en la impresora. Cualquier cosa con tal de evitar esa conversación.

Suficiente tengo con soportar las miradas de mis compañeros, fingiendo que no noto los cuchicheos, las risitas contenidas y las miradas rápidas que se clavan en mi espalda cada vez que entro en una sala. No necesito añadir a Leo a la ecuación.

Solo Philippe se ha acercado a hablar conmigo.

—¿Cómo estás? —me preguntó el primer día después del escándalo, mientras intentaba sacar café de la máquina.

Me limité a encogerme de hombros.

—Sobreviviendo.

Philippe suspiró y puso una mano en mi hombro.

—Para lo que necesites, aquí estoy. Y no te preocupes, algunos de nosotros confiamos en ti.

Su intención era buena, lo sé. Pero la palabra «algunos» se me quedó clavada en la piel, porque si «algunos» confiaban en mí, significaba que otros no. Y esa idea, por más que intento ignorarla, me carcome por dentro.

Sé que Leo ha dado orden a Recursos Humanos para que inicien la investigación interna, porque me llamaron el miércoles para explicarles todo lo que ha pasado, pero dudo que sirva de algo.

No creo que quien haya hecho esto sea tan estúpido como para dejar un rastro difícil de seguir. No creo que Abby sea el tipo de persona que hace algo así sin guardarse las espaldas.

Si ha sido ella, y todo en mi interior me dice que lo ha sido, seguro que ha encontrado la forma de cubrirse.

Hoy, por suerte, es sábado, lo que significa que puedo darme un respiro del desastre en el que se ha convertido mi vida. El plan es simple pero perfecto: comida china, manta, sofá y la visita de Ellie con Gigi esta tarde. Ah, y también de Mike. Trevor y Rhys se han ido a ver un partido de béisbol, y como a él no le apetecía unirse a su plan, le he propuesto que se sume al nuestro.

No tengo muchas ganas de socializar, pero sé que estar con ellos me ayudará a despejar la mente, o al menos a distraerme un rato de todo lo que está pasando.

Así que, a las siete, mi casa empieza a llenarse de gente.

Ellie llega primero, con una botella de vino en una mano.

—He traído refuerzos. Si vamos a hablar de dramas que no sean coreanos, mejor lo hacemos con un poco de alcohol en el cuerpo. Al menos vosotros, que yo solo puedo olerlo por la lactancia.

—Eres un ángel —murmuro, cogiéndola de inmediato y dirigiéndome a la cocina para sacar las copas—. ¿Con quién está Hana?

—Con mi madre. Ha venido a pasar unos días en casa y está como loca con su nieta.

Mientras sirvo el vino, la puerta vuelve a sonar. Esta vez es Gigi, que entra con su energía habitual y un enorme catálogo en las

manos.

—Ya ha salido el catálogo primavera-verano de los Grandes Almacenes Archibald. Os lo traigo recién salido del horno.

Antes de que pueda decir nada, Ellie suelta un gritito y lo coge al vuelo.

Gigi es directiva de unos grandes almacenes dedicados al lujo, lo que significa que Ellie puede permitirse todo lo que quiera de ahí, pero yo no. Porque, a diferencia de mi amiga, que es una escritora superventas y está casada con un multimillonario, mi presupuesto solo me da para mirar, suspirar y, con suerte, darme algún capricho puntual.

Aun así, eso no impide que me encante hojear sus catálogos y soñar con un armario digno de la alta sociedad.

—Por cierto, Ellie —dice Gigi con una sonrisa satisfecha mientras se deja caer en el sofá—, a petición tuya, vamos a traer esa nueva línea de productos de belleza coreana que me pediste.

Ellie deja de pasar las páginas y la mira boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que podré comprar mis cremas favoritas sin tener que pedirlas a Corea y esperar tres semanas a que lleguen?

—Exactamente.

Ellie chilla, deja el catálogo a un lado y le planta un beso sonoro en la mejilla.

—Te quiero.

—Lo sé —responde Gigi con suficiencia mientras se acomoda en el sofá—. Ahora dime que no soy la mejor.

—Eres la mejor —admite Ellie, volviendo a sumergirse en el catálogo como si fuera un tesoro.

La puerta vuelve a sonar.

Mike aparece en el umbral con una caja de cartón en las manos y expresión relajada.

Mi primera impresión al verlo es que parece sacado de un catálogo de ropa, con sus vaqueros perfectamente ajustados, su camisa blanca arremangada y el pelo rubio perfectamente peinado hacia un lado.

Realmente ya es todo un hombre. Un hombre al que apetece mucho mirar, siendo honestas.

—He traído el postre —dice ofreciéndome la caja.

—Dime que lleva chocolate —ruega Ellie sin apartar la vista del catálogo, desde el sofá.

—Lo lleva. Es una tarta de chocolate con avellanas y ganache de café —responde, entrando en el salón tras de mí.

Gigi silba, aprobando la elección, y yo noto cómo Mike abre la boca con intención de seguir hablando, pero, en el último segundo, se detiene.

Hace unos años habría empezado a explicar el proceso de elaboración, desde la selección del cacao hasta la temperatura exacta a la que fundió la cobertura, pero con el tiempo ha aprendido

a contenerse porque sabe que la mayoría de la gente se abruma con sus explicaciones.

Lo cual es una lástima, porque sé lo mucho que le apasiona hablar de sus recetas.

Así que le doy el empujón que necesita.

—¿Cómo la hiciste? —pregunto con naturalidad mientras me acomodo en el sofá junto a mis amigas.

Mike parpadea, sorprendido, y una chispa de ilusión enciende su mirada al instante.

—Lo primero es el bizcocho —empieza, sentándose en el hueco libre del sofá junto a nosotras—. Lo hice con cacao puro y un toque de espresso para intensificar el sabor. El café no se nota como tal, pero potencia el chocolate y lo hace más intenso. Es química básica. Los compuestos del cacao y el café se complementan, así que juntos crean un efecto potenciador. Luego preparé un almíbar de avellanas para que quedara jugoso sin ser empalagoso. Caramelicé las avellanas y…

Mientras habla, Mike gesticula con las manos, completamente metido en la explicación. Y me encanta verlo así.

Con una sonrisa, me digo que esto es justo lo que necesitaba, algo sencillo que me permita olvidarme durante unas horas de todo.

***

—Aria Jane Ross —dice Ellie, señalándome con un dedo acusador y dejando al descubierto mi segundo nombre, lo que solo significa una cosa: está furiosa—, ¿estás diciendo que alguien en tu empresa envió correos masivos con una foto tuya insinuando que conseguiste el puesto por acostarte con Leo y no nos dijiste nada?

Vale, puede que olvidarme de todo no vaya a ser tan fácil.

Han pasado dos horas desde que llegaron. Hemos pedido comida china, y, en cuanto Ellie ha sugerido que nos acomodáramos en el sofá con unas mascarillas hidratantes que había traído mientras charlábamos sobre nuestras vidas, no he podido evitar soltarlo.

Y ahora está ahí, mirándome con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta y el rostro cubierto por una mascarilla coreana de arroz fermentado que supuestamente ilumina la piel y aporta paz interior, aunque claramente no está funcionando. Al menos, lo segundo. Percibo poca paz interior.

—No quería preocuparos. Además, ya han abierto una investigación interna en el trabajo.

—¿Sigues pensando que es Abby? —pregunta Ellie, entornando los ojos.

—¿Quién es Abby? —pregunta Gigi.

Hago un breve resumen de mi pasado con Abby a Gigi y Mike y ambos se escandalizan al instante.

—¿Y esa Abby te está haciendo *mobbing* ahora? —pregunta Gigi. Asiento. Porque a estas alturas ya no me quedan dudas. O muy pocas. Tiene que ser ella—. ¿Y qué opina Leo al respecto?

—Lo cierto es que… no le dije lo de Abby, no tengo pruebas. Además, se enfureció mucho. Según me han contado, después de que me fuera a casa ese día, lio una gorda en la oficina. Se reunió departamento por departamento dejando claro que no iba a tolerar ese tipo de ataques dentro de la empresa. Dijo que, cuando descubriera quién había sido, lo despediría de inmediato y se aseguraría de que su nombre quedara marcado en el sector, haciendo correr la voz a otras empresas para que nadie volviera a contratarle.

—Vaya, pues sí que le importas, ¿no? —interviene Ellie, con una sonrisilla.

—El mensaje no solo me implicaba a mí, también lo ponía en duda a él —intento argumentar, encogiéndome de hombros.

—¿Seguro que no lo hizo por ti? —insiste Ellie, mirándome con atención—. ¿Qué te dijo cuando hablasteis?

—Bueno… digamos que no fue una conversación tranquila. Quería que denunciara, yo me negué, discutimos y luego… —*No lo hagas*, me digo*, no les cuentes lo del beso*, pero mi voz decide hacer justo lo contrario—. Nos besamos.

Primero se hace el silencio. Uno denso, cargado de incredulidad. Pero, un segundo después, los tres empiezan a hablar a la vez. Soy incapaz de entender lo que dicen y el caos es inmediato.

La escena sería bastante cómica si no fuera porque yo soy el centro del escándalo.

Si sumamos a todo esto que los cuatro llevamos mascarillas faciales —Ellie con la suya de arroz fermentado, Gigi con una dorada de colágeno, Mike, que se ha dejado convencer y lleva una transparente que parece baba de caracol y yo una de té verde— y

que Ellie gesticula exageradamente con el catálogo de los Grandes Almacenes Archibald en la mano, la situación roza lo surrealista.

—¡Parad, por favor! —ruego, levantando las manos—. Uno a la vez.

—Vale —dice Ellie, respirando hondo como si intentara calmarse —. Empieza desde el principio.

Me hundo en el sofá sin ganas de hablar de ello, sin ganas de pensar en el beso, sin ganas de traerlo de vuelta. Llevo toda la semana manteniéndome ocupada, llenando mi mente de cualquier cosa que me ayude a evitar revivirlo, porque cada vez que lo hago, empiezo a sentir de nuevo lo que pasó. Cómo mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera procesarlo. Cómo mi piel ardió bajo sus manos. Cómo me dejé llevar sin pensarlo, sin miedo, sin reservas, como si fuese lo más natural del mundo.

Y joder, eso es lo que más me irrita. No poder contener la avalancha de emociones que me atraviesan cuando pienso en él.

—Solo ocurrió —murmuro, con la vista fija en un punto indefinido de la pared de enfrente—. Estábamos discutiendo y de pronto, no sé, una cosa llevó a la otra.

—O sea que pasasteis de gritaros a comeros la boca —traduce Gigi.

—Algo así —admito.

—¿Ese Leo es el hombre con el que finges una relación, no? —recuerda Mike, rascándose la barbilla—. ¿Veis? Lo sabía. Es un patrón que se repite. Enamoraros es vuestro destino —sentencia, provocándome un escalofrío.

Me niego. No puedo enamorarme de Leo Campbell. Eso es algo que no me puedo permitir.

—Solo fue un beso —insisto.

Gigi esboza una sonrisa maliciosa.

—¿Pero qué tipo de beso fue? ¿Tipo «ups, qué error, esto nunca debió pasar» o tipo «si no estuviéramos en la oficina te arrancaría las bragas y te follaría contra la pared»?

Casi escupo el sorbo de vino que acabo de beber.

—¡Gigi! —exclama Ellie, aguantándose la risa.

—¿Qué? Es una pregunta legítima. No todos los besos son iguales. Hay veces que Rhys me besa lento, suave, como si quisiera saborearme, y otras en las que me acorrala contra la encimera y me…

—¡Basta! —Mike levanta una mano y cierra los ojos con fuerza —. No necesito detalles de mi hermano, gracias.

Gigi sonríe con diversión.

—¿Seguro? Podría contarte lo que hizo ayer por la noche con…

—Voy a necesitar una lobotomía.

Ellie suelta una carcajada y yo aprovecho el momento para hundirme más en el sofá, con la esperanza de que se olviden de mi beso con Leo.

—Volviendo al beso. —Por supuesto, Gigi no va a dejarlo pasar —. No has respondido, ¿qué tipo de beso fue?

—Y no voy a responder. No voy a hablar más de esto. Solo fue un beso. Un maldito beso que no volverá a suceder porque Leo es mi jefe, el hombre que me está extorsionando para fingir una relación con él y, además, un capullo arrogante que me saca de quicio. Fin de la historia.

No sé si ha sido mi tono seco o mi mirada impenetrable, pero sea como sea, Gigi no insiste, Ellie no hace más preguntas y, tras echar un vistazo al reloj, declara que ya han pasado los quince minutos que deben actuar las mascarillas.

Entre una cosa y otra, nos levantamos para enjuagarnos la cara, cortamos la tarta de chocolate y dejamos el tema atrás. Aunque… que no lo mencionemos en voz alta no significa que se haya ido del todo. Al menos, no para mí.

Porque hablar de esto ha abierto la caja de Pandora, esa que llevo cerrada desde entonces. Esa que no quería tocar porque sabía que, en el momento en que lo hiciera, saldrían demasiadas preguntas a la superficie.

Y ahora están ahí, dando vueltas en mi cabeza, sin dejarme respirar.

Porque es obvio que fue ese segundo tipo de beso. Del tipo «si no estuviéramos en la oficina te arrancaría las bragas y te follaría contra la pared».

Y es que… si no lo hubiera parado, si no hubiera tenido ese segundo de lucidez mental que me hizo reaccionar, no estoy segura de hasta dónde habríamos llegado.

¿Lo peor de todo?

Que me gustó. Mucho. Demasiado.

Más que cualquier otro beso que me hayan dado en mi vida.

Y me puso tan caliente que, en cuanto llegué a casa tardé menos de cinco segundos antes de sacar mi Satisfyer, deslizarlo entre mis piernas y correrme pensando en él.

En su boca.

En sus manos recorriéndome.

En cómo se sentía tenerlo tan pegado a mí.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentando borrar esos recuerdos de mi cabeza, pero es inútil.

Porque Mike podría tener razón: ¿y si he caído en el maldito patrón?

¿Y si, sin darme cuenta, estoy destinada a enamorarme de Leo?

Capítulo 21

Leo

Aria piensa que soy tonto y que no me doy cuenta de que me está evitando, como si no la hubiera visto esconderse detrás del ficus de recepción aquella ocasión o buscar excusas para desaparecer cada vez que entro en una sala.

Incluso se las ingenió para no aparecer en mi despacho cuando le pedí que revisáramos unos informes sobre la nueva estrategia de marketing digital. En su lugar, mandó a Philippe, y cuando le pregunté por el chat interno por qué cojones no había venido ella, respondió con una excusa barata sobre que estaba «en mitad de otra tarea urgente» y que Philippe podía explicarlo igual de bien.

Lo dejé pasar. Le di tiempo. Le di margen.

Porque entiendo que lo ocurrido entre nosotros en mi despacho el otro día pueda resultar confuso, abrumador y difícil de asimilar.

Nos besamos. Y no fue un beso cualquiera. Fue intenso, inesperado y dejó claro que lo que hay entre nosotros lleva demasiado tiempo ardiendo bajo la superficie.

Todavía puedo sentirlo cuando cierro los ojos. La forma en la que su cuerpo encajaba con el mío. Su lengua batallando contra la mía con necesidad.

Así que entiendo que necesitara tiempo para procesarlo.

Pero ya ha pasado una semana.

Y no puedo permitir que este tema siga interfiriendo en el trabajo.

Y no solo en el trabajo.

No puedo permitir que este tema siga interfiriendo entre nosotros, porque yo ya lo tengo claro.

Aria me gusta. Mucho. Demasiado. Y no pienso dejar que su absurda necesidad de evitarme arruine todo.

Se acabó el margen.

Así que aquí estoy, frente a su casa, esperando que aparezca de un momento a otro. Su horario laboral terminó hace rato, y preferí esperarla aquí en lugar de la oficina para no alimentar aún más los rumores que circulan sobre nosotros.

Es verdad que besarla en mi despacho no fue lo más inteligente por mi parte.

Pero eso no significa que no vaya a volver a besarla.

Solo que esta vez, me aseguraré de hacerlo en un lugar donde nadie pueda vernos.

Llevo dos horas frente a su portal y empiezo a pensar que quizás haya quedado con alguien y que tendré que volver a intentarlo otro día, cuando la veo de lejos. Pero… no viene sola. Viene acompañada de un chico joven, rubio, alto y, para mi desgracia, demasiado guapo.

Frunzo el ceño al instante, y entonces ella me ve.

Noto cómo se crispa.

Camina con más lentitud, y cuando se detiene frente a mí, toda ella grita «mierda» sin necesidad de abrir la boca.

—Leo, ¿qué haces aquí?

El chico que la acompaña me mira con curiosidad. Hay demasiada tranquilidad en su expresión, como si no percibiera la evidente tormenta que hay entre Aria y yo.

¿Quién es?

¿Un ligue?

¿No es demasiado joven para ella?

¿Le van los yogurines?

—Hola, Aria. Yo también me alegro de verte.

—No tengo tiempo para ti, tengo planes.

Alzo una ceja.

—¿Con él? —señalo al chico con desdén.

Aria cruza los brazos.

—Pues sí. Íbamos a cocinar juntos. Va a enseñarme a hacer bulgogi.

Aprieto la mandíbula, viendo el doble significado de sus palabras de inmediato.

—Vaya, qué forma más elegante de decir que vais a… —Me inclino un poco hacia el chico y le dedico una sonrisa ladeada—. Bueno, ya sabes. Practicar anatomía sin manual de instrucciones.

Aria suelta un resoplido de exasperación justo cuando el chico, con expresión completamente neutra, responde:

—¿Por qué íbamos a practicar anatomía sin un manual de instrucciones? ¿Qué sentido tiene eso? Ninguno. Además, la anatomía no me interesa. Me interesa la cocina y vamos a cocinar bulgogi.

Parpadeo.

Él parpadea de vuelta.

Antes de que pueda añadir nada más, Aria se me adelanta.

—Se refiere a sexo, Mike. Este capullo está insinuando que te he traído a mi casa para llevarte a la cama.

—Oh. —Mike se queda en silencio un segundo, parpadeando lentamente. Luego frunce el ceño y me mira con confusión—. Pero ¿qué tiene que ver el sexo con el bulgogi? Además, Aria no me gusta de ese modo. No es mi tipo. Es como una hermana para mí.

Aria se lleva una mano a la cara, dejando escapar un suspiro largo y pesado.

—Gracias, Mike. Me alegra saber que no soy tu tipo —murmura con ironía.

—De nada —responde él con total seriedad.

Y ahí es cuando no puedo evitarlo más. Me río.

Aria me lanza una mirada asesina, pero no hago el menor esfuerzo por contenerme. Se lo ha ganado.

Aún con una sonrisa en los labios, me giro hacia Mike y le doy una palmadita en el hombro.

—Tranquilo, tío, porque sí es mi tipo. Así que, lo más lógico es que sea yo quién le enseñe a hacer bulgogi.

Antes de que Aria pueda protestar, la sujeto por la muñeca y la arrastro dentro del edificio, cerrando la puerta tras nosotros. Qué conveniente que alguien la hubiera dejado entornada.

—¡Leo! —exclama, forcejeando para soltarse.

Le dedico una sonrisa divertida.

—¿Qué? Se me da bien el bulgogi.

Resopla con frustración, me fulmina con la mirada y, sin decir nada más, abre la puerta y sale de nuevo.

Cruzo los brazos y espero.

Un minuto después, vuelve a entrar y me mira con expresión seria.

—Ya me he disculpado con Mike. Quedaremos otro día. Ahora subamos a hablar porque no pienso hacerlo en la escalera.

—Muy simpático tu chico —comento mientras la sigo hacia el ascensor—. Y muy sincero.

—Sí, lo es —admite, pulsando el botón—. Está dentro del espectro autista, no es muy hábil con las segundas intenciones ni leyendo las intenciones de la gente.

Asiento lentamente.

—Eso explica muchas cosas.

Subimos en el ascensor en silencio, y seguimos igual hasta que entramos en su piso.

El lugar es acogedor, con muebles en tonos neutros, algunas estanterías llenas de libros y una manta doblada sobre el sofá. No es excesivamente grande, pero se nota que es su espacio, que cada cosa ahí tiene un propósito.

—¿Vives sola? —pregunto, echando un vistazo a su alrededor.

—Sí. Hace unos años compartía piso con mi mejor amiga, pero ahora vivo sola —responde mientras deja su bolso en la mesa y se gira para mirarme—. ¿Qué haces aquí, Leo?

—¿Enseñarte a cocinar bulgogi?

Aria entrecierra los ojos y cruza los brazos.

—Leo…

—Vale, está bien. Quería hablar contigo, Aria. Detesto que me evites en la oficina. Esto no puede seguir así.

Aria coge aire y lo deja ir despacio. Para mi sorpresa, en lugar de ponerse a la defensiva o soltar alguna excusa, asiente.

—Lo sé, tienes razón. Ha sido poco profesional por mi parte. Y un tanto inmaduro.

Eso sí que no me lo esperaba. Aria dándome la razón. Debería grabarlo, es memorable.

—¿Quieres beber algo? —pregunta mientras se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de una silla.

—No, gracias.

Me acompaña al sofá y nos sentamos, ella con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre su regazo, como si estuviera preparándose para una conversación incómoda, yo , en cambio, me recuesto ligeramente, observándola con curiosidad. No puedo evitar notar la tensión en sus hombros y la forma en la que aprieta los dedos contra su falda.

—Mira, Leo… siento mucho haberte estado evitando, pero tienes que entender que la situación no es fácil para mí. Todo el mundo habla a mis espaldas, me juzga, cuestiona cómo conseguí este trabajo, y es humillante. Y por si eso fuera poco, nos besamos en tu despacho, como si estuviéramos dándoles la razón.

Frunzo el ceño.

—Ese beso no le da la razón a nadie, Aria. Ni siquiera participé en tu proceso de selección, estaba fuera del país cuando te contrataron. Y lo sabes. Ese beso no fue una prueba de nada, fue… otra cosa. El desenlace inevitable a lo que hace tiempo que nos pasa.

—¿Y qué nos pasa? —pregunta con voz baja.

Me río sin humor, pasando una mano por mi mandíbula.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? ¿Necesitas también que te haga un maldito croquis? ¿Con dibujitos y todo?

—Leo…

—No, Leo, no, Aria. —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía, pero no me detengo—. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Porque me niego a pensar que soy el único que siente algo, ¿o me equivoco?

—Pero esto no está bien, eres mi jefe y, además, me obligaste a fingir una relación contigo.

Su voz no suena enfadada, sino más bien frustrada, como si intentara convencerse a sí misma más que a mí.

—Bueno, puede que ese no fuera mi mejor momento, lo admito, pero no me arrepiento. Porque gracias a eso hemos pasado tiempo juntos.

—¿Llamas a pasar tiempo juntos a torturarme con un documental sobre tu vida?

—Confiesa que eso te gustó.

—Prefiero hacerme un empaste sin anestesia.

—No mientas, aprendiste mucho.

—Sí, aprendí que eres aún más egocéntrico de lo que pensaba.

Me río, porque no lo niega del todo.

—Sea como sea, hay algo que tengo claro. Si el otro día no hubiéramos estado en mi despacho, nada nos habría impedido seguir.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Te frotaste contra mí, cielo. Estoy seguro de que no te habrías resistido si hubiera llevado las cosas un poco más lejos.

Sus mejillas se tiñen de rojo al instante, pero mantiene la cabeza alta, con altivez.

—Vete a la mierda, Leo.

—Estás coladita por mí, Aria. Y sé que te mueres por volver a besarme. Por eso llevas días escondiéndote. Porque sabes que, si no te andas con cuidado, va a volver a pasar.

—No me estoy escondiendo.

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo llamas a lo de usar a Philippe como escudo humano o lo de esconderte detrás de un maldito ficus?

Su cabeza se levanta de golpe con los ojos entrecerrados.

—¿Me viste?

Sonrío con suficiencia.

—Claro que te vi. Fue adorable que pensaras que una planta podría ocultarte.

Aria deja escapar un suspiro largo.

—De acuerdo. Tal vez sí me estaba escondiendo un poco. Pero no es porque tema volver a besarte, Leo Campbell, no eres tan irresistible como crees.

—Siento no poder decir lo mismo. Porque me gustas demasiado, Aria. Desde que he puesto un pie en tu casa, no he pensado en otra cosa que en volver a besarte. Joder, ¿qué me has hecho? ¿Por qué cojones te deseo tanto?

El silencio que sigue es denso, cargado, casi insoportable. Los ojos de Aria se clavan en los míos en una mirada que se prolonga demasiado, hasta que la rompe, pasándose una mano por el pelo, visiblemente alterada.

—Maldita sea, Leo, ¿por qué tienes que decirme ese tipo de cosas?

—Porque es la verdad.

—Pues guárdatela —replica, fulminándome con la mirada—. No necesito que me lo pongas más difícil.

Alzo una ceja, divertido.

—¿Más difícil? Así que admites que también me deseas.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces deja que te lo ponga más difícil, todavía, mi chica testaruda —digo acercándome tanto a ella que no existe distancia entre nosotros—. ¿Te cuento un secreto? Desde que nos besamos, no ha pasado un solo maldito segundo en el que no piense en ti. En cómo nuestras lenguas se desafiaban, en la forma en que tus caderas se movían contra las mías, en lo cerca que estuve de perder el control y tomarte ahí mismo. ¿Sabes cuántas veces me he corrido

imaginando tu boca, tu piel, el sonido de tu respiración entrecortada? Joder, Aria… Debería ser ilegal ponerme tan cachondo.

Su respiración se vuelve errática. Su pecho sube y baja con un ritmo desacompasado. Sus ojos oscilan entre mi boca y mis ojos, como si intentara decidir si me odia o si me desea.

—Eres un maldito imbécil… —susurra, pero su voz tiembla, traicionándola.

Sonrío de lado.

—Un maldito imbécil que se muere por ti.

Ella aprieta los labios, con las manos crispadas sobre su regazo y el cuerpo tenso como un resorte. La veo debatirse consigo misma, en una batalla interna que termina con un gruñido frustrado escapando de su garganta justo antes de agarrarme el cuello de su camisa y arrastrarme hacia ella.

No me da tiempo a procesarlo antes de que suceda.

Solo siento su boca encajar sobre la mía, caliente, ansiosa, como si hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo.

Y joder, eso se siente como tocar el puto cielo.

Su lengua roza la mía, urgente, desesperada, y mi cerebro se apaga. Solo existen sus labios, su aliento mezclándose con el mío, sus dedos aferrándose a mi camisa como si soltarme no fuera una opción.

Gruño contra su boca y la sujeto por la cintura, pegándola a mí con tanta fuerza que apenas hay espacio para respirar. No quiero espacio. No quiero aire. Solo la quiero a ella.

Capítulo 22

Aria

Besar a Leo se siente tan bien que todo lo demás deja de importar. Los mensajes, el correo masivo, los cuchicheos del trabajo pasan a un segundo plano, porque su boca en la mía lo eclipsa todo.

Ya lo he decidido. No pienso seguir escapando de Leo ni de lo que siento por él.

No hay vuelta atrás. Esto es lo que quiero y voy a tomarlo.

Le muerdo el labio inferior, tirando de él antes de hundirme otra vez en su boca, besándolo más profundo, más desesperada. Nuestras lenguas se entrelazan en una batalla caliente y húmeda, rozándose, desafiándose, luchando por el control.

Leo gruñe contra mis labios y me aferra con fuerza, apretándome contra su cuerpo. Lo siento en todas partes.

Y aun así, no tengo suficiente.

Sin dejar de besarlo, sin darle un respiro, me acomodo sobre él, montándolo sin pensarlo, con las rodillas a lado y lado de su cuerpo.

Gime contra mi boca cuando me asiento sobre su erección y el contacto directo contra mi sexo me arranca un escalofrío. Empiezo a moverme sobre él, y el roce se siente delicioso.

Su lengua sigue enredada con la mía, moviéndose al mismo ritmo en el que empiezo a frotarme contra él. Lento. Profundo.

Arrollador.

Sus manos recorren mi espalda con urgencia, deslizándose hasta los botones de mi blusa. Tira de ellos sin delicadeza, y el sonido de la tela cediendo se mezcla con nuestras respiraciones entrecortadas.

Los botones caen a nuestro alrededor, rebotando contra el suelo, pero ni él ni yo les prestamos atención.

No podemos.

Porque su boca sigue atrapando la mía con la misma hambre feroz, porque sus manos deslizan la tela por mis hombros, arrancándomela con desesperación, porque mi piel se eriza bajo su tacto y yo solo quiero más.

Me froto contra él con más ímpetu, presionando mi centro contra su erección aún atrapada en la tela, buscando más fricción, más contacto, más todo.

Leo deja escapar un nuevo gruñido. Su boca abandona la mía solo para arrastrarse por mi mandíbula y mi cuello, mientras sus dedos exploran mi piel desnuda con la misma intensidad con la que me besa.

Sus labios bajan dejando un rastro ardiente a su paso, hasta detenerse justo por encima de la línea de mi sujetador.

Mi respiración se entrecorta.

Sus manos ascienden por mi torso, deslizándose con una lentitud exasperante hasta que sus pulgares rozan mis pezones sobre la tela. Un roce ligero, provocador. Apenas una caricia, pero lo suficiente para hacerme jadear.

—Dios… —murmura contra mi piel, mientras sigue acariciándolos con suaves círculos—. Me encantan tus pechos.

Su voz suena ronca, cargada de deseo, y juro que podría correrme solo con escucharlo.

Antes de que pueda decir nada, sus hábiles dedos alcanzan el cierre de mi sujetador y, con una facilidad insultante, me lo quita.

El aire frío roza mi piel justo antes de que su boca caliente lo reemplace.

Gimo cuando su lengua rodea un pezón, cuando sus labios lo atrapan, cuando succiona con la mezcla perfecta de firmeza y devoción.

Una de sus manos sube para masajear el otro, acariciándolo, pellizcándolo con la precisión exacta entre placer y tortura, mientras su boca se entrega al primero, lamiendo, mordiendo, devorando como si quisiera memorizarme con la lengua.

Me arqueo contra él, buscando más contacto, porque la forma en la que me está tocando me enciende de una manera absurda.

—Leo… —jadeo, enredando mis dedos en su pelo y tirando con fuerza.

Él gruñe, su aliento caliente roza mi piel, y vuelve a chupar, esta vez más fuerte, enviando una descarga de placer que conecta con mi sexo.

Ahora es mi turno. Lo empujo con suavidad para que acomode la espalda en el respaldo del sofá y mis manos bajan hasta su americana y tiro de ella, deslizándola por sus brazos hasta

quitársela. La dejo caer al suelo sin importarme nada más que la necesidad urgente de sentir su piel.

Luego voy a por su camisa. Desabrocho los primeros botones con dedos ansiosos, pero pierdo la paciencia y termino tirando de la tela, deslizándola por sus hombros hasta dejar su torso al descubierto.

Dios…

Mis ojos recorren su piel dorada, sus abdominales marcados, la ligera sombra de vello que desaparece bajo el borde de sus pantalones. Es una maldita obra de arte.

No pienso desaprovechar la oportunidad de explorarlo.

Me inclino y dejo un beso justo en el centro de su pecho antes de arrastrar la lengua sobre su piel caliente, saboreándolo, dejando un camino de besos húmedos y suaves mordiscos que lo hacen gruñir.

—Joder, Aria… —su voz suena rasposa, llena de deseo.

Le gusta.

Perfecto.

Sigo bajando, besando su abdomen, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mi boca, disfrutando del poder que tengo sobre él.

Pero antes de que pueda continuar, sus manos me sujetan por la cintura y me empujan con suavidad hasta dejarme sentada sobre el sofá, a su lado.

—Si sigues calentándome así me correré en los pantalones cómo un puto adolescente. Y de eso nada, cielo. Quiero hacerte temblar primero —murmura con una sonrisa depredadora.

Se sienta de rodillas frente a mí y su mirada se oscurece cuando sus dedos desabrochan mi pantalón. Con una lentitud insoportable, lo desliza por mis piernas hasta quitármelo por completo.

Estoy completamente expuesta ante él, pero en lugar de sentirme vulnerable, me siento poderosa. Porque la forma en la que me mira me hace sentir como si fuera lo único que ha deseado en su vida. Como si fuera única. Como si fuera especial.

Entonces, desliza las manos por el interior de mis muslos con una calma exasperante.

—Relájate, preciosa —murmura con voz grave.

Mis piernas se estremecen cuando su boca se posa en mi piel y empieza a ascender, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos suaves por el interior de mis muslos. Cada roce me hace arquear la espalda, cada caricia me deja más desesperada.

Pero el maldito no se da prisa.

Sigue besándome con sosiego. Su lengua se arrastra sobre mi piel, y asciende poco a poco hasta llegar al borde de mis bragas.

Su aliento cálido roza mi centro a través de la tela empapada, y mi cuerpo entero se tensa, anticipando lo que viene.

Gimo, frustrada.

La fricción es deliciosa, pero insuficiente. Me besa por encima de la tela, presionando justo donde más lo necesito, y trazando círculos

suaves sobre mi clítoris, provocando una corriente de placer que me recorre entera.

—Leo… —jadeo, hundiendo las manos en su pelo y tirando con fuerza—. Más.

Él se ríe contra mí y la vibración me hace estremecer.

Y entonces lo hace.

Sus dedos enganchan el elástico de mis bragas y, sin apartar la mirada de la mía, me las quita con un solo movimiento. Antes de que pueda procesarlo, su lengua me atrapa sin piedad.

Un gemido desgarrado escapa de mi garganta cuando su boca me devora, lamiéndome de arriba abajo, tomando su tiempo para saborearme, disfrutando del poder que tiene sobre mí.

Joder, sí. Esta vez lo tiene. Todo el poder del mundo.

Mueve la lengua en círculos, succiona mi clítoris con la presión perfecta y luego vuelve a lamerme con lentitud, como si quisiera volverme loca.

Mi cuerpo se retuerce bajo el suyo, mis caderas se elevan, buscando más, buscando su boca, buscando que me lleve al abismo.

—Más… —vuelvo a pedir, esta vez como un ruego.

Leo gruñe contra mí, y el sonido me atraviesa como una descarga.

Entonces, sus dedos se hunden en mi humedad, deslizándose con facilidad. Primero uno, luego otro.

Empuja dentro de mí con precisión, moviéndolos con un ritmo perfecto, presionando justo donde más lo necesito mientras su lengua sigue torturando mi clítoris.

Dios, sí.

No puedo más.

Mis gemidos se vuelven más agudos, mi respiración es errática, mi cuerpo se tensa por completo. Estoy a punto. Estoy tan cerca que duele.

Leo lo sabe, lo siente en la forma en que mi cuerpo se estremece, en la forma en que mis caderas se mueven desesperadas contra su boca y sus dedos.

—Joder, Aria… córrete para mí.

Y su voz, ronca, dominante, lo arrasa todo.

Un grito ahogado escapa de mi garganta cuando el orgasmo me sacude con fuerza, haciéndome arquear la espalda mientras el placer explota en oleadas intensas, devastadoras, dejándome completamente rendida a él.

Me dejo caer contra el sofá, intentando recuperar el aliento, con el corazón latiendo a toda velocidad.

Leo sigue entre mis piernas, con la mirada fija en mí, observándome con esos ojos oscuros llenos de deseo. Su respiración es pesada, su mandíbula tensa, y la erección bajo sus pantalones es imposible de ignorar.

Cuando mi cuerpo deja de temblar y consigo recuperar la compostura, sé exactamente lo que quiero hacer.

Sonrío con satisfacción, todavía jadeante, y tiro de él para que suba y quede sentado en el sofá en mi lugar.

—Ahora es mi turno de probarte —susurro contra su boca antes de bajar por su cuello, y dejarme caer de rodillas sobre el suelo.

Él gruñe bajo. Sus músculos se tensan cuando mis dedos recorren su abdomen y bajan hasta el cinturón.

—Aria… —murmura.

Desabrocho su pantalón con lentitud, disfrutando de cada reacción que arranco de su cuerpo, y cuando meto la mano dentro de su ropa interior y rodeo la polla con los dedos, su cabeza cae contra el respaldo con un gruñido ronco.

La tengo en mi mano, gruesa, dura y caliente. Es grande. Tanto que por un segundo me pregunto si de verdad va a caber en mi boca, pero la idea solo hace que lo desee aún más.

Me tomo mi tiempo, deslizando la mano lentamente de arriba a abajo, sintiendo cómo palpita bajo mi contacto.

—Vas a matarme… —jadea, con los nudillos blancos de tanto apretar un cojín.

Sonrío con satisfacción antes de inclinarme y lamerlo lentamente, desde la base hasta la punta, provocándolo, disfrutando del momento.

Leo gruñe y desliza una mano sobre mi cabello, sin forzar, solo guiándome, como si no quisiera perderse ni un solo instante de lo que estoy a punto de hacerle.

—Eres un puto sueño hecho realidad… —murmura, con la respiración entrecortada.

Finalmente, lo tomo en mi boca, sintiendo su tamaño llenándome mientras me hundo despacio, dejando que mi lengua se deslice por cada centímetro de su piel caliente.

Su reacción es inmediata.

Su cuerpo se tensa, su agarre en mi cabello se aprieta un poco más, y un gemido grave escapa de su garganta cuando empiezo a moverme, marcando un ritmo lento y provocador.

—Dios, Aria… —su voz suena rota, su respiración se vuelve más pesada—. Lo haces demasiado bien.

Sigo jugando con mi lengua, recorriéndolo con lentitud antes de tomarlo otra vez, aumentando el ritmo poco a poco, disfrutando de cada sonido que escapa de su boca. Sus músculos están rígidos, su control pendiendo de un hilo, y joder, saber que lo tengo así me vuelve loca.

—Si sigues así, no voy a durar nada —gruñe su voz grave y entrecortada.

Lo miro con una sonrisa traviesa antes de profundizar aún más, succionando con más fuerza, deslizándome hasta hacerlo maldecir de nuevo.

Pero de repente, sus manos me sujetan por los hombros y me apartan con urgencia.

—Para. —Su mirada está completamente oscurecida por el deseo, sus labios hinchados y su pecho sube y baja de manera descontrolada—. Quiero correrme dentro de ti —dice con voz grave,

dándose prisa en quitarse los pantalones por completo mientras me gira y me inclina contra el sofá.

Mi pulso se acelera aún más cuando oigo el envoltorio de un condón rasgarse detrás de mí.

—Joder, me encantas… —murmura, recorriendo mis nalgas con las manos antes de apretar mi cintura—. Llevo fantaseando con follarte así desde el primer día.

Mi piel se eriza con sus palabras, pero no tengo tiempo de reaccionar, porque en el siguiente segundo, se hunde dentro de mí de una sola embestida.

—Leo… —jadeo, agarrándome al respaldo del sofá cuando el placer me golpea de lleno.

Él gime detrás de mí, inclinándose hasta que su boca roza mi oído.

—Mi preciosa guerrera vikinga… eres tan jodidamente perfecta. Y estás tan apretada… ¿Sientes lo bien que encajamos?

Y, entonces, empieza a moverse. Duro, profundo, absolutamente devastador.

Cada vez que se hunde en mí, el placer me consume, me sacude, me destroza por dentro hasta dejarme sin aire. Leo gruñe contra mi cuello con las manos aferradas a mi cintura con fuerza, manteniéndome en su sitio mientras sigue follándome sin tregua.

Mi cuerpo responde instintivamente a cada movimiento suyo. Mis caderas se arquean hacia atrás, buscándolo.

—Más fuerte —jadeo, mientras las embestidas se intensifican.

Leo suelta una maldición entre dientes y su ritmo se vuelve implacable. Me folla con ganas, haciéndome sentir cada centímetro de su polla deslizándose dentro de mí.

—¿Así? —Su voz suena áspera, oscura.

—Sí.

Entonces, su mano se desliza entre mis piernas, desde detrás, y cuando sus dedos encuentran mi clítoris y empiezan a frotarlo con la misma intensidad con la que me está follando, un grito se ahoga en mi garganta.

—Joder, Leo…

Su risa ronca me roza la piel, haciendo que mi cuerpo entero se tense.

—Estás empapada —gruñe, jugando conmigo con movimientos rápidos y precisos, mientras sigue embistiéndome sin tregua—. Vas a correrte otra vez para mí, ¿verdad?

Solo puedo asentir, perdida en el placer, entregada por completo a lo que me hace sentir.

—Pues hazlo —gruñe contra mi oído, frotándome más rápido, embistiéndome más fuerte—. Córrete, Aria.

Su orden lo desata todo.

Un grito ahogado escapa de mi garganta cuando el orgasmo me sacude con violencia. Mi cuerpo se arquea, mis músculos se tensan, mi boca se abre en un gemido silencioso mientras el placer explota dentro de mí en oleadas intensas e imparables.

Leo no se detiene. Sigue follándome a través del orgasmo, alargando cada sacudida hasta que mi cuerpo se derrumba contra el sofá.

Pero eso no es todo.

Con un gruñido, me agarra de la cintura y, en un solo movimiento, me levanta del sofá.

—No he acabado contigo, preciosa —susurra contra mi boca antes de cargarme en volandas.

Mis piernas se enredan instintivamente en su cintura, mis brazos alrededor de su cuello, y cuando mi espalda choca contra la pared más cercana, mi pulso se dispara de nuevo.

Su erección sigue dentro de mí, dura, caliente, palpitante.

—Dios… —jadeo, sintiendo cómo me llena aún más en esta posición.

Leo atrapa mi boca en un beso feroz. Su lengua se desliza entre mis labios con la misma hambre con la que empieza a follarme de nuevo, dominante y desesperado.

Mi cuerpo está rendido y agotado, pero al mismo tiempo más encendido que nunca. No sé cómo, pero sigo deseándolo.

Su ritmo se vuelve errático, descontrolado, como si ya no pudiera contenerse más. Cada embestida es más fuerte que la anterior, más necesitada, más arrolladora.

Sus manos se aferran con fuerza a mi trasero, clavando los dedos en mi piel mientras me mantiene atrapada contra la pared,

sosteniéndome con facilidad mientras me folla con la última reserva de fuerza y deseo que aún le queda en el cuerpo.

Un gruñido grave escapa de su garganta cuando se hunde en mí una última vez, con tanta fuerza que su cuerpo entero se tensa. Su polla late dentro de mí, hinchada, caliente, y un gemido ronco, profundo, vibra en su pecho mientras se corre, dejándose caer contra mí.

Pero lo que me desgarra es la forma en la que se sacude contra mi cuerpo, la manera en la que su respiración se quiebra en mi oído, el puro placer que lo atraviesa y que, de alguna forma, se cuela en mí sexo como una descarga eléctrica imposible de detener.

Y para mi sorpresa, una nueva ola de placer me golpea sin previo aviso.

Un gemido ahogado se escapa de mis labios mientras mi interior se aprieta con fuerza a su alrededor, robándole un último gruñido gutural. Mi espalda se arquea contra la pared, mis uñas se clavan en su piel y el placer me sacude de arriba abajo, tan intenso, tan inesperado, que casi no puedo soportarlo.

No puedo creerlo. Me he corrido otra vez.

Mis pulmones queman cuando intento recuperar el aliento, mi piel sigue encendida y mi cuerpo entero tiembla contra el suyo. Leo también respira con dificultad, con la frente apoyada en la mía, con una sonrisa satisfecha y arrogante curvándole los labios.

—¿Cuántos van ya? ¿Tres orgasmos? —murmura, con voz rasposa y todavía sin aliento—. Vaya, preciosa… y eso que ni siquiera he empezado.

Suelto una risa jadeante, todavía pegada a su cuerpo, sintiendo su piel caliente contra la mía.

—Me tiemblan las piernas. Me has dejado completamente destrozada.

Siento su sonrisa contra mi mejilla antes de que baje la boca a mi cuello y deje un beso lento, perezoso, completamente satisfecho.

—Pues más te vale recuperar fuerzas, porque pienso volver a saborearte hasta que supliques que pare… y aun así no lo haré.

Mi cuerpo, que debería estar agotado, responde de inmediato. Mi pulso se acelera. Mi respiración se corta. Y cuando alzo la mirada y me encuentro con sus ojos oscuros, hambrientos, llenos de promesas pecaminosas, sé que no está bromeando.

Capítulo 23

Aria

Me despierto con la piel todavía sensible por todo lo que hicimos anoche.

Abro los ojos lentamente y noto el calor del cuerpo de Leo junto al mío, su respiración profunda y pausada y el ritmo constante de su pecho subiendo y bajando. Giro la cabeza y me lo encuentro dormido, con el cabello revuelto contra la almohada y la mandíbula relajada.

Está guapísimo.

Una sonrisa boba se dibuja en mis labios. Esto no puede ser normal.

Intento moverme sin despertarlo y alargo el brazo para coger el móvil de la mesilla. Quiero hacerle una foto. Un recuerdo de la mejor noche de mi vida.

Pero en cuanto desbloqueo la pantalla, veo varias notificaciones de mis amigas y mi curiosidad me puede.

GIGI
Mike pasó ayer por casa y nos contó que iba a enseñarte a hacer bulgogi, pero que apareció otro hombre pensando que ibais a tener sexo y que dijo que ya mejor te enseñaba él el bulgogi. Aria, por favor, dime que al final en lugar del bulgogi, sea quién sea ese hombre, te enseñó otra cosa.

ELLIE
¿QUEEEEEEE?

ELLIE
Aria, necesito respuestas. ¿¿¿Quién es ese hombre??? ¿¿Leo??

Aprieto los labios para contener una carcajada. Menudo bocazas es Mike.

ARIA
Ya os contaré luego, cotillas. Spoiler: Al final no hubo bulgogi.

Mando el mensaje y vuelvo a girarme hacia Leo, asegurándome de que sigue dormido. Con mucho cuidado, abro la cámara y encuadro su rostro en la pantalla. Justo cuando voy a hacer la foto, su ceja se frunce ligeramente y un escalofrío me recorre la espalda. ¿Me habrá oído? No, imposible. He sido mega silenciosa. Apenas respiro mientras presiono el botón y el sonido de la captura rompe el silencio de la habitación.

Mierda.

Leo entreabre los ojos y me mira con expresión somnolienta.

—¿Me has hecho una foto? —Su voz es grave y rasposa, demasiado sexy para esta hora de la mañana.

Cierro la pantalla del móvil de inmediato.

—¿Yo? No.

Sus ojos se entrecierran y, antes de que pueda reaccionar, me atrapa por la cintura y me hace rodar sobre la cama hasta quedar debajo de él.

—¿Segura? —pregunta con una sonrisa ladeada.

—Segurísima.

Leo no responde. En su lugar, hunde los dedos en mi cintura y empieza a hacerme cosquillas sin piedad.

—¡No! —grito entre risas, retorciéndome bajo él—. ¡Para, para!

—Dime la verdad.

—¡Vale! ¡Sí, te hice una foto!

Él deja escapar una risa victoriosa y se detiene, pero en lugar de apartarse, baja la cabeza hasta que sus labios rozan los míos.

—Buenos días, guerrera vikinga —murmura antes de besarme.

Si todas las mañanas van a empezar así, creo que podría acostumbrarme a esto. Sobre todo, cuando siento su erección entre mis muslos dándome la bienvenida. No tengo ni idea si se debe a nuestros besos que suben de temperatura cuando nuestras lenguas se enroscan o si es por mera naturaleza, pero da igual, quiero aprovecharlo.

Levanto las caderas, buscándolo, frotándome contra él con intención, con hambre, con la misma necesidad que arde en su mirada cuando sus labios abandonan mi boca y descienden por mi cuello.

Lo demás ocurre sin palabras.

Solo cuerpos encendiéndose de nuevo, solo gemidos sofocados contra la piel, solo el sonido de las sábanas arrugándose mientras nos dejamos llevar una vez más.

***

Cuando salgo del baño, el olor a café me llega desde la cocina.

O algo que intenta ser café.

Me paso una mano por el pelo ya seco mientras camino descalza por el pasillo, sintiendo en cada músculo las consecuencias de lo que ha pasado en la ducha.

Porque sí.

Nos hemos duchado juntos. Y digamos que una cosa ha llevado a la otra y cuando he querido darme cuenta estaba empotrada contra los azulejos, con Leo follándome tan profundo que aún me tiemblan las piernas.

Por eso necesito desayunar. Para reponer energías.

Pero cuando entro en la cocina, me encuentro con otra razón que hace flaquear mis rodillas.

Leo está apoyado contra la encimera, con una taza en la mano, los bóxers como única prenda y el torso al descubierto. Su pelo sigue húmedo, algo revuelto, y se pasa una mano por él de forma distraída antes de mirarme.

Madre mía. Qué espectáculo para los ojos.

Intento no quedarme embobada, pero no es fácil cuando tiene ese aspecto de tentación mañanera y ni siquiera parece consciente de ello.

—¿Café? —ofrece, girándose hacia mí con una media sonrisa.

—¿Eso es café? —Levanto una ceja mientras observo el líquido oscuro y sospechosamente espeso de la taza que me ofrece—. Parece petróleo. —Le doy un sorbo y escupo—. Y sabe a petróleo —digo con una mueca, dejando la taza sobre la encimera como si fuera material tóxico.

Él hace una mueca.

—Vale, el café no es lo mío, ¿quién no tiene una cafetera de cápsulas hoy en día?

—Gente con papilas gustativas funcionales —replico, limpiándome la boca con el dorso de la mano—. En serio, Leo, esto no es café, es un intento de asesinato. ¿A cuántos más has intoxicado antes de mí?

—No te hagas la dramática, sigues viva —replica con una sonrisa ladeada—. Además, he hecho tostadas. Ya sabes, para equilibrar el crimen contra el café.

Me acerco, cojo una y le doy un mordisco. Inmediatamente, frunzo el ceño.

—Leo… esto es cartón.

—¡Oye! —protesta, fingiendo indignación—. No está tan mal.

Le alargo la tostada para que la pruebe él mismo. La muerde, mastica… y su expresión se transforma en puro arrepentimiento.

—Vale, es horrible. —Hace una pausa y suelta una carcajada—. La verdad es que odio cocinar.

Me río con él y sacudo la cabeza.

—Menos mal que lo reconoces.

Leo se acerca, rodeándome la cintura con los brazos.

—Vamos, te llevaré a desayunar algo decente.

—Gracias a Dios. —Sonrío, enredando los dedos en su pelo—. Pero ni se te ocurra volver a hacerme café.

—Trato hecho. —Se inclina y me roba un beso antes de añadir en un susurro—. Te compensaré despertándote de formas que la cafeína no puede.

Su voz ronca y su boca rozando la mía me provocan un escalofrío que nada tiene que ver con el frío de la mañana.

Puede que, después de todo, el desayuno tenga que esperar un poco más.

***

Compramos unos cafés para llevar en un puesto callejero junto con un par de croissants recién horneados que huelen a mantequilla y azúcar caramelizada.

Leo insiste en que son demasiado pequeños y que deberíamos haber pedido algo más contundente, pero yo solo me río y le doy un sorbo a mi café mientras echamos a andar en dirección al Hudson River Park.

El sol de la mañana baña la ciudad con una luz dorada y suave, reflejándose en la superficie tranquila del agua. A un lado, el río Hudson se extiende hasta donde alcanza la vista, con barcos y ferris cruzando en la distancia. Al otro, la silueta imponente de los edificios de Manhattan contrasta con la línea de árboles que bordean el paseo.

El parque está tranquilo a esta hora. Solo hay algunos corredores, ciclistas y personas paseando con sus perros. La brisa fresca del río nos envuelve, despejando cualquier rastro de sueño o resaca post-maratón sexual.

Pero el mejor momento llega cuando terminamos nuestro desayuno y, sin pensarlo demasiado, Leo desliza su mano en la mía. Su agarre es firme, cálido, fácil. Como si llevarme de la mano fuera lo más natural del mundo.

Como si lo hubiera hecho mil veces antes.

Y, ahora que lo pienso, no lo ha hecho mil veces, pero sí una.

La primera vez fue en aquel bar, cuando decidió que yo era su novia sin previo aviso. Recuerdo el calor de su piel, la corriente eléctrica recorriéndome los dedos. La misma que ahora me eriza la piel, pero que, esta vez, no tiene nada que ver con una farsa.

Una sonrisa me cosquillea los labios mientras aprieto un poco más sus dedos, disfrutando de la sensación de su piel contra la mía.

Entonces, mi bolso vibra. Suspiro y lo reviso, encontrándome con un mensaje de Ellie.

ELLIE
Aria Ross, como no me cuentes YA qué está pasando, me presento en tu casa y echo la puerta abajo.

Suelto una risa y niego con la cabeza.

—Debe ser alguien importante si sonríes así al leer un mensaje —comenta Leo a mi lado.

—Es mi mejor amiga, Ellie.

Leo me mira con interés.

—¿Os conocéis de hace mucho?

—Desde la universidad. Cuando terminamos la carrera, decidimos mudarnos juntas a Nueva York y compartir piso —respondo, y luego añado con una sonrisa—. Primero trabajé para su marido, antes de entrar en tu empresa.

Leo me lanza una mirada curiosa.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Es dueño de *Daebak*, una empresa de comida para llevar coreana.

Él asiente.

—La conozco, leí sobre ella cuando vi tu currículum.

Nuestras miradas se encuentran por un segundo y, sin poder evitarlo, compartimos una sonrisa cargada de significado.

Porque ambos sabemos exactamente por qué revisó mi currículum con tanto detalle. No fue por simple interés profesional. Estaba buscando algo con lo que chantajearme.

Al menos ahora puedo reírme de ello. Bueno… más o menos.

—Y también es un CEO arrogante y capullo como tú —añado, mirándolo de reojo.

Leo se ríe.

—Oh, no me digas. Pensé que era el único que ostentaba ese título.

—Pues no, parece que hay un club.

—¿Por eso me hiciste una foto antes? ¿Para enseñarle a tu amiga como se ve el CEO capullo y arrogante que tenías en la cama?

—Por supuesto que no. La foto la quería para mí. —Sonrío con autosuficiencia—. Además, ella no necesita una foto, ya te ha visto.

Leo frunce el ceño.

—¿Me ha visto? ¿Cómo?

—Te googleamos cuando me obligaste a fingir ser tu novia.

—¿Para admirar lo increíblemente guapo que soy?

—Más bien para ponerte cara mientras te criticábamos.

Él resopla.

—Así que tú y Ellie me criticasteis.

—Y Gigi.

—¿Gigi?

—Es mi otra amiga. Se unió al grupo cuando conoció a Rhys.

Leo me mira como si acabara de hablarle en otro idioma.

—¿Quién coño es Rhys?

—El hermano de Mike, el chico del bulgogi.

Leo se detiene en seco y me mira fijamente.

—Aria, creo que voy a necesitar que me hagas un esquema.

Suelto una carcajada y tiro de su mano para seguir caminando.

—Mejor te los presento un día.

En cuanto lo digo, noto una ligera punzada en el pecho.

No había pensado demasiado en ello hasta ahora, pero la idea de que Leo conozca a mis amigos, a mi familia elegida en esta ciudad, me produce un tipo de emoción completamente desconocida.

Porque no es un gesto vacío, no es algo que haga con cualquiera.

Es la primera vez en mi desastrosa vida sentimental que siento una conexión tan genuina, que quiero que alguien forme parte de mi mundo de verdad.

No solo de mi cama.

No solo de mis noches.

De todo lo demás.

De mi día a día, de las personas que quiero, de los lugares donde me siento segura.

Y eso me asusta un poco.

—¿Os veis mucho?

—Bastante. Son mi familia aquí.

Leo me mira con interés.

—Eras de Nueva Jersey, ¿verdad?

—Sí. De Ridgewood. Está relativamente cerca, pero lo bastante lejos como para que mudarme a Nueva York fuera un gran cambio.

Leo asiente y espera a que siga hablando.

—Mis padres siguen viviendo allí. Son geniales. Cariñosos, un poco sobreprotectores, pero los quiero muchísimo. Nos vemos a menudo. A veces voy a pasar el fin de semana, otras vienen ellos. Mi

madre me llama todos los días para asegurarse de que no me muero de hambre.

Pienso en ella. En mamá.

En lo feliz que se pondría si algún día le anuncio que estoy saliendo con alguien como Leo.

Nunca ha sido una persona materialista ni me ha presionado para que encuentre a un hombre, pero sé que le preocupa que pueda quedarme sola.

Siempre dice que quiere verme feliz, que no le importa si estoy o no soltera, pero sé que, en el fondo, le tranquilizaría saber que estoy con alguien que me quiere de verdad.

Y aunque todavía no sé qué es exactamente lo que tengo con Leo, una parte de mí se pregunta qué diría ella si se lo contara.

Seguro que se emocionaría. Probablemente intentaría invitarlo a cenar antes de que yo pudiera decirle que no es tan serio. Antes de que yo misma lo tuviera claro.

—No puedo decir lo mismo —dice Leo sin mirarme, devolviéndome a la realidad. Su tono ha cambiado. Finge indiferencia, pero… no suena para nada indiferente.

—¿No tienes buena relación con ellos? —pregunto con cautela.

Leo exhala un suspiro, todavía sin mirarme.

—Digamos que no somos de los que se llaman todos los días.

Asiento, despacio.

—Naciste en Nueva York, ¿verdad? —pregunto, aunque ya sé la respuesta, lo explicó en el documental que me obligó a ver. De hecho, apenas habló de su familia en él.

—Sí, en el Upper East Side. En una de esas casas enormes y absurdamente caras donde todo parece perfecto… menos la gente que vive dentro.

Hay una amargura oculta en sus palabras que me hace apretar su mano con más fuerza.

—¿Nunca os llevasteis bien?

—Digamos que en mi casa siempre hubo de todo menos afecto. Crecí rodeado de lujo, fui a los mejores colegios, tuve todas las oportunidades… pero mis padres nunca estuvieron realmente ahí. Para ellos, lo importante siempre fue el negocio familiar. —Se pasa una mano por el pelo, pensativo—. Cuando les dije que no quería seguir con la empresa, prácticamente me echaron de sus vidas.

Un nudo se forma en mi estómago.

—¿Así de fácil?

—Para ellos, sí. —Se encoge de hombros, con una sonrisa sin rastro de diversión—. Mi padre me dejó claro que, si no iba a seguir su camino, no tenía cabida en la familia. Y mi madre… bueno, ella nunca le lleva la contraria.

No sé qué decir.

Porque no me cabe en la cabeza que alguien pudiera apartar a Leo así de su vida.

Que alguien pudiera no quererlo.

Nos detenemos junto a una barandilla con vistas al río, y él observa el agua como si sus pensamientos estuvieran flotando en la corriente.

—Lo siento —murmuro, porque no se me ocurre nada mejor.

Leo gira la cabeza hacia mí y su sonrisa se suaviza un poco.

—No lo hagas. No los echo de menos.

Lo dice con seguridad, con la convicción de alguien que ha hecho las paces con su pasado. Pero yo, que quiero tanto a mis padres, no me imagino cómo debe ser crecer en una casa donde el cariño se siente condicionado.

—Tengo a Justin, él es como un hermano. Y mi empresa, de la que estoy muy orgulloso. Además… ahora parece que tengo otro motivo para ser feliz.

Me mira fijamente y mi corazón se acelera sin remedio.

—¿No es demasiado pronto para hacer esas declaraciones? —bromeo, intentando aliviar la tensión que de repente se ha instalado en mi pecho.

—Para nada. —Sonríe, ladeando la cabeza—. En todo caso, es demasiado tarde. Debería haberte conocido antes, Aria.

Un burbujeo se expande por mi tripa.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

—De hecho, no. —Se inclina un poco más hacia mí—. Pero tengo una corazonada contigo. Iremos poco a poco porque no

quiero asustarte, pero creo que eres tú.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Yo?

Leo sonríe, como si le divirtiera mi reacción.

—Ya sabes, la chica que estaba esperando. Te lo dije. Eres justo mi tipo. Lo supe en cuanto te vi. Que eras el tipo de mujer que podría volverme loco. Y no me equivoqué.

Trago saliva.

Porque la forma en la que lo dice no es una frase lanzada al azar. No es un cumplido vacío ni un simple juego de seducción.

Lo dice como si fuera un hecho.

Como si de verdad lo creyera.

Y antes de que pueda pensar demasiado en ello, Leo rompe la tensión con su sonrisa arrogante de siempre.

—Venga, vayamos a por comida.

Suelto una carcajada, aliviada por el cambio de tema.

—¿Otra vez? ¡Pero si acabamos de desayunar!

Él resopla, como si mi comentario le pareciera una absoluta falta de lógica.

—Ya te dije que no sería suficiente. Hice mucho ejercicio. Necesito más calorías para sustentar este cuerpo perfecto —dice, señalándose a sí mismo.

Le doy un codazo suave en las costillas.

Capítulo 24

Aria

El lunes siguiente en la oficina me sorprendo sonriendo como una tonta a todas horas, incapaz de borrar la felicidad que se ha instalado en mi rostro.

Parezco una adolescente en plena pubertad, lo sé.

Pero después de haber pasado el mejor fin de semana de mi vida junto a Leo, ¿cómo no voy a estar así?

Todavía puedo sentir sus manos en mi piel, el sonido de su risa en mi oído, el calor de su cuerpo junto al mío bajo las sábanas.

Cada vez que recuerdo todo lo que ha pasado entre nosotros no puedo evitar que un cosquilleo muy placentero me recorra el cuerpo.

Dios, es surrealista lo mucho que ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Hace semanas apenas podía soportar en la misma habitación que él y ahora mírame. Pensando en él cada dos segundos y contando las horas para volver a estar con él a solas. Y tengo que decir que los juguetones mensajes que me envía tampoco me ayudan.

Mensajes como, por ejemplo, el que acabo de recibir ahora.

LEO

¿Me estás echando de menos?

Me muerdo el labio, reprimiendo una sonrisa y escribo:

YO

No sé de qué hablas. Tengo un día muy ocupado.

Su respuesta llega al instante.

LEO

Eso no responde a mi pregunta, guerrera vikinga.

Suelto una risa silenciosa y niego con la cabeza.

Es insufrible.

Y me encanta.

Pero no puedo perder el tiempo con sus juegos. La nueva campaña de marketing está en su fase final y tengo demasiado que hacer como para permitirme seguir en este estado.

Por suerte, no tardo en sumergirme en el trabajo y me paso el día entre reuniones, llamadas y revisiones de última hora. El día transcurre de forma frenética, pero lo agradezco porque mantiene mi mente ocupada.

Para cuando me doy cuenta, la tarde ha empezado a caer. Respondo un par de correos más y, por fin, me permito aflojar el ritmo.

Es en ese momento cuando Leo vuelve a aparecer en mis pensamientos, trayendo consigo la anticipación y la ilusión de volver a verlo.

Cierro los ojos, imaginando cómo será nuestro próximo encuentro, y en ese instante mi móvil vibra sobre la mesa. Sonrío convencida de que se trata de un nuevo mensaje suyo.

Alargo la mano y desbloqueo la pantalla.

Pero no es Leo. Es una notificación de correo electrónico.

Asunto: Para los que aún creen en el talento de Aria Ross.

Mi sonrisa se desvanece en el acto.

No.

No. No. No.

No puede ser.

El aire abandona mis pulmones y el estómago se me retuerce reviviendo el horror de la otra vez. Aun así, me armo de valor y abro el mensaje.

Parece que nuestra querida Líder de marketing no es tan brillante como pensábamos.

Si alguien todavía creía que su contratación en la empresa se debía a su talento, siento decepcionaros. Tal vez queráis echar un vistazo a lo que he encontrado en el ordenador del jefe.

Spoiler: No tiene ningún máster en Estrategia y Análisis de Marketing Digital. Mintió en su currículum.

Hay dos archivos adjuntos: mi currículum y una certificación oficial de la universidad donde consta que no he cursado ese máster.

Cierro los ojos un segundo mientras los murmullos empiezan a extenderse por toda la sala. No tengo que mirar a mi alrededor, no me hace falta, ya sé lo que voy a encontrar si lo hago: susurros, miradas furtivas y risas ahogadas.

Pero esta vez, es diferente.

Porque lo que está en juego es mi carrera, mi futuro, mi vida. Porque el nudo de mi estómago me aprieta, pero ya no me ahoga. Porque, aunque la humillación me quema, ya no me paraliza. Porque ya me he cansado de quedarme de brazos cruzados mientras todo por lo que he luchado se desmorona como un castillo de naipes.

No.

Esta vez voy a buscar a Abby. Y voy a enfrentarme a ella de una vez por todas.

Con esa determinación me levanto y, sin prestar atención a las reacciones de los demás, salgo de mi departamento. Mi objetivo es

más poderoso que cualquier cuchicheo o sonrisa mal disimulada. Ser el centro de atención ha dejado de afectarme. Solo necesito respuestas.

Y las voy a encontrar.

Para mi alivio no tardo en dar con Abby. Está sola junto a la máquina de café, de buen seguro que celebrando su nueva victoria.

La rabia me sube por la garganta como una llamarada que lo quema todo a su paso y voy directamente hacia ella.

—Oye, ¿pero tú de qué vas? —le suelto casi sin respirar—. ¿Cómo puedes seguir haciéndome esto?

Ella se da la vuelta y me mira con expresión desconcertada. Como si no entendiera ni una palabra de lo que acabo de decir.

—¿De qué hablas?

—No te hagas la tonta. ¿Es que no tuviste suficiente con todo lo que me hiciste en el instituto? —la ataco de nuevo, exhibiendo mi furia en cada palabra—. Joder… ¿Por qué me haces esto ahora? ¿Hasta dónde piensas llegar?

La confusión no abandona su rostro mientras deja su café en la mesa que tiene a su lado.

—Aria, te juro que no sé de qué estás hablando.

Esbozo una sonrisa de incredulidad.

—No puedo creer que sigas fingiendo. Acabas de enviar un correo a toda la empresa diciendo que mentí en mi currículum —

espeto señalando hacia la puerta.

—¿Qué? Yo no he…

—Ahórrate el numerito. —La corto sintiéndome cada vez más fuera de mí—. Primero los mensajes anónimos. Luego el correo acusándome de acostarme con el jefe y ahora esto. ¿Qué cojones te pasa conmigo? Me jodiste la vida hace años y vuelves a jodérmela ahora.

Abby parpadea desconcertada. Luego deja caer los hombros y suspira. Cuando vuelve a mirarme puedo notar que algo ha cambiado en su expresión.

—Tienes razón —murmura.

—Ah, así que por fin lo reconoces…

Por un instante, algo parecido al triunfo me recorre la piel, pero no es tan satisfactorio como imaginaba; más bien al contrario.

—Me refiero a que tienes razón en que te hice mucho daño —confiesa evitando mi mirada—. Por aquel entonces, yo estaba llena de inseguridades y rabia, y… en vez de enfrentarlas de una manera sana, las volqué en ti.

Abro la boca para hablar, pero ella se me adelanta.

—Espera déjame terminar, ¿vale? Me pasé años justificándome. Pensando que lo que había hecho no era para tanto, que solo eran cosas de adolescentes… Pero quiero que sepas que he cambiado.

Frunzo el ceño.

—¿Qué has cambiado?

—Sí, he estado yendo al psicólogo y me ha ayudado mucho.

Mi mandíbula se tensa.

—¿Y qué? Eso no cambia lo que hiciste.

—Lo sé —concuerda conmigo sin dudar—. Pero me ayudó a entender por qué me comporté de esa manera. De hecho, incluso volví a ver a mi ex del instituto, Grayson. Necesitaba cerrar las heridas del pasado.

La miro abriendo mucho los ojos. ¿Así que por eso la vi con Grayson en aquella cafetería?

No es que volvieran a salir juntos. No es que estuvieran conspirando contra mí. ¿Sino simplemente que Abby estaba intentando entenderse a sí misma? ¿Es eso?

Dios…

Desde aquel día no he parado de imaginarme todo tipo de escenarios, cada cual más retorcido. Que Abby y Grayson se estaban riendo a mis espaldas, que estaban disfrutando de cómo caía en su juego.

Pero ahora…

¿Ahora resulta que todo es una película que me he montado en la cabeza?

El estómago se me revuelve.

Porque si he estado equivocada todo este tiempo. Si Abby no es la culpable de los mensajes… Entonces el culpable puede ser cualquiera.

Y eso me aterra muchísimo más, porque significa que me muevo completamente a ciegas.

Analizo su rostro en busca de algún resquicio de mentira, algo que me permita aferrarme a lo que creía cierto. Pero para mi desesperación no lo encuentro.

No.

No puedo haberme equivocado.

Abby me tiene que estar engañando.

—¿Entonces ahora qué? —pregunto, intentando que no se note la fragilidad en mi voz—. ¿Quieres que me crea que de repente te has convertido en una buena persona? ¿Qué todo esto no tiene nada que ver contigo?

Abby niega con la cabeza sin separar su mirada de la mía.

—No espero que me creas —dice con firmeza—. Sé lo que hice. Sé que me comporté como una mierda contigo. Y entiendo que te sea fácil culparme ahora. Pero no he sido yo, Aria. Y si hace falta que vaya a la policía para demostrarlo, lo haré.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada.

Porque ahora ya no tengo ninguna duda de que está diciendo la verdad. Y esa certeza me deja sin nada a lo que aferrarme.

Mi cuerpo, que hasta ahora se mantenía a flote por pura tensión, cede ante el cansancio. Y, de repente, todo el peso de lo que he estado aguantando las últimas semanas se me hace imposible de sobrellevar.

La presión en el pecho. Las amenazas, el miedo, la sensación de que mi vida está fuera de control.

Y lo peor es que ni siquiera tengo fuerzas para seguir luchando.

Solo quiero salir de aquí. Alejarme de este lugar de pesadilla.

Así que, sin volver a mirar a Abby, doy un paso atrás. Luego otro. Y salgo de la sala.

Avanzo por el pasillo con pasos lentos y la mirada perdida cuando oigo una voz a mis espaldas.

—¿Aria? —Me giro y veo a Philippe acercándose con expresión preocupada. Se detiene frente a mí y tras observarme en silencio durante unos segundos murmura—: He leído el mail… ¿Estás bien?

Mi boca se entreabre, pero las palabras no salen.

No. Nada está bien.

Pero ni siquiera tengo fuerzas para decirlo en voz alta.

Para mi alivio Philippe parece entender cómo me siento a la perfección.

—Tranquila, déjame llevarte a casa. Necesitas descansar.

Trago saliva y asiento porque tampoco tengo energía para contradecirle.

Philippe no dice nada más. Solo apoya una mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia el ascensor.

Una vez allí, caigo en que no he cogido mis cosas. Se lo digo a Philippe, pero antes de que llegue a dar un paso atrás, él se ofrece a ir en mi lugar.

Asiento, agradecida de no tener que volver a enfrentar las miradas de la gente, y me dejo caer contra la pared.

No tardo en oír el leve sonido que avisa de la llegada del ascensor. La puerta se abre y…

Entonces lo veo.

Leo aparece ante mí, y todas las emociones contenidas se agolpan de golpe en mi pecho, formando un nudo insoportable en mi garganta. Una parte de mí quiere correr hacia él, buscar refugio en sus brazos, dejar que su reconfortante presencia lo alivie todo. Pero entonces recuerdo el mensaje.

«Tal vez queráis echar un vistazo a lo que he encontrado en el ordenador del jefe».

El impacto de esas palabras vuelve a atravesarme con fuerza y una sensación mucho más amarga se instala en mi estómago.

Las lágrimas arden en mis ojos mientras una certeza dolorosa se clava en mi interior: si Leo no me hubiera investigado ni guardado esos archivos en su ordenador, el acosador no los habría descubierto. Es más, si nunca me hubiera obligado a fingir ser su novia, probablemente nada de esto hubiera ocurrido.

—¡Aria, qué alegría verte de nuevo! —oigo que dice una voz a su lado.

No me había dado cuenta de que no estaba solo. Justin, su amigo, me sonríe con naturalidad, ajeno a la tormenta que se agita dentro de mí.

—¿Qué tal?

No respondo. Ni siquiera puedo fingir un mínimo de cortesía.

Leo, que al principio me había dirigido una leve sonrisa, la pierde de inmediato. Su mirada se endurece al notar mi expresión. Algo en mi cara le ha dicho que las cosas no van bien.

Intercambia una mirada rápida con Justin antes de dar un paso hacia mí.

—Aria, ¿qué pasa? —pregunta, recorriéndome con los ojos, la preocupación es palpable en su rostro—. ¿Te duele algo? ¿Te encuentras mal?

Niego con un gesto, pero al sentir su voz suave e inquieta no puedo impedir que mis emociones exploten. Parpadeo rápido intentando contener las lágrimas, pero es inútil. La rabia burbujea en mi interior y, sin pararme a pensar, acabo soltando lo primero que se me cruza por la cabeza.

—No tenías que haberlo hecho. —Mi voz tiembla de indignación —. Investigarme. Chantajearme con lo del currículum para que fingiera ser tu novia. ¿En serio tenías un documento de la universidad donde estudié confirmando que no había cursado el máster? ¿Quién guarda algo así, Leo? ¡Por tu culpa ahora lo ha leído todo el mundo!

Leo se queda congelado. Da otro paso hacia mí y alarga el brazo como si quisiera tocarme, pero yo retrocedo de forma instintiva. Luego me abrazo a mí misma y cierro los ojos con fuerza.

—Aria, ¿qué ha pasado? —El tono de su voz ha cambiado. Parece más tenso, más alerta.

—Han enviado otro correo masivo —responde Philippe por mí, posando un brazo sobre mis hombros de manera protectora—. Está muy afectada. Voy a llevarla a casa.

Me vuelvo hacia él para comprobar que ya ha recogido mis cosas y un silencio denso y cargado se apodera del ambiente. No necesito mirar a Leo para saber que su rostro está tenso y rígido. Ni a Justin para notar su incredulidad. Lo siento en el aire.

Es en ese momento cuando la realidad de lo que acabo de hacer me golpea de lleno.

Mierda.

Lo he soltado todo delante de su amigo.

Ahora Justin sabe la verdad. Sabe que Leo y yo fingimos ser pareja, que todo era una pantomima. Bueno, al menos al principio.

La cuestión es que he desvelado un secreto que no debía salir a la luz, un secreto que no me pertenecía. Y con ello he dejado a Leo completamente expuesto.

Quizás me he pasado. Quizás he actuado de forma demasiado impulsiva e irracional. Pero al mismo tiempo no puedo sacarme de la cabeza que, si Leo no hubiera tenido ese archivo en su ordenador, esto jamás habría ocurrido.

Todavía estoy sumida en esos pensamientos cuando las puertas del ascensor empiezan a cerrarse, pero Philippe lo impide presionando el botón. Luego se vuelve a mí con gesto tranquilizador.

—Vamos. Necesitas descansar.

Asiento, evitando a toda costa las miradas de Leo y Justin, y entro en el ascensor sin decir nada más.

Solo cuando las puertas se cierran y el mundo queda reducido a un silencio asfixiante, me permito desmoronarme.

Y lloro. Lloro hasta que la última gota de tristeza abandona mi cuerpo.

Capítulo 25

Leo

—Dime que no he escuchado lo que creo haber escuchado —me suelta Justin con voz tensa tras entrar en mi despacho—. ¿De verdad habéis estado fingiendo ser pareja? ¿Qué clase de broma pesada es esta?

Cierro la puerta para evitar que nadie más pueda escucharnos y me giro para enfrentar su mirada cargada de incredulidad.

—A ver, sí… pero no es tan simple como parece.

Justin se ríe sin una pizca de humor.

—No, desde luego que no es tan simple. Nos habéis engañado a Summer y a mí como a dos pardillos. Así que más te vale explicarte.

Suelto un suspiro y me paso una mano por la nuca.

—Mira… sé que parece una locura, pero no pretendía burlarme de vosotros. En realidad, solo quería que dejarais de preocuparos por mí.

Justin frunce el ceño, confuso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que vi cómo os mirabais. Que me di cuenta de que os gustabais incluso antes de que lo hicierais vosotros mismos —le

confieso sin rodeos—. Pero también sabía que no ibais a dar el paso. No hasta que dejarais de pensar que me habíais jodido. Ambos sois así de… —hago una pausa, buscando la palabra adecuada y sonrío— nobles.

Justin parpadea, claramente sorprendido por lo que acabo de decir.

—¿Así que montaste todo este numerito por nosotros? —dice dejándose caer en uno de los sofás—. ¿Para que pudiéramos estar juntos sin sentirnos culpables?

Asiento, pero en lugar de imitarle doy un par de pasos sin rumbo por el despacho. Estoy demasiado preocupado por lo de Aria como para quedarme quieto.

Justin sacude la cabeza, todavía procesando lo que acabo de revelar.

—Joder... no sé si darte las gracias o un puñetazo. —Me lanza una mirada cargada de significado antes de exhalar con fuerza—. Pero dejando de lado eso, según Aria, la obligaste a participar en esto. ¿Es verdad?

Aprieto la mandíbula y, tras un momento de vacilación, asiento.

—Sí… Descubrí que había un dato falso en su currículum y lo usé para presionarla.

Justin deja escapar un resoplido.

—No me jodas… ¿O sea que no solo la involucraste, sino que además la chantajeaste para que aceptara?

—Sí, en ese momento pensé que no tenía otra opción. La cagué, lo sé.

—Y vaya si la cagaste —espeta, sin molestarse en suavizar el golpe—. Como abogado laboralista, tengo que decirte que lo que hiciste es una violación directa del código ético profesional. Abusaste de tu posición como jefe, Leo. Y eso, en términos legales, se llama coacción laboral. Ahora entiendo por qué ha reaccionado así.

Se echa hacia atrás en el asiento y me mira con detenimiento, como si estuviera intentando conectar todos los puntos.

—Aún así, hay algo que no termina de encajar —añade al cabo de un momento—. O sois unos actores de la hostia, o hay algo más entre vosotros que no me estás contando. La forma en que os miráis, la tensión en el ascensor… No sé, tío, eso no parece una farsa ni de lejos

Desvío la mirada y dejo escapar un suspiro.

—No te lo parece porque no lo es —confieso cada vez más inquieto—. En medio de todo este lío empezamos a sentir algo… y ahora estamos juntos de verdad. O al menos lo estábamos, hasta hace media hora.

Justin abre mucho los ojos.

—¿En serio? —Se ríe entre dientes—. Ya sabía yo que mi intuición no me fallaba. —Nada más decir esto me dirige una mirada que cabalga entre la diversión y satisfacción—. ¿Entonces, qué? ¿Debería volver a darte la enhorabuena?

Ruedo los ojos.

—Mejor resérvatelo. Ahora mismo ya no sé en qué punto está nuestra relación y, sinceramente, no tengo tiempo para pensarlo. Lo primordial es encontrar a la persona que filtró lo del currículum.

Justin se incorpora un poco, volviendo a ponerse serio.

—Cierto, ¿tienes alguna idea de quién ha podido ser?

Niego con la cabeza y, tras soltar un resoplido, camino hacia mi escritorio. Una vez allí apoyo las manos sobre la mesa y me inclino un poco mientras empiezo a barajar posibilidades.

—Lo que está claro es que es la misma persona que lleva acosándola desde hace semanas —murmuro tras unos segundos de reflexión.

—¿Acosándola? —Oigo que repite Justin en tono confundido—. ¿De qué estás hablando?

Me enderezo y lo miro.

—Ha estado recibiendo mensajes anónimos desde hace un tiempo. Primero por redes sociales, insultándola sin motivo aparente. Luego, hace unas semanas, alguien envió un correo a toda la empresa, insinuando que consiguió su puesto acostándose conmigo. Y ahora han filtrado el asunto de su currículum con otro mensaje masivo.

Justin deja escapar una maldición en voz baja.

—¿Y por qué no fue a la policía?

—Es lo que le dije en su momento, pero no quiso.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Tuve la sensación de que había algo que no me estaba contando, pero tampoco quise insistir. —Hago una mueca y me reprendo mentalmente por haber sido tan idiota—. Pero esto ya ha ido demasiado lejos. Alguien se ha metido en mi despacho, ha robado información privada y la ha usado para atacarla.

—Sí, además de acoso, esto implica acceso ilícito a información privada, violación de datos y depende de cómo lo haya hecho incluso allanamiento —aclara Justin—. Quien esté detrás de todo esto no se va a detener hasta hacerle el mayor daño posible.

Aprieto la mandíbula sintiendo la rabia subir por mi pecho.

—Lo sé. —Trago saliva y me paso una mano por la barbilla intentando calmarme, pero es inútil. La rabia sigue ahí anclada en mi pecho—. Y lo peor, es que esto no lo ha hecho cualquiera. Es alguien de la empresa.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—Porque poco después del primer email, abrimos una investigación interna. Se revisaron accesos, registros… y nadie ajeno a la empresa había ingresado en el sistema. —Saco el móvil de mi bolsillo, deslizo el dedo por la pantalla con impaciencia y localizo uno de los emails—. Además, el tono de los mensajes es bastante revelador. —Doy un par de pasos y se lo tiendo a Justin—. Míralo tú mismo.

Mi amigo coge el teléfono y se sumerge en la lectura. Mientras tanto regreso a mi escritorio.

No, esto no es sólo acoso, me repito a mí mismo; es algo más. Alguien está decidido a joder a Aria… pero la gran pregunta es: ¿por

qué?

Con esa pregunta todavía resonando con fuerza en mi mente, pulso el intercomunicador y le pido a mi asistente que venga.

—Sí, definitivamente esto no lo ha escrito un desconocido —concuerda conmigo Justin al cabo de unos segundos, aún concentrado en la pantalla.

Asiento en el mismo instante en que la puerta del despacho se abre y entra Darren.

—¿Ha habido algún avance en la investigación? —le pregunto sin rodeos.

Mi asistente sacude la cabeza.

—Lo siento, pero todavía no hemos encontrado nada concluyente.

Arrugo la frente.

—¿Nada?

—Nada que nos dé una pista clara de quién pudo entrar en tu ordenador.

Mi mandíbula se tensa hasta que siento el dolor extenderse por mi cara.

—¿Y la filmación de las cámaras de seguridad? Ahí por huevos tiene que haber algo.

Darren pega un respingo.

—Eso… todavía no se ha revisado.

—¿Cómo que todavía no se ha revisado? Pues consigue esas grabaciones. Si alguien entró en mi despacho, tiene que estar registrado.

Darren traga saliva y asiente con rapidez.

—Sí, en cuanto pueda me encargo de eso.

Niego con la cabeza.

—No, las necesito ahora. Llama a seguridad y pídelas.

Darren duda un instante antes de asentir de nuevo.

—De acuerdo, pero ten en cuenta que no todas las zonas están cubiertas. Quizás el ángulo de las cámaras no…

—Espera ¿qué cojones estás diciendo? —le interrumpo frunciendo el ceño—. Tú pídelas y ya veremos qué sale.

Darren se humedece los labios y saca su móvil con dedos torpes. No puedo evitar percatarme que está más tenso y pálido de lo habitual.

—¿Qué pasa? —le pregunto en tono irónico—. ¿Te da miedo encontrarte con un fantasma en las grabaciones?

Darren esboza una sonrisa nerviosa y sigue deslizando los dedos por la pantalla de su teléfono, hasta que, de repente, se le resbala de las manos y cae al suelo.

El sonido seco contra el entarimado resuena en el despacho.

—Lo siento —murmura mientras se agacha para recogerlo.

Me lo quedo mirando, cada vez más descolocado.

Justin, que hasta ahora seguía sentado, se acerca a nosotros con el ceño fruncido. Intercambiamos una mirada de circunstancias. Él también ha notado algo extraño.

Darren vuelve a deslizar los dedos por la pantalla hasta detenerse en lo que parece el número de teléfono de seguridad. Pero en lugar de pulsarlo, se queda inmóvil, sujetando el dispositivo con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

—Darren —digo con la paciencia al límite—. ¿Qué coño te pasa?

Su mirada sobresaltada se cruza con la mía solo un segundo antes de esquivarla. Sus labios se abren, pero no sale nada. Luego suelta un suspiro tembloroso, cierra los ojos con fuerza, y tras librar lo que parece una cruda batalla interna, murmura:

—Creo que sé quién lo hizo.

Capítulo 26

Aria

El sonido del agua hirviendo llena la cocina. Una vez que hemos llegado a mi apartamento, Philippe ha insistido en prepararme una infusión relajante y, sinceramente, no he tenido fuerzas para oponerme. Aunque dudo que una simple bebida caliente pueda arreglar el desastre en que se ha convertido mi vida en las últimas horas.

Me apoyo en la encimera y me paso una mano por la cara, sintiendo el rastro pegajoso de las lágrimas secas en mi piel. No me he mirado al espejo, pero por el escozor que noto en los párpados, sé que debo tener los ojos hinchados y la cara enrojecida.

—¿Dónde guardas los vasos? —pregunta Philippe

—En el armario de arriba —le respondo señalando con la cabeza.

Él abre la puerta y saca una taza.

—¡Ay, Dios! ¡Qué monada! —exclama, girándola entre los dedos —. Me encanta.

Parpadeo y me fijo en que está sosteniendo una taza en forma de flor que compré hace poco.

—Fue una compra impulsiva.

Philippe se lleva la mano al pecho con dramatismo.

—Mi niña, no existe tal cosa como compra impulsiva. Solo el destino manifestándose en forma de objetos bonitos.

No puedo evitar soltar una risa baja. El nudo en mi pecho se afloja un poco, pero entonces mi móvil empieza a vibrar sobre la encimera y la desazón regresa con fuerza.

No necesito mirar la pantalla para saber quién me está llamando.

Leo.

He perdido la cuenta de las veces que lo ha hecho en los últimos minutos. Pero estoy demasiado dolida como para contestar. No puedo quitarme de la cabeza que, si no fuera por él, mi información privada no habría salido a la luz.

Todavía tenía mi currículum guardado en su ordenador. El currículum que, para colmo, usó para chantajearme. Y como si eso no fuera suficiente, también había un certificado de mi universidad confirmando que no había cursado el máster.

¡Dios! ¿Pero a quién se le ocurre?

—Te están llamando otra vez —comenta Philippe, sacándome de mis pensamientos.

—Lo sé, pero no pienso contestar.

Me cruzo de brazos esperando que el móvil deje de vibrar, pero la insistencia de Leo es inagotable y mi paciencia se esfuma. Con un resoplido, cojo el teléfono, lo apago y lo vuelvo a dejar sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

Philippe, que hasta ahora estaba concentrado en verter el agua en la taza, levanta la vista y me observa con atención.

—Es el jefe, ¿no?

Suelto un largo suspiro.

—Sí.

—Por su insistencia, parece que tiene algo importante que decirte.

—Pues llega tarde para eso.

Philippe asiente despacio y, tras sumergir la bolsita de infusión en el agua, se coloca a mi lado y comenta:

—Imagino que tu enfado tiene que ver con lo que le dijiste frente al ascensor.

Me abrazo a mí misma y, tras dudarlo un momento, asiento. Podría mentir, desviar la conversación hacia otro sitio, pero una vez ha explotado todo ¿qué sentido tiene? Además, Philippe siempre se ha portado muy bien conmigo, y la idea de desahogarme con él suena demasiado tentadora como para dejarla pasar.

—Entonces… ¿Es cierto que te chantajeó?

Dejo caer los hombros y suspiro.

—Sí —admito en voz baja—. Descubrió que había mentido en mi currículum y lo usó para obligarme a aceptar su estúpido trato.

—Joder, Aria. Eso es muy fuerte.

—Lo sé.

—¿Así que habéis estado fingiendo ser pareja? ¿Por qué?

Aprieto los labios y niego con la cabeza.

—Por algo que no viene al caso. La cuestión es que no me quedó otra que aceptar. No podía arriesgarme a perder el trabajo.

Philippe sacude la cabeza con expresión de indignación.

—Uf, menuda mierda, sí. No sé cómo hubiera reaccionado yo ante tanta presión. Dios… ¿por qué los tíos buenos tienen que ser todos tan cabrones?

—Si supiera la respuesta, me haría de oro —le respondo intentando esbozar una sonrisa sin mucho éxito.

—No lo dudo. —Philippe sí que se ríe y tras hacer una pequeña pausa, añade—: oye, y ahora hablando en serio… Fingir algo así tiene que haber sido agotador, ¿no?

Suspiro.

—Lo fue, sí.

—Por qué… eso era todo lo que hacíais, ¿no? Fingir. Seguir un guion.

Su comentario me pilla por sorpresa y no puedo evitar pegar un respingo.

—Claro… ¿A qué viene eso?

Philippe ladea la cabeza.

—Bueno, no sé. Por cómo le has hablado antes, me ha dado por pensar que esto te ha afectado más de lo que debería.

—Por supuesto que me ha afectado. ¿Te parece poco lo que ha pasado?

—No, pero no me negarás que tu forma de mirarlo no era solo la de alguien que está enfadado. Había algo más ahí.

Mi corazón da un pequeño vuelco.

—¿Ah, sí? ¿Algo cómo qué?

Philippe da un paso adelante y tras apoyarse en el mueble de enfrente, me dirige una media sonrisa.

—Pues algo parecido a la decepción y al dolor —murmura en tono medido—. Y esos sentimientos solo aparecen cuando esperas algo de alguien, querida. Cuando una persona te importa de verdad.

El corazón me da un vuelco en el pecho. No solo por lo fácil de leer que he sido ante mi compañero de trabajo, sino porque el hecho de que lo haya notado hace que todo se sienta más real.

No es que no tuviera claro ya que estoy enamorada de Leo, sino que después de lo que ha pasado reconocerlo en voz alta me hace sentir como si estuviera asomándome a un abismo.

Un abismo del que no sé si podré llegar a salir.

Exhalo un suspiro tembloroso, sintiendo el peso de las palabras incluso antes de pronunciarlas.

—Está bien, tienes razón —confieso al fin, con voz algo ronca—. Siento algo por Leo. No sé en qué momento pasó, pero lo nuestro dejó de ser solo un trato.

Philippe asiente despacio y, tras dejarme un momento para procesar lo que acabo de admitir, pregunta:

—¿Y Leo? ¿Está en el mismo barco que tú?

Arrugo la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a si él se siente igual respecto a ti.

Abro la boca, pero la respuesta no sale de inmediato.

Esta mañana habría dicho que sí sin dudar, pero ahora… ahora todo se siente diferente. Todo lo que Leo ha dicho y hecho me ha parecido real, cada caricia, cada palabra, cada mirada. Pero después de descubrir lo de la filtración me he sentido tan dolida y expuesta que ya no sé si puedo creer en él.

Y, aun así…

No puedo evitar aferrarme a la idea de que, a pesar de todo, lo que hemos compartido estos días no ha sido una farsa. A la idea de que todavía puedo confiar en él.

—Dice que sí —contesto dando voz a mis pensamientos.

Pero hay algo en la expresión de Philippe que me lleva a pensar que no le he convencido del todo.

Sin decir nada, retira la bolsita de la infusión y la tira a la basura. Luego coge la taza y me la tiende.

—Toma, bebe. Te vendrá bien.

Dudo un instante y hago lo que me dice. Me la llevo a los labios y dejo que el calor de la bebida se deslice por mi garganta. Como he mencionado tengo claro que no va a hacer milagros, pero al menos la sensación templada contrarresta el nudo que me atenaza el estómago.

Bebo un par de sorbos más, bajo la atenta mirada de Philippe, y entonces él rompe con el silencio.

—Oye… volviendo al tema en cuestión. Ya sé que igual me estoy metiendo donde no me llaman, pero aun así te considero una buena amiga y me veo con la obligación de asesorarte.

Suspiro y dejo la taza sobre la encimera.

—No sé si estoy para consejos ahora mismo, Philippe.

—Precisamente por eso te digo esto. Porque te veo muy afectada —me contesta con la mirada seria—. Y a ver, que no es para menos. Por culpa de los correos masivos, ya tienes una acusación de nepotismo sobre la mesa. Y si a eso le sumamos lo del currículum, y que, además, ahora tienes algo con el jefe, todo se complica aún más.

Cruzo los brazos con frustración.

—Pero mi relación con Leo no tiene nada que ver con mi contratación, y en cuanto a lo del curriculum, me equivoqué, lo sé, pero eso no significa que no sea válida para este puesto. He

trabajado muy duro para llegar hasta aquí, Philippe. No voy a dejar que un error del pasado borre todo lo que he conseguido.

—Lo sé, pero, aunque consigas que los de más arriba lo pasen por alto no significa que los demás en la empresa lo hagan. Ya sabes cómo funciona esto, Aria. Cuando los rumores empiezan, es imposible detenerlos. —Una vez dice esto resopla con frustración y por un instante no puedo evitar preguntarme si en algún momento ha vivido lo mismo que yo—. Además, si hay alguien que está filtrando información sobre ti —continúa—, ¿quién te dice que no volverá a hacerlo? ¿Quién te dice que no tiene más cosas guardadas esperando el momento oportuno?

Lo miro, frunciendo el ceño. No porque no crea que tiene razón sino porque, por primera vez desde que ha empezado esta conversación, me sorprende lo pesimista que está siendo. Y lo peor es que no puedo evitar dejarme arrastrar por él.

—¿Entonces qué sugieres que haga? —pregunto, con voz más tensa de lo que me gustaría—. ¿Qué me rinda? ¿Qué me marche de la empresa después de todo lo que he luchado por este puesto?

Philippe sacude la cabeza y me mira con comprensión.

—Solo digo que a veces dar un paso atrás no significa rendirse, sino protegerse antes de que sea demasiado tarde. La salud es lo primero, Aria. Y entre los mensajes, las acusaciones, la caída por el barranco… Has estado sometida a demasiada presión y eso tarde o temprano pasa factura.

Mi cuerpo se tensa al instante.

—Espera… ¿Qué has dicho?

—¿Qué?

—Lo del barranco —le aclaro con voz extrañamente fría—. ¿Cómo sabes que me caí por un barranco?

Philippe parpadea, su expresión se mantiene impasible, pero hay algo en su postura que cambia. Un silencio denso se instala entre nosotros hasta que él vuelve a sonreír.

—Eh… Pues diría que se lo escuché decir a alguien en la oficina. Ya sabes, las noticias vuelan.

—¿En serio? Porque no se lo dije a nadie.

Philippe se queda quieto por un instante, pero enseguida se encoge de hombros con fingida indiferencia.

—¿No? Pues entonces debí imaginarlo. Esa zona era una trampa mortal digna de un *reality* de supervivencia. Yo mismo casi me despeño.

Las palabras salen de su boca con aparente despreocupación, pero en cuanto analizo lo que hay detrás, algo hace clic en mi mente. Es como si las piezas que no encajaban, de repente, lo hicieran con una precisión escalofriante.

Mi respiración se vuelve errática mientras varios recuerdos se arremolinan en mi cabeza.

Los mensajes anónimos.

La figura encapuchada que me persiguió en el bosque.

El miedo visceral que sentí.

Y, ahora, Philippe diciéndome algo que no debería saber.

A no ser que…

A no ser que él me hubiera visto caer.

A no ser, que él fuera quien me perseguía.

Mis manos se crispan sobre la encimera en un intento de buscar estabilidad mientras todo a mi alrededor parece tambalearse y el aire que sale de mis pulmones me abrasa por dentro.

—Eres tú —susurro con una mezcla de incredulidad y horror—. Tú eres quien me persiguió en el bosque. Tú me enviaste los mensajes.

Philippe no se mueve. Ni siquiera pestañea. Solo me observa con esa misma sonrisa, esa sonrisa que ya no parece amable, sino la de un depredador a punto de atacar.

El estómago se me revuelve al mismo tiempo que mi instinto de supervivencia me grita que tengo que huir.

Doy un paso atrás, pero Philippe se mueve de forma más rápida que yo. Entonces veo su brazo alzarse, un destello de movimiento, y antes de que pueda reaccionar, un impacto seco me golpea la cabeza y…

La oscuridad me engulle por completo.

Capítulo 27

Aria

Lo primero que noto es el frío.

Una sensación gélida y húmeda que se aferra a mi piel y se filtra hasta mis huesos.

Lo siguiente es el dolor. Un latido sordo y punzante palpitando en mi cabeza.

Respiro hondo en un intento de aliviarlo y, de inmediato, un olor fuerte y amargo impregna mis sentidos.

Alcohol.

Mi estómago se revuelve en respuesta. Trago con fuerza y abro los ojos con dificultad, pero un resplandor amarillo me ciega.

Parpadeo, vuelvo a intentarlo y, poco a poco, la realidad aparece ante mí.

Estoy metida en una bañera. En una bañera llena de agua helada con el cuerpo sumergido hasta los hombros. Y lo más extraño de todo es que sigo completamente vestida.

Mi cerebro procesa la escena con lentitud.

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué ha pasado?

Con esas preguntas todavía resonando en mi mente, me llevo la mano a la frente y mis dedos se encuentran con un rastro pegajoso.

Sangre. Mi sangre.

¿Pero qué…?

Una alerta salta dentro de mí e intento enderezarme, pero un mareo repentino me golpea con fuerza y no me queda otra que agarrarme al borde de la bañera.

Entonces lo veo

A Philippe.

Está de pie junto a la puerta del baño, obervándome con los brazos cruzados

Intento enfocar su rostro, pero el mareo sigue nublándome la vista. Parpadeo varias veces, luchando por aferrarme a la realidad. Entonces él se mueve y aparece justo frente a mí.

Eso me permite ver su cara por fin y…

El aire se me queda atascado en los pulmones.

No hay amabilidad en su expresión. No hay rastro del Philippe bromista y comprensivo que conocía. Solo frialdad, serenidad, y una sonrisa que me hiela la sangre.

—Vaya, así que ya te has despertado —murmura con voz suave y controlada.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Entrecierro los ojos obligando a mi mente a ponerse en marcha y, es en ese instante, cuando lo recuerdo todo.

La cocina.

Nuestra conversación.

La certeza de que Philippe es mi acosador.

Su mano golpeándome con algo pesado en la sien.

Trago saliva, sintiendo como mi garganta se cierra.

—Tú... —consigo articular.

Philippe suspira y sacude la cabeza, como si estuviera decepcionado.

—No tenía que ser así, Aria. Solo tenías que irte, dejar el trabajo.

Mi pulso se dispara e intento moverme de nuevo, pero mi cuerpo entumecido sigue negándose a responder.

—¿Por qué…? —murmuro con voz ronca y débil—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Philippe ladea la cabeza.

—¿De verdad no te lo imaginas después de lo que te conté? —Se ríe entre dientes—. Bueno, pues te lo explicaré mejor. Así podrás entender lo difícil que fue para mí ver cómo me robabas algo que me pertenecía.

—¿Qué…?

—Ese puesto era mío, Aria. ¡Solo mío! —Su voz se eleva de golpe, rompiendo con la calma escalofriante que había mantenido hasta ahora—. Yo era el mejor candidato, todo el mundo lo sabía. Pero entonces llegaste tú con tu curriculum falso y tus mentiras. Y me lo quitaste. —Abro la boca en un intento de hablar, pero él se me adelanta—. ¿Sabes lo humillante que fue, eh? ¿Qué ni siquiera me dieran una oportunidad? ¿Qué prefirieran a alguien que encima no cumplía con los requisitos?

Mi piel se eriza y empiezo a tiritar.

—Philippe…

—Cállate, intenté ponértelo fácil, ¿sabes? Los mensajes de Instagram, los mails... Lo tenía todo calculado para que te fueras por tu cuenta, para que entendieras que no pertenecías ahí. —Sus ojos brillan con resentimiento—. Pero no, no lo hiciste. Y ahora, no me has dejado más remedio que tomar la decisión por ti.

—¿Qué… qué vas a hacer? —inquiero con la voz entrecortada, aunque en el fondo ya sé la respuesta.

Todo apunta a que Philippe sufre algún tipo de trastorno psicológico y su único objetivo es borrarme del mapa.

—Tranquila, Aria —me responde con voz suave, casi condescendiente—. Te prometo que no sufrirás, será rápido.

El terror sacude mi cuerpo y, con un esfuerzo sobrehumano, vuelvo a intentar moverme. Pero el aturdimiento sigue ahí, pesando sobre mis extremidades y enturbiando mis sentidos.

Philippe observa mis vanos esfuerzos por escapar con una sonrisa ladeada, como si en el fondo estuviera disfrutando de esto, y cuando al final no me queda otra que desistir, murmura:

—Por cierto, ¿dónde tienes las cuchillas de afeitar?

Mi mirada desorientada vuela a la suya, pero no contesto. Mi mente está demasiado ocupada buscando una salida, cualquier cosa que pueda hacer para ganar tiempo.

Él suspira, sin perder la calma.

—Está bien, no me lo digas. Yo mismo las buscaré.

Tras eso se da la vuelta y empieza a revolver dentro de uno de los cajones del mueble de mi lavabo. Sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Philippe no puedes seguir con esto —le digo, entonces, con desesperación—. Piénsalo bien. Si me haces algo, te descubrirán.

Él suelta una risa baja, pero no me mira.

—¿Descubrirme? Lo dudo mucho, querida. —Cierra el cajón con un golpe seco y abre el siguiente—. Nadie se hará preguntas después de todo lo que ha pasado. La pobre Aria Ross, consumida por la presión, al final no pudo soportarlo más y tras emborracharse, acabó cortándose las venas. Trágico, pero predecible, ¿verdad?

Sus palabras se clavan en mi pecho, borrando con ello las últimas esperanzas que me quedaban.

¿Es eso lo que pensará todo el mundo? ¿Qué me suicidé?

Un nudo de angustia me oprime la garganta al mismo tiempo que los temblores se intensifican.

No, no es justo. No quiero morir aún, no así.

Todavía tengo muchas cosas que hacer, todavía…

La imagen de Leo cruza mi mente como un fogonazo. Sus ojos teñidos de preocupación cuando nos encontramos frente al ascensor. La desesperación en su voz.

¿Y yo?

¿Qué hice yo?

Volqué toda mi rabia sobre él, le ataqué, le eché la culpa de todos mis problemas.

Y ahora, nunca podré disculparme por ello.

Es más. Nunca podré decirle que le quiero.

Mis ojos se humedecen, pero ni siquiera tengo fuerzas para llorar. Estoy demasiado cansada, demasiado entumecida, y los párpados me pesan.

Entonces, desde algún lugar del apartamento, se oye un estruendo. Segundos después la puerta del baño se abre con un golpe seco.

Varias siluetas interrumpen en la estancia y, aunque todo se siente borroso, tengo la sensación de que se abalanzan sobre Philippe.

Oigo gritos, ruidos de forcejeo.

Y, de repente, una voz gritando mi nombre.

Parpadeo con esfuerzo y, entre el caos desenfocado de cuerpos, distingo unos ojos que conozco bien.

Los ojos de Leo.

Su rostro es una mezcla de pánico y furia, y parece estar diciéndome algo, pero el sonido me llega amortiguado.

Esbozo una sonrisa débil e intento aferrarme a su imagen, a la calidez de su presencia.

Pero la oscuridad es más fuerte y me arrastra con ella.

Capítulo 28

Aria

Una luz blanca y cegadora se cuela a través de mis párpados.

Intento moverme, pero un dolor punzante en la cabeza me lo impide. Además, noto la garganta seca, como si no hubiera bebido en días, y un escozor extraño en el dorso de mi mano.

Abro los ojos con dificultad y parpadeo hasta que la habitación cobra forma.

Paredes de un blanco impersonal. Pasos amortiguados en el pasillo. El aire impregnado de desinfectante.

No me lleva mucho comprender que estoy en un hospital.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, alguien susurra mi nombre.

—Aria…

Giro el cuello hacia la voz, grave y familiar, y para mi alivio, mis ojos se encuentran con los de Leo.

Está sentado a mi lado y su aspecto me sorprende; nunca lo había visto así. Tiene el pelo alborotado y sombras debajo de los ojos, como si llevara días sin dormir. Y la camisa que por lo general siempre lleva planchada e impecable, está hecha un completo desastre.

Intento incorporarme, pero el latigazo en mi cabeza regresa, y no puedo evitar soltar un gemido.

—Espera, no te muevas —me pide él, tras lo que coge el mando de la cama y pulsa el botón hasta que el respaldo se eleva ligeramente—. ¿Mejor?

Asiento mientras trago saliva, pero mi garganta sigue seca.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz ronca al cabo de unos segundos—. ¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Dos días —responde Leo con voz suave—. Sufriste una conmoción cerebral, pero pronto estarás bien. Solo necesitas descansar.

Arrugo la frente.

—¿Una conmoción cerebral?

—Sí, pero tranquila, los médicos dicen que te recuperarás sin problemas. —Hace una pausa y, como si supiera cuál va a ser mi siguiente pregunta, añade—: tus padres han estado aquí todo el tiempo. Se fueron hace un rato a casa para ducharse y descansar un poco.

Asiento, pero no puedo evitar percatarme de la preocupación que hay en sus ojos.

Entonces, los recuerdos regresan a mi mente como un fogonazo.

Recuerdo a Philippe observándome con aquella sonrisa escalofriante.

La sensación de no poder moverme.

El pánico, la certeza de que estaba a punto de morir.

—Philippe… —murmuro, sintiendo como la tensión y el miedo regresan con fuerza—. Es él… Él es quien ha estado acosándome todo este tiempo.

—Lo sé —responde Leo con la mandíbula apretada—. Pero tranquila que ya no volverá a acercarse a ti.

—¿Estás seguro? —Mi pecho sube y baja de forma errática mientras mi mente se empeña en llevarme de vuelta a aquella bañera—. ¿Dónde está?

Leo se mueve rápido. Se inclina hacia mí y me sujeta con delicadeza por los hombros.

—Eh, Aria, mírame. Está bajo custodia, lo detuvieron en cuanto llegamos. —Sus ojos buscan los míos con determinación—. Nunca más volverá a hacerte daño, ¿me oyes? No lo permitiré.

Me quedo mirándolo fijamente, tratando de absorber sus palabras y, como de costumbre su firme presencia me calma, arrastrándome de nuevo en el presente. Respiro hondo y, por primera vez desde que desperté, siento que todo ha terminado, que estoy a salvo.

Cierro los ojos dejando ir un suspiro de alivio y cuando los abro de nuevo, pregunto con voz algo más serena:

—¿Cómo descubriste que era Philippe?

Leo se echa atrás en la silla y suspira.

—Bueno, digamos que fue gracias a Darren.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Darren?

—Sí, por coincidencias de la vida resulta que Darren no suspiraba de amor por Tula sino por Philippe.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Según él tuvieron un lío en mi despacho y, al parecer, en un momento de descuido, Philippe aprovechó para colarse en mi ordenador. Así fue como consiguió lo de tu currículum. En cuanto lo descubrí intenté avisarte, pero al no lograr localizarte, enseguida supe que algo iba mal.

Parpadeo intentando procesar toda la información.

Philippe, mi acosador, el hombre que casi me mata, estaba enrollado con el secretario de Leo.

Dios.

¿Desde cuándo mi vida se ha convertido en una mezcla entre un thriller y una telenovela de sobremesa?

Sacudo la cabeza, incapaz de decidir si quiero reírme o echarme a llorar y al cabo de unos segundos, murmuro:

—Así que… Darren y Philippe se lo montaron en tu despacho.

Leo resopla con incredulidad.

—Sí. Te juro que cuando me lo dijo tuve que contenerme para no despedirlo en ese mismo instante. Una cosa es que disfrute haciendo de Cupido de vez en cuando, y otra muy distinta que mi despacho se convierta en un maldito motel.

Su comentario me arranca una sonrisa. Pequeña, breve, pero ahí está. Y Leo la atrapa al instante.

—Me alegra verte sonreír —me dice en voz baja, con un deje de alivio.

Y no sé si es por su tono sincero, o por la forma en que me mira, pero de repente me siento muy culpable. Culpable por cómo le traté el otro día. Le eché la culpa de todo y, aun así, aquí está, velando por mí, asegurándose de que esté bien.

—Leo… —murmuro, y tras armarme de valor, lo miro a los ojos —. Lo siento.

Él arruga la frente.

—¿Por qué?

—Por lo que te dije antes de irme con Philippe. Por echarte la culpa de todo.

Sacude la cabeza con suavidad.

—No tienes que disculparte, Aria.

—Sí tengo que hacerlo —insisto—. Te dije cosas horribles, y después pasó todo esto y… —Mi voz se quiebra ligeramente y no me queda otra que hacer una pausa para recomponerme.

Antes de que pueda añadir nada más Leo me pone una mano en la barbilla y con delicadeza me obliga a mirarlo.

—Aria, entiendo porque reaccionaste así —me dice en voz baja —. Y no te guardo rencor.

Analizo su mirada. Una parte de mí quiere creerle, pero otra… otra sigue sintiéndose como la mala de la película.

—¿Lo dices de verdad?

Leo esboza una media sonrisa.

—Sí, pero si te hace sentir mejor podemos decir que con esto estamos en paz. Así nunca más podrás echarme en cara que te chantajee para que aceptaras el trato.

Suelto una risa baja.

—Vaya, qué generoso por tu parte. ¿Desde cuándo eres tan magnánimo?

Leo ladea la cabeza con esa media sonrisa de suficiencia que conozco tan bien.

—Si quieres inclinarte y agradecerme, no voy a detenerte.

Ruedo los ojos, pero no puedo evitar seguir sonriendo.

—Eres un capullo arrogante, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Por supuesto —murmura acercando su rostro al mío—. Y tú, eres mi guerrera vikinga… La única que ha conseguido tener mi corazón en bandeja sin necesidad de blandir un arma.

Mi estómago se encoge al mismo tiempo que noto un calor inesperado extendiéndose por mi pecho.

—Vaya… —le respondo, intentando sonar desenfadada—. Eso sí que es un trofeo digno de exhibir.

Leo deja escapar una risa baja, su aliento rozando mi piel.

—Solo sí lo aceptas.

Mi corazón se acelera, pero esta vez no es por incertidumbre o por miedo. Es por él.

Así que, sin pensarlo dos veces, salvo la escasa distancia que nos separa y le beso.

Leo no tarda en reaccionar. Su mano sube hasta mi nuca, sujetándome con suavidad. Sus labios se mueven sobre los míos en un roce lento y sensual, como si estuviera memorizando cada curva, cada sensación. Es una mezcla perfecta entre ternura y urgencia que me hace olvidarme de todo: del hospital, del cansancio, incluso del dolor.

Entonces, me da por pensar en lo irónico de la situación.

Lo que empezó como un simple trato me ha llevado justo donde tenía que estar: en los brazos de Leo Campbell. El capullo arrogante que también ha acabado ganándose mi corazón.

Supongo que algunas mentiras están destinadas a convertirse en verdad.

Epílogo

Aria

El sol de la tarde tiñe de dorado los rascacielos de Nueva York mientras camino por el Hudson River Park, disfrutando de la brisa del río y del sonido lejano de la ciudad. A mi lado, Leo sujeta mi mano con la misma facilidad de la primera vez, como si fuera lo más natural del mundo.

Han pasado meses desde aquella noche en la que todo cambió, desde que me encontré cara a cara con mi acosador y sobreviví para contarlo. Desde que Leo me encontró y me salvó.

Desde entonces, las cosas han sido un torbellino. Recuperarme física y emocionalmente no fue fácil, pero no tuve que hacerlo sola. Él estuvo ahí.

Y sigue estándolo.

Por su parte, Philippe está en la cárcel, recibiendo tratamiento psiquiátrico. Su caso sigue en proceso, pero sé que no volverá a cruzarse en mi camino. Los abogados aseguran que no saldrá en mucho tiempo y que, cuando lo haga, seguirá bajo supervisión.

Y yo, bueno… siento que mi vida vuelve a pertenecerme. Una vida que, por cierto, ha estado llena de novedades estos últimos meses.

Hace poco, Gigi y Rhys nos anunciaron que van a ser padres de un niño. Gigi estaba radiante, y Rhys… bueno, nunca lo había visto tan ilusionado. Se pasó toda la noche con una sonrisa de puro

orgullo, como si no pudiera creer la suerte que tenía. Por supuesto, lo celebramos como se merecía. Hubo brindis, risas y un sinfín de apuestas sobre a quién se parecería más el bebé. Incluso Hana, la hija de Ellie y Trevor, aplaudió emocionada, como si entendiera que pronto habría otro pequeño en el grupo para hacerle compañía.

Otros que nos dieron una noticia bonita fueron Justin y Summer. Van a casarse en unos meses y quieren que Leo sea el padrino. Nunca olvidaré la cara que puso cuando Justin se lo pidió. Sonrió como un idiota, aunque fingió que tenía que pensárselo. Y sí, estoy segura de que disimuló una lagrimita.

También celebramos otro hito importante: Mike terminó sus estudios. Y lo festejamos de la única forma que tenía sentido: cocinando con él. Se pasó toda la tarde enseñándonos a todos a preparar nuevos platos mientras intentábamos no meter demasiado la pata, aunque en el caso de Leo, eso fue imposible. Es la primera vez que veo a Mike darse por vencido con alguien.

Miro a Leo y sonrío, recordando otro momento que también cambió las cosas entre nosotros.

—¿Qué? —pregunta él, arqueando una ceja al percibir mi sonrisa.

—Nada —respondo, sacudiendo la cabeza—. Solo recordaba el día que te llevé a casa y mamá prácticamente te adoptó en el acto.

Leo suelta una carcajada, como si pudiera revivir el momento con total claridad.

—Dios, sí. Creí que moriría asfixiado entre sus brazos.

—Te dije que sería una experiencia diferente.

—Lo fue. —Me dedica una sonrisa suave—. Y también fue la primera vez en mucho tiempo que sentí que formaba parte de una familia de verdad.

Mi pecho se aprieta.

Porque sé que lo dice en serio.

Yo también tuve la oportunidad de conocer a sus padres, en un evento en el que coincidimos, y fueron exactamente como me había advertido: fríos, distantes y perfectamente educados, pero sin un atisbo de calidez. Solo se limitaron a saludarnos con cortesía, nada más.

Después de aquello, supe que tenía que llevarlo a mi casa, a que sintiera lo que es ser recibido con amor. Mis padres ya se habían llevado una buena impresión de él cuando se quedó conmigo en el hospital, aunque en aquel momento no había tenido la oportunidad de presentarlos como Dios manda.

Y, como esperaba, no me fallaron. Lo adoraron al instante. Ahora, cada vez que mamá llama, no hace más que preguntarme por él, como si ya fuera un miembro oficial de nuestra familia.

Nos miramos con la brisa revolviéndonos el pelo y el rumor de la ciudad de fondo, como si todo lo demás se hubiera quedado en pausa.

Como si solo existiéramos nosotros dos.

Leo aprieta mis dedos con suavidad, como si estuviera anclándose a este momento. Como si estuviera preparándose para decir algo importante.

Y entonces se detiene.

—Aria. —Su voz es baja, ronca, y está llena de algo que no sé identificar todavía.

—¿Mmm? —murmuro, esperando a que continúe.

Él suelta una pequeña risa, como si estuviera reuniendo valor, y luego exhala profundamente.

—La primera vez que vinimos aquí te dije que tenía una corazonada contigo, que iríamos poco a poco porque no quería asustarte, pero que sentía que eras la chica que estaba esperando. Creo que el tiempo me ha dado la razón. Eres esa chica. Así que… —Leo me suelta la mano solo para deslizarla en el bolsillo de su chaqueta. Y entonces lo veo. Un pequeño estuche de terciopelo negro. Mi corazón se detiene. Abre la cajita con calma y dentro, sobre la suave tela oscura, brilla un anillo—. Cásate conmigo, Aria.

Lo miro, sintiendo que mi corazón va a salirse del pecho, y ni siquiera lo dudo cuando suelto:

—Sí.

Leo parpadea.

—¿Sí?

Sonrío, con el estómago revuelto de emoción, de vértigo, de pura felicidad.

—Sí —repito—. Mil veces sí.

No le doy tiempo a reaccionar antes de lanzarme a sus brazos. Él me atrapa con facilidad, soltando una risa baja, y cuando sus labios chocan con los míos, todo encaja. Él, yo, este momento.

Después de todo, Mike tenía razón. Lo mío con Leo terminó siguiendo el mismo patrón que Ellie con Trevor y Gigi con Rhys. Y al final, contra todo pronóstico, el patrón me llevó justo a donde nunca imaginé: al amor verdadero.

¡No te pierdas mis últimas novedades!

¡Hola! Muchas gracias por haber leído *Novio VIP* y por acompañarme hasta aquí.

Cuando publiqué la historia de Rhys y Gigi, muchas me pedisteis la de Aria, y pensé: *¿por qué no?* **Aria es una mujer especial, hermosa por dentro y por fuera**, y se merece encontrar el amor verdadero.

Si te ha gustado la novela, **no olvides dejar tu valoración en Amazon**. Piénsalo así: es como decirle a Leo en su cara que te ha conquistado (aunque él ya lo da por hecho) o darle a Aria un brindis en su honor con un gin-tonic bien cargado. Además, las valoraciones ayudan a que más lectoras descubran la historia y se enamoren de ella tanto como tú.

También me pedisteis en su día la historia de Mike, y después de pensarlo mucho, he decidido escribirla. Mike está dentro del espectro autista, y tengo la maravillosa suerte de conocer a personas neurodivergentes que han encontrado el amor, formado una familia y tenido hijos. Me encantará romper estereotipos y demostrar que el amor no entiende de etiquetas. Cuando este libro llegue a vuestras manos, la **preventa de la historia de Mike** ya estará disponible (o le quedará muy poco para estarlo). Saldrá en verano, y *spoiler*: va a ser inolvidable. Podéis leer la sinopsis en la siguiente página.

Y ahora, *redoble de tambores*, porque en unos días empezaré a hablar de mi próximo proyecto: **una serie ligera y muy spicy**. Hace unas semanas hice una encuesta a mis lectoras y la gran mayoría pidió justo eso, que mi siguiente proyecto tuviera *muuuuucho spicy*. Y claro, aquí estoy yo, cumpliendo órdenes y

pasándolo de maravilla. Así que se viene novela erótica, y solo diré una cosa: Kenneth es mucho Kenneth.

Por último, quiero dar las gracias a Amber King por ayudarme con esta historia.

Te espero en la siguiente aventura.

Con amor,

Ella

P.D. A las entusiastas de la saga Manhattan in love dentro del universo Mr King… Tranquilas, que ya estoy planificando la siguiente entrega ;-).

P.P.D. Si sigues esperando el cierre de la saga Highlanders de Nueva York… atenta, porque se vienen novedades MUY pronto.

***

Recordad que si no lo habéis hecho ya podéis daros de alta a mi boletín en mi página web: https://ellavalentine.me/. Recibiréis un relato gratuito y estaréis al día de mis publicaciones y novedades.

Aquí mis redes sociales:

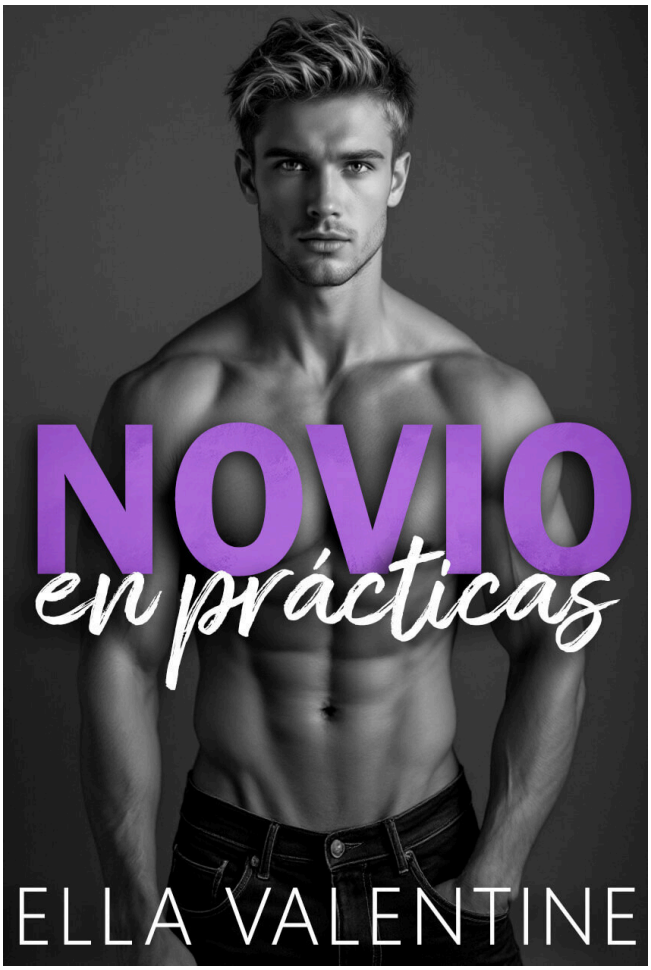
Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También puedes seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novio en prácticas (Novios de alquiler #4)



Solo eran citas de prácticas... hasta que acabamos enredados entre besos, caricias y una noche imposible de olvidar.

Me llamo Emery y tengo ansiedad social. Especialmente cuando se trata de chicos guapos.

Trabajo restaurando fósiles en un museo y estoy enamorada de una eminencia en paleontología. ¿El problema? Que intentó

besarme… y yo salí corriendo. Literalmente. Así que he decidido hacer algo al respecto.

Decidida a superar mis miedos, me apunto a *Amor en Prácticas*, un grupo de apoyo para personas con dificultades en las citas y las relaciones. Y ahí es donde conozco a Mike.

Mike es guapo. Increíblemente guapo. Pero también es… diferente. Dice lo que piensa sin filtro, ve el mundo de una forma única y, por alguna razón, a su lado me siento segura.

Así que se me ocurre una idea (un poco loca): ¿y si Mike fuese mi novio en prácticas? Solo durante un tiempo, para ganar confianza antes de enfrentarme a una cita de verdad. Sin presión. Sin expectativas. Sin sentimientos.

Pero claro, cuando alguien te hace sentir tan segura… dejas de practicar solo las citas. Y empiezas a practicar los besos, las caricias… y todo lo demás. Incluido el sexo.

¿Y si lo que empezó como una práctica… termina siendo lo más real que he sentido nunca?

En esta novela encontrarás:

- Romance falso
- Lecciones de amor
- Chica dulce con ansiedad social
- Protagonista masculino neurodivergente
- Diálogos tiernos y divertidos
- Amor, amistad y familia
- Spicy

Novelas anteriores

—Serie Novios de alquiler
Novio por horas: leer aquí
Novio a tiempo completo: leer aquí

—Serie Manhattan in love
Un acuerdo con Mr King: leer aquí
Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí
El deseo oculto de Mr Right: leer aquí
Seduciendo a Mr Quinn: leer aquí
Un desafío para Mr Parker: leer aquí
Las lecciones de Mr Reed: leer aquí
Una proposición para Mr Hansen: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York
No te enamores del highlander: leer aquí
Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí
Maldito seas highlander: leer aquí
No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario &
Multimillonario & Canalla: leer aquí
Multimillonario & Rebelde: leer aquí
Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge
La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí
La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí
La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas
Maldito jefe perfecto: leer aquí
Novio ficticio: leer aquí

Posdata: te odio: leer aquí
Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí